
Anadie
HE AMADO
COMO A TI
ARIADNA BAKER

Anadie HE AMADO COMO A TI

ARIADNA BAKER

Primera edición.

A nadie he amado como a ti

©Ariadna Baker.

©febrero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

RRSS

Capítulo 1



Andaba con rapidez por la terminal en busca de la puerta de embarque, para la que ya iba muy justa de tiempo. Me maldecía por haber acabado metida en aquella situación cuando, en realidad, había salido de casa con margen más que suficiente como para no tener que ir corriendo con el corazón en la garganta.

De nada había servido preverlo todo, porque la vida, cuando decide torcerse, lo hace a conciencia. Un choque de varios coches en línea me había retenido en la carretera durante casi dos horas, viendo pasar los minutos con impotencia mientras el reloj parecía avanzar el doble de rápido. Hubo un momento en el que pensé, de verdad, que no llegaría al aeropuerto y que todo se iría al traste antes incluso de empezar.

Por eso, cuando por fin visualicé mi puerta de embarque y vi que aún había personas en la cola accediendo al avión, sentí cómo el cuerpo se me aflojaba de golpe, como si alguien hubiese soltado una cuerda demasiado tensa. Estaba a tiempo. Justa, pero a tiempo.

—Bienvenida, señorita Romero.

—Gracias —sonreí, agradeciendo más el tono amable que las propias palabras.

Después de colocar la maleta y el bolso grande en el compartimento superior, me acomodé en el asiento de la ventanilla, intentando que el temblor de las manos no se notase demasiado. No me tocó nadie al lado, cosa que no

me extrañó al comprobar que el vuelo no iba ni de lejos completo; de hecho, apenas alcanzaría la mitad de su capacidad, con asientos libres repartidos por toda la cabina.

Fue incluso gracioso observar cómo, en cuanto la azafata cerró la puerta del avión, muchos pasajeros comenzaron a cambiarse de sitio y a ocupar ventanillas desiertas sin el menor pudor. Al final, era lo de siempre: nadie estaba dispuesto a pagar de más por algo que, con un poco de descaro, podía conseguir gratis.

Saqué el móvil del bolso pequeño que llevaba cruzado y lo puse en modo avión casi sin mirar, dándome cuenta en ese momento de que ya estábamos en pista, cogiendo velocidad, con ese zumbido grave que siempre me ponía un nudo en el estómago. Justo entonces, quizá por puro instinto o por mala suerte, miré la pantalla y vi el mensaje que lo cambiaría todo.

Marta: *No cojas el vuelo, acaba de fallecer mi tía.*

No supe qué me impactó más, si la orden imposible de cumplir o la noticia en sí. El caso es que ya no había marcha atrás. El avión estaba despegando y yo iba dentro, sola.

Marta era mi mejor amiga, aunque desde hacía dos años vivía en Galicia tras haberse ido por amor, dejando atrás el sur y todo lo que había sido nuestra rutina. Aun así, llevábamos meses planeando aquel viaje, saliendo cada una desde un aeropuerto distinto y encontrándonos en destino para pasar juntas una semana que, en mi cabeza, iba a ser perfecta.

Sabía lo importante que era para ella su tía Irene, a la que siempre había considerado como una segunda madre, y me dolía pensar en su pérdida, pero no pude evitar que una parte de mí se viniera abajo al darme cuenta de que yo iba directa a Marruecos… sola. Completamente sola.

No sabía si lo que sentía era ansiedad, taquicardia o una mezcla explosiva de ambas, pero el agobio comenzó a apretarme el pecho con una intensidad que no había experimentado nunca. Me costaba respirar con normalidad y sentía la cabeza embotada, así que cuando las azafatas pasaron con el carrito, pedí una copa de vino sin pensarlo dos veces.

Quizá no fuese la mejor solución, pero en ese momento me pareció la única forma de calmar un poco el temblor interno que llevaba encima.

Para poner en contexto: aquel era mi primer viaje fuera de España, sola y, para más inri, a un país árabe. Marruecos siempre había atraído a Marta como un imán, y hasta que no consiguió convencerme, no paró. Yo, en cambio, había aceptado más por ella que por mí. Iba directa a Marrakech.

El vuelo duró un suspiro y, cuando aún no había terminado de asimilar que estaba viajando sin ella, ya estábamos aterrizando. Cogí mi maleta, el bolso grande al hombro —el pequeño seguía cruzado— y salí del avión con las piernas hechas un flan y una sensación de irrealidad difícil de explicar.

El aeropuerto me sorprendió nada más pisarlo. Era moderno, nuevo y limpísimo, algo que no esperaba y que, de alguna manera, consiguió tranquilizarme un poco, aunque el nudo en el estómago seguía ahí, firme y molesto.

Seguí a los demás pasajeros hasta el control de policía y esperé mi turno intentando aparentar una calma que no sentía, hasta que uno de los agentes me indicó que pasara a su cabina.

—Buenos días —le dije entregándole el pasaporte.

—¿Viajas sola?

—Venía con una amiga, pero por el fallecimiento de un familiar se tuvo que quedar en España.

—¿Me puedes enseñar la reserva del alojamiento?

—Claro —respondí, dándole la copia en papel.

—¿A qué te dedicas?

—Soy administrativa en las oficinas de mi padre.

Selló el pasaporte y me lo devolvió con una sonrisa cordial. Le di las gracias y avancé, soltando un suspiro largo y contenido. Aquellos habían sido, sin exagerar, los instantes más tensos de mi vida.

Activé el móvil gracias a la tarjeta SIM que había comprado *online* antes de salir y sentí un pequeño alivio al comprobar que funcionaba sin problemas. Tenía varios mensajes de Marta. La llamé de inmediato.

—Natalia, ¿dónde estás?

—Marta, acabo de salir de la terminal de Marrakech. Estoy en la puerta, encendiéndome un cigarrillo.

—¡¿Te has ido sola a Marruecos con lo cagueta que eres?!

—Leí el mensaje cuando estaba dentro del avión. Ya no podía bajarme. Estoy muerta de miedo.

—A ver, tranquila. Lo primero: Marruecos no tiene criminalidad turística. Es un país al que viajan muchas mujeres solas y Marrakech está lleno de turistas. Usa el sentido común, pero disfruta del viaje y apúntate a las excursiones que te ofrezcan en el alojamiento.

—Yo lo único que quiero es llegar a la habitación y quedarme allí hasta que toque regresar. Ni muerta paseo yo por aquí sola.

—No seas cabezona y abre un poco la mente. No te va a pasar nada, solo vas a vivir una experiencia que se te quedará grabada para siempre en el corazón.

—No es ser cabezona, es que no me siento segura.

—¿Te están intimidando o amenazando?

—¡No! Estoy en la puerta de la terminal y hay chicos esperando con carteles a pasajeros.

—Pues entonces deja de decir tonterías.

—Por cierto, siento mucho lo de tu tía Irene.

—Ya estoy bajando hacia el sur en coche con Fermín.

—Tened mucho cuidado.

—Quiero que me mantengas informada de todo y que, por favor, me prometas que vas a disfrutar del viaje.

—Sabes que no voy a prometer algo que no crea que vaya a cumplir, pero lo intentaré. Más tarde hablamos.

Me dirigí a la zona de aparcamientos donde estaban los taxis. Un empleado me indicó que tenía que comprar el trayecto en una máquina y me ayudó con el proceso; después, me acompañó hasta el coche asignado.

El taxista, muy amable, colocó mis cosas en el maletero y me acomodé en el asiento trasero. Ni loca me montaba delante.

—¿Es la primera vez que vienes a Marrakech? —preguntó al arrancar.

—Sí.

—¿Y vienes sola?

—No, tengo a mi marido esperándome en el alojamiento —mentí, intentando ser precavida.

—Ah, entonces bien. —Sonrió por el retrovisor—. Espero que te guste mi país y que pruebes nuestras comidas.

—Estoy segura de que sí.

Observaba la avenida a través del cristal, fijándome en la cantidad de coches de lujo que circulaban por allí. Marta siempre decía que Marruecos era

mucho más de lo que la gente imaginaba o había escuchado, y poco a poco, casi sin darme cuenta, comenzaba a relajarme.

—Esta es la gran plaza Jemaa el-Fna —me indicó, atravesándola por un lateral.

—Se ve enorme y muy animada.

—Por la noche lo está aún más. —Sonrió.

Se metió por una calle estrecha y paró frente al riad donde me alojaría.

—Ya hemos llegado.

—Perfecto —respondí bajándome.

Saqué las cosas del maletero, le di una propina y me deseó una bonita estancia. Parecía buena persona, de esas que transmiten tranquilidad.

Un joven me recibió en la recepción con una sonrisa amplia. Le entregué el pasaporte para el registro y me dio varios folletos de excursiones, explicándome que podía contratar cualquiera desde allí mismo. También me indicó los horarios del desayuno y algunos detalles sobre la medina y la plaza. Se presentó como Amine y me acompañó hasta mi habitación, situada en un patio precioso lleno de plantas, rincones con mesas y sofás que invitaban a sentarse sin prisa.

El desayuno y las comidas se servían en la tercera planta, donde había una terraza con mesas tanto en el interior como al aire libre, asegurándome que las vistas merecían la pena.

La habitación mantenía el mismo estilo que el resto del alojamiento: árabe, pero moderno, nuevo y cuidado al detalle. Marta había acertado de lleno con la elección.

Amine se despidió ofreciéndose para cualquier cosa que necesitara. Cerré la puerta y comencé a colocar la ropa en el armario, intentando ordenar

también mis pensamientos.

Tenía un sabor agridulce difícil de describir: echaba de menos a Marta, me sentía sola y fuera de lugar, pero, al mismo tiempo, algo en aquel sitio me transmitía una calidez inesperada.

Estaba sola en Marruecos, sí, pero quizá aquella experiencia fuese una prueba de vida, de esas que te empujan a salir de tus propios límites y te obligan a crecer. ¿Y si aquella era, precisamente, la oportunidad de romper con todos los miedos que yo misma me había impuesto siempre?

Capítulo 2



Miré la hora en el móvil tras dejarlo todo colocado y apenas eran las doce de la mañana, teniendo en cuenta que en el país había una hora menos que en España, algo que me vino bien porque sentía que el día se abría ante mí con calma, sin prisas y con margen suficiente como para atreverme a salir a explorar.

Era, sin duda, la hora perfecta para pasear y disfrutar de la luz del día, porque de noche, siendo realista conmigo misma, sabía que me encerraría en la habitación y no abriría la puerta ni aunque me aporreasen con insistencia. De día todo parecía más sencillo, más amable, más llevadero.

Iba vestida cómoda, pero con estilo, algo que siempre había sido importante para mí. Llevaba un vaquero, deportivas en tono tierra con líneas marrones, una camiseta blanca de manga corta y, anudada a la cintura, una chaqueta fina verde militar por si refrescaba. El bolso cruzado de piel marrón, las gafas de sol y mi media melena rubia con mechas suelta, moviéndose con el aire. Además, como casi siempre, llevaba varios complementos dorados en las manos y el cuello, pequeños detalles que me hacían sentir más yo, incluso tan lejos de casa.

Me despedí de Amine con la mano, ya que estaba hablando con otros clientes en la recepción, y me devolvió el gesto con una sonrisa y un guiño de ojo. Tenía algo en su manera de tratar a la gente que transmitía tranquilidad, profesionalidad y cercanía a partes iguales, y eso me ayudó a dar el paso hacia la calle con menos miedo del que creía.

Cogí la callecita hacia arriba, totalmente peatonal, que desembocaba directamente en la plaza. Caminaba un poco inquieta, con los sentidos alerta, aunque intentaba repetirme mentalmente que me relajara, que no estaba pasando nada malo y que debía dejar de anticipar peligros inexistentes.

Fue llegar a la plaza y ver la cantidad de turistas moviéndose de un lado a otro, cámaras en mano, grupos charlando, terrazas llenas de gente, y sentir cómo algo dentro de mí se aflojaba. Saqué el móvil y empecé a hacer algunas fotos, queriendo atrapar ese primer impacto visual que me estaba resultando tan potente.

Me llamó la atención la cantidad de terracitas repartidas por todo el perímetro y, de pronto, me apeteció sentarme en una, observar sin prisas y pedirme uno de esos tés de los que Marta me había hablado tantas veces, casi con devoción. No me lo pensé demasiado y elegí una que se veía especialmente bonita y cómoda, con mesas bien colocadas y sillones que invitaban a quedarse.

Tomé asiento y la chica me atendió enseguida, con una sonrisa amplia y una amabilidad que me resultó muy natural. Me pareció un modo perfecto de empezar a entrar en contacto con el lugar: sentarme, observar y dejar que la vida pasara delante de mí mientras probaba algo tan propio de allí.

Me encantó cuando me trajo la tetera junto con el vasito para que yo misma me sirviera, acompañada de un pequeño dulce marroquí y un dátil enorme, relleno con un trozo de nuez en el centro. No pude evitar sacar el móvil y hacerle una foto antes de tocar nada.

Serví el té con cuidado y me llevé el dulce a la boca. El sabor a almendra y miel fue lo primero que noté, o al menos esa fue la impresión que me dio, con una textura crujiente que, aunque dulce, no resultaba empalagosa. Me sorprendió gratamente.

Me encendí un cigarrillo y, después de soplar un poco el té, di el primer sorbo. Fue justo en ese instante cuando sentí algo difícil de explicar, como si un velo invisible me envolviera y me integrara de golpe en el ambiente. El sabor era tan peculiar, tan distinto a cualquier otro que hubiese probado antes, que supe al momento que acababa de convertirse en mi té favorito.

Observaba la vida de la plaza con una atención casi hipnótica: turistas paseando, grupos haciéndose fotos, puestos de fruta llenos de colores donde preparaban zumos naturales al momento, todo componiendo una escena vibrante y llena de energía.

Dos señoras marroquíes, vestidas con chilaba y velo, estaban sentadas sobre un cajillo de bebidas con un cojín encima, pintando las manos a un grupo de chicas turistas que no paraban de hacerse fotos entre risas. Sonreí al verlas, pensé que quizá me animaría más adelante a hacerme algún tatuaje de henna.

El entorno era completamente envolvente. Había chicos haciendo saltos impresionantes frente a las terrazas para llamar la atención de los turistas; les grabé un vídeo y, después, les di una moneda de dos euros, que aceptaron con agradecimiento y una sonrisa.

Me asombraba que casi todos hablasen español con tanta soltura y que, además, pudiera pagar en euros sin ningún problema, a pesar de que la moneda oficial fuese el dírham. Aún no había cambiado dinero, pero viendo que no suponía ningún inconveniente, tampoco era algo que me preocupase en exceso.

Probé el dátil con nuez y aquella mezcla me pareció una auténtica delicia para el paladar. Para ser sincera, me había gustado incluso más que el dulce.

Me tomaba el segundo vasito de té con una sonrisa tranquila, sintiéndome sorprendentemente feliz mientras seguía observándolo todo. Tenía la sensación de estar viviendo una película en primera persona, como si el tiempo, en la medina y la plaza, se hubiese detenido unos treinta años atrás.

Veía chicas locales que iban sin velo, con vaqueros y camisetas como yo, y otras que sí llevaban pañuelo, algunas con chilaba y otras con ropa completamente normal. En lo que no pude evitar fijarme fue en la belleza de muchas de ellas, con rasgos intensos y miradas de lo más cautivadoras.

Después de media hora disfrutando en silencio y empapándome de la cotidianidad que transcurría ante mis ojos, llegó el momento de levantar el culo y empezar a pasear por la medina. Por la tetera llena, el dulce y el dátil

me cobraron treinta dírhams, unos tres euros al cambio, un precio que me pareció más que justo teniendo en cuenta el sitio tan céntrico, bonito y renovado, además de lo cómodos que eran los sillones.

Muchísimo más relajada, comencé a andar hacia el otro lado de la medina para adentrarme en el zoco. Sabía que sería un auténtico laberinto, lleno de tiendas, porque lo había visto en fotos, pero nada me preparó para lo que sentí al entrar y verlo en directo.

Fue una explosión para todos mis sentidos: el aroma a especias flotando en el aire, los colores vivos de la decoración, los artículos artesanos, el ir y venir constante del turismo, la gente local con sus ropas tradicionales… Todo era tan nuevo, tan distinto y fascinante que supe que estaba viviendo algo que no olvidaría jamás.

Lejos de sentirme insegura, me notaba respetada, acogida, recibiendo sonrisas de personas que no me conocían y que me saludaban como si fuese una vecina más del barrio. No pude evitar preguntarme en qué mundo había creído yo que vivían ellos antes de venir.

Me detuve frente a una tienda que tenía expuestos unos pañuelos preciosos en la pared.

—Son más baratos que un asiento de Ryanair —me dijo el dueño con una sonrisa pícara.

—Muy buena esa. —Se me escapó una risilla—. Son preciosos, ¿qué precio tienen?

—Uno, cuarenta dírhams. Pero si te llevas tres, te los dejo por cien.

—¿Diez euros los tres? —pregunté sorprendida.

—Vaya, podría haber sacado algo más —bromeó, haciéndome reír.

Recordé las veces que Marta decía que se iba a hartar de regatear, pero con esos precios me parecía casi un insulto hacerlo.

—Me llevo tres —sonreí, eligiendo colores.

Seleccioné uno verde, a juego con la chaqueta; otro rosa pastel y uno marrón chocolate que me encantó y que sabía que usaría en otoño e invierno.

—Muchas gracias y que tengas una buena estancia en mi país.

—Gracias a usted —respondí despidiéndome.

Me alejé contenta con mi primera compra y con ganas de seguir perdiéndome por aquellas calles que invitaban a recorrerlas despacio, sin prisas, deteniéndome a sacar alguna que otra foto.

Mi madre me llamó preocupada al enterarse de lo ocurrido con la tía de Marta y de que yo estaba sola. La tranquilicé, hablándole con seguridad y convicción, hasta conseguir que confiara en mí, sabiendo que, de lo contrario, estaría hecha un manojo de nervios y yo no podría disfrutar de nada.

Un niño se me acercó muy educado vendiendo cajitas de té. Me sorprendió tanto que hablara tan bien español que estuve un rato charlando con él. Se llamaba Ahmed y tenía ocho años. Le compré dos cajitas y le di cinco euros de regalo, pensando en que ayudaría a su familia. Se marchó dándome las gracias una y otra vez, llevándose la mano al corazón.

Seguí paseando y me detuve frente a una tienda llena de artesanía lacada, colorida y preciosa. Me quedé mirando unos ceniceros monísimos y, al ver el cartel con los precios —un euro los pequeños y dos los medianos—, cogí uno pequeño y dos medianos en tonos rosa, turquesa y amarillo, todos con detalles que encajaban a la perfección.

Era mi primera incursión en el zoco y ya llevaba varias cosas encima. No quería ni pensar en cómo me las ingeniaría el último día.

Llegué a una plaza donde varios artesanos trabajaban sus piezas a la vista del público. Me detuve a observarlos y les pedí permiso para hacer fotos; todos me lo concedieron con una sonrisa. Uno de ellos dibujaba sobre platos de latón con una paciencia y un mimo admirables, convirtiéndolos en

pequeñas obras de arte. Me animé a comprar uno por cincuenta dírhams, unos cinco euros. Solo por su trabajo, su foto y su sonrisa, ya los merecía.

Capítulo 3



El estómago me empezó a crujir pidiendo comida, un aviso claro y sin sutilezas que me llevó a decantarme por regresar a la plaza y comer en alguna de sus terrazas altas con vistas directas a ella, porque ya que estaba allí, quería seguir empapándome de todo lo que me rodeaba y no perderme ni un solo detalle de aquella locura tan fascinante.

Revisé el móvil en busca de recomendaciones y vi una que tenía una barra alargada para sentarte mirando directamente a la plaza. Me encantó la idea al instante, así que no me lo pensé demasiado y me dirigí allí, siguiendo el mapa mientras esquivaba gente, carros y sonidos que parecían no descansar nunca.

El camarero me indicó que subiera para comprobar si había sitio libre en la barra o en alguna de las mesas de la terraza, pero yo tenía claro que quería estar mirando de frente a la plaza y empaparme de su movida, sentirla de lleno, sin filtros ni distracciones.

Tuve suerte y vi un buen hueco: a un lado había una chica con su pareja y, al otro, un joven solo. Me senté en medio, acomodándome en el taburete mientras dejaba el bolso colgado y respiraba hondo, como si ese gesto marcase un pequeño punto de inflexión en el día.

—Hola, que aproveche —le dije al chico, que me miró sonriente.

—Hola, igualmente, por la parte que ahora te tocará. —Sonrió.

—Sí, además tu plato huele delicioso y tiene muy buena pinta —comenté, observando su comida con curiosidad.

—Es un tajín de ternera con ciruelas y te recomiendo no perdértelo.

—Pues me has facilitado la elección —respondí agradecida, pensando que a veces la vida te lo ponía fácil en los momentos más simples.

—Eres del sur, se te nota en el acento.

—Sí, de Cádiz. ¿Y tú?

—Yo soy de Sevilla.

—Andaluces de pura cepa —sonreí.

—Sí —asintió—. ¿Has venido sola a Marrakech?

—Bueno… —Puse los ojos en blanco—. Venía con una amiga, pero… —le conté lo sucedido y el momento exacto en el que yo me enteré, reviviendo de nuevo esa sensación tan rara de sorpresa, pena y vértigo a partes iguales.

—Vaya. Has sido valiente al meterte en esta aventura.

—No me quedaba otra —me encogí de hombros—, pero me estoy dando cuenta de que no me he sentido insegura en ningún momento, cosa que no esperaba para nada.

—Claro, Marruecos es muy seguro para el turismo.

—¿Es la primera vez que vienes?

—He venido más veces, pero a Marrakech es la primera.

El camarero apareció para tomarme nota y me dejó unas aceitunas de cortesía, que agradecí con una sonrisa mientras pedía exactamente lo mismo

que él estaba comiendo. Si algo tenía claro era que no iba a improvisar con el estómago vacío.

—Entonces genial, te mueves bien por el país.

—Por cierto, me llamo Mateo.

—Yo soy Natalia. Encantada.

Mateo tenía delito por el simple hecho de ser aparentemente tan perfecto: mandíbula definida, tono de piel dorado, ojos marrones claros, pelo al aire que le daba un aspecto de lo más sensual y unos dientes perfectamente blancos y alineados. De cuerpo definido y atlético. Y, aun así, no era solo físico; había algo en su manera de hablar, de mirar, de sonreír, que transmitía cercanía sin resultar invasivo.

—¿Y cuántos días te quedas?

—Seis —sonreí.

—¿Te has apuntado a alguna excursión?

—No, pero tengo intención de hacerlo.

—Mañana salgo yo en una de tres días, pasando dos noches en el desierto de Merzouga.

—¿¡Al desierto!? —Mi asombro fue tan evidente que le hizo soltar una carcajada.

—Sí, se duerme en jaimas con aire acondicionado y todo. —Apretó los dientes, mirándome aún divertido.

—¡Qué pasada! Debe de ser toda una fantasía.

—Apúntate, estás a tiempo, o puedo incluirte en mi reserva.

—Ay, Dios, creo que estoy a punto de hacer la locura de mi vida. —Me llevé la mano a la boca justo cuando el camarero traía mi bebida y la comida.

—Hazla, ¿quién dijo miedo?

—¿Cuánto te ha costado?

—Las hay a partir de cien euros en bus, pero yo quería ir en miniván, más cómodo, y me salió por doscientos diez. Todo es más privado.

—Eso está tirado para vivir una experiencia tan gratificante.

—Entran el desayuno y la cena.

—Espera. —Me llevé la mano al pecho—. ¿No te molestaría que me apuntase contigo?

—Para nada, todo lo contrario. Será más divertido y me sentiré más acompañado.

—Pues yo encantada. Si quieres, inclúyeme y te hago un Bizum.

—Vale, voy a mirar si aún se puede lo de la miniván.

—Claro.

Por dentro rezaba nueve padres nuestros para que pudiera confirmarlo. Me parecía una experiencia maravillosa y, encima, iría acompañada. Se le veía un tipo sano y, además, aquello era una excursión con más personas, no una locura improvisada sin red.

—Listo, dime tu primer apellido.

—Romero.

—Que salga lo malo y entre lo bueno —dijo, provocándome una carcajada —. Pues ya la tenemos. Dame tu número y te paso la confirmación por

WhatsApp.

—Sí, y así te añado y te mando el Bizum. No sabes lo que te agradezco la oportunidad que me has dado.

—¿Yo? Será la agencia la que nos va a llevar a vivir la aventura.

—Ya, pero al menos no voy sola y conozco a alguien, aunque sea de pocos minutos. —Reí.

—Mañana ya me conocerás de un día entero. Algo es algo. Dime tu número.

Se lo di y me mandó el bono. Estaba tan feliz que me costaba incluso concentrarme en lo que tenía delante.

—Pues listo, te hago el Bizum.

—Me lo puedes hacer mañana, mujer.

—No, no, por Dios. Además, no debes fiarte de nadie.

—No habría habido problema. Se puede cancelar hasta una hora antes. Si quedamos para desayunar y no apareces, lo cancelo y me devuelven el dinero.

—Yo voy así sea corriendo detrás de la miniván. —Me reí.

Le mandé el Bizum con una felicidad increíble. Me hacía muchísima ilusión esa excursión y poder ver algo más de Marrakech. Iba a ser la bomba.

—Tienes pinta de trabajar en una oficina.

—¿Cómo que pinta?, si voy con deportivas, vaqueros… —Me reí.

—Pero con mucho estilo.

—Sí, trabajo en las oficinas de mi padre, de administrativa.

—Lo sabía. —Se le escapó una sonrisilla.

—Tienes buen ojo, por lo que veo. No se te escapa una. —Apreté los dientes poniendo cara de terror—. Por cierto, muy buena la recomendación; el tajín está impresionante.

—Y podría llevarte ahora a tomar el mejor postre de la ciudad, con unas vistas mucho mejores que estas.

—¿Y cómo puedo sobornarte? Ah, ya sé. Vamos y te invito. —Me reía nerviosa, pensando en que, por favor, no sonase a que le estaba pidiendo una cita. Bastante iba a tener con pasar tres días pegada a él.

—Venga, yo pago la comida y tú el postre.

—No es justo.

—Bueno, aún no has visto los precios de allí. —Me hizo un guiño, provocándome una risa nerviosa.

—Entonces, trato hecho. Por cierto, ¿a qué te dedicas tú?

—Tendrás que adivinarlo, como yo.

—Tienes pinta de militar, bombero, policía…

—Frío, frío. —Se reía.

—Mierda… pues no sé. ¿Profesor?

—Frío, frío.

—Vale, estamos jugando a las adivinanzas. ¿Abogado?

—Muy frío. —Tenía la risilla suelta.

—¿Trabajas en la construcción?

—Vas de mal en peor.

—Tiro la toalla. Capaz de ser enterrador o cualquiera de esas profesiones raras.

—Nada que ver. Sigue, que aún no has tocado algunos sectores visibles.

—¿Médico?

—Caliente, caliente. Has acertado, aunque tampoco era de extrañar.

—¿¡Eres médico!?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Te juro que me habría esperado cualquier cosa menos esa. No tienes pinta de médico… ¿O sí? Bueno, ahora que te analizo con conciencia, sí que tienes pinta de médico. Vamos, no puedo llevar mejor compañía al desierto.

—¿Has visto? Al final no te vas a ver tan sola en este viaje. Vas a tener a tu nuevo amigo Mateo.

—Bendiciones de la vida.

—Qué mona…

—Eso ha sonado muy irónico.

—Y lo tuyo, muy católico. —Se rio flojito.

Era muy simpático y divertido. Me sentía muy cómoda hablando con él y, aunque me subía un poco los colores, tenía un carisma que actuaba como un imán, de esos que no sabes explicar pero que te atrapan sin hacer ruido.

Terminé el tajín supersatisfecha y aún más con la sorpresa de haber encontrado en este viaje a alguien como Mateo, que se veía una persona muy agradable para compartir tiempo, algo que a los dos nos sobraba ahora mismo.

Él había llegado el día anterior y también le quedaban seis días por delante. Parecía que el destino nos había puesto en el camino.

Pagó la cuenta y salimos hacia la plaza para dirigirnos a ese lugar que él decía.

—No te puedes imaginar lo que cambia la plaza dentro de un rato…

—Sí, lo leí y mi amiga me lo decía. Estoy deseando descubrirla luego.

—Por dos euros te puedo hacer de guía.

—Te doy cinco y así sales contento. —Me reí negando.

—Te quedan muy bien esas gafas de sol.

—A ti también las tuyas.

—Eres muy cumplida. —Carraspeó.

—No es eso, es la verdad. —Me puse roja perdida y empecé a reír nerviosa.

—Te ha dado —decía con su risilla al verme con ese ataque de risa.

—Es que pones unos gestos y dices unas cosas…

—Estoy siendo demasiado elocuente.

—No me mires así —le advertí con el dedo y dejé de mirarlo, sin poder dejar de reír.

—Llevo gafas, y de eso estábamos hablando.

—Tú me has entendido.

—Verás que explotas —decía al verme cada vez más roja que un tomate.

—Si me da un chungo, ya sabes, me tomas como prioridad.

—Llamo a una ambulancia y, si te he visto, no me acuerdo. —Me guiñó un ojo.

—Bueno, tampoco me extrañaría. Total, me conoces desde hace una hora. —Me encogí de hombros.

—Una hora muy intensa…

—Demasiado. —Ladeé la cabeza—. Por cierto, parece otra plaza según estés en la zona de la medina o aquí.

—Marrakech es mucho más que todo esto. Si te portas bien en el viaje al desierto, a la vuelta te enseñaré algunos sitios que no te puedes ni imaginar que están aquí.

—¿Si me porto bien? ¿Me ves cara de portarme mal? —Puse los ojos en blanco, causándole una risa.

Capítulo 4



Llegamos ante el restaurante, que tenía varias plantas, y a través de unas escaleras accedimos a la terraza.

—¡Madre mía…! —dije, quedándome casi sin habla.

—No te llevaría a ningún sitio que no mereciera la pena…

¿Cómo explicar algo que no me dejaba ni siquiera hablar? Sabía que existían lugares con magia en sitios que ni te podías imaginar, pero esto… casi en el corazón de la medina y en un edificio aparentemente normal, no me lo esperaba.

Estaba claro que, solo con entrar al local, ya desde la planta baja se apreciaba una decoración árabe muy cuidada, fresca y minimalista. Llamaba la atención, sí, pero lo verdaderamente impactante venía después.

La terraza era algo de locos: vistas de trescientos sesenta grados a distintos puntos de la ciudad, incluida la medina, que se desplegaba ante ti como un espectáculo constante. Todo estaba organizado sobre un suelo de caminos de madera, con zonas de césped que formaban cuadrados perfectamente delimitados y, en cada uno de ellos, mesas bajas con pufs apoyados directamente en el suelo o mesas con sillones tipo balinés, pero reinterpretados en clave árabe.

En el centro, una barra amplia y elegante, con estanterías repletas de dulces, helados y una variedad infinita de bebidas, terminaba de darle al

conjunto ese aire sofisticado y relajado que invitaba a quedarte sin mirar el reloj.

—Elige dónde nos sentamos.

—Me molan los pufs, en el suelo.

—Pues vamos a hacer contorsionismo.

—Mejor postura de yoga —sonreí—. Es tan bonito el lugar que es indescriptible —dije, girando la cabeza despacio para empaparme de todo.

—Lo tenía anotado de lo que investigué antes de venir. Decían que merecía la pena, pero se han quedado cortos.

—Pues lo has bordado —respondí mientras yo me acomodaba en el puf, cruzando las piernas con comodidad. Era amplio, mullido y sorprendentemente cómodo—. Aquí me puedo quedar horas.

Cogí una de las cartas que había sobre la mesa y la abrí con curiosidad, pasando las páginas despacio.

—Esto es un atentado contra la salud —sentenció, mirando la carta.

—A mí se me acaba de hacer la boca agua. —Le enseñé el dibujo de una barca de helados con galleta de chocolate rellena de nata, plátano y una capa generosa de caramelo líquido—. Mira esto… es directamente pecado.

—A mí por esta. —Me enseñó otra opción, una combinación de helados de frutas, más ligera, pero igual de tentadora.

—Pues sí que tiene buena pinta.

Y seguí pasando la carta, sabiendo que, eligiera lo que eligiera, iba a ser un acierto.

—Podemos pedir las dos y compartirlas.

—Genial, así disfrutamos de ambas.

Mateo era un regalo del cielo; lo tenía muy claro. Con él todo era muy fácil, al menos por el momento. Me hacía sentir bien y cómoda, y eso era muy importante.

Me comentó que tenía treinta y tres años y que llevaba ya cinco ejerciendo, con plaza fija en uno de los hospitales de Sevilla. Eligió ese camino por vocación, ya que tanto su padre como su madre eran médicos, aunque se habían jubilado hacía poco.

Vivía en su piso, en la zona de Triana, solo con su perrita Gara, que en esos momentos se había quedado en casa de sus padres. El piso fue un regalo de ellos cuando terminó la carrera: se lo entregaron totalmente reformado y amueblado. Me enseñó fotos y era precioso, con un gusto exquisito y mucha luz. La terraza, además, era una auténtica pasada.

Sin deudas, con su plaza como médico, soltero, guapo y, encima, estaba de infarto… tenía todas las papeletas para ser un deseo andante para muchas mujeres. Según él, su vida era tan sencilla y sin complicaciones que nunca le había dado demasiada importancia al tema, y siempre pensó que se daría cuenta cuando alguien fuese realmente para él.

De todas maneras, había estado en pareja cinco años, pero entre la distancia y los trabajos terminaron dejando la relación.

—Dios mío, esto me va a costar trescientos gramos por lo menos, pero está tan rico… mmm…

—La galleta está increíble.

—Y la fruta helada… esto es una locura. Este lugar hay que pasarlo de largo.

—Por esa cara, no serás capaz.

—Toda la culpa la tienes tú.

—Vaya, hombre. Yo queriendo hacer un bien y ahora resulta que soy el culpable de que estés a gemidos disfrutando de unos helados impresionantes.

—Así es, doctor.

—Buena esa. —Se rio.

—Por cierto, tendré que avisar en el riad de que me voy tres días. Espero que a la vuelta me respeten las noches que ya tengo pagadas o tendré que buscar otra opción.

—Te las van a respetar, por eso ni te preocupes. De todas maneras, si te dejan en la calle, siempre te puedo acoger en el mío.

—Como a un perrito.

—No, como a mi nueva amiga.

—Una de miles…

—Soy de círculos muy cerrados —decía sonriente.

—Entonces me debo sentir afortunada.

—No sabes cuánto…

Nos pedimos una tetera de té para disfrutarla en la terraza, ya que se estaba genial y habíamos acabado con las barcas de helado. Además, nos ayudaría a hacer la digestión.

Justo cuando nos la trajeron, estábamos hablando sobre la situación de Cuba. Me parecía increíble lo que sabía de la revolución y de todas las consecuencias que estaba teniendo la isla por un régimen que no hacía más que dejar en decadencia a un pueblo que no se lo merecía, pero que, por desgracia, estaba dividido.

Mateo había estado tres veces allí y, sin embargo, decía que en esos momentos no iría, por mucho que le doliese. La situación no estaba bien para nadie, ni siquiera para el turismo. La realidad era demasiado dura y la isla estaba sufriendo continuos y duraderos apagones. Ya casi nadie tenía dinero para comprar y los productos básicos se acababan rápido.

Yo sabía la situación en la que se encontraba Cuba y sus problemas políticos, pero no a la profundidad de él, que daba nombres y datos sorprendentes que te hacían darte cuenta de la triste realidad que estaba viviendo el país y de dónde venía realmente el trasfondo del problema.

Me relajaba escucharlo y me parecía tan enriquecedor que era como una clase magistral de cultura.

El entorno lo era todo. El simple hecho de poder ver, por un lado, la ciudad más moderna y una gran avenida; por otro, los barrios que te conducían a la medina más profunda; y, más allá, la entrada a la medina más famosa… así lo iba yo describiendo, intentando poner en palabras lo que tenía delante. Aun así, verlo todo a vista de pájaro me parecía asombroso, casi irreal, como si la ciudad se desplegara solo para mí.

Cada poco tiempo me escribía Marta y yo le iba respondiendo con retazos de todo lo que estaba viviendo. Me decía que aquel médico era claramente lo que la vida había decidido ponerme en el camino. Estaba alucinando con mi viaje al desierto y no dejaba de repetirme que follar bajo la luz de las estrellas no tenía precio. Tenía que aguantarme la risa con esos mensajes que me ponían de lo más nerviosa.

—No deberías fumar…

—Lo sé, pero tampoco fumo mucho. Es el primero que me enciendo a tu lado. Me apetece acompañarlo con el té.

—Para acompañarte me tienes a mí.

—Pero a ti no te puedo aspirar.

—Bueno, si me prometes que no fumarás en todo el viaje, te permito que me aspires. —Sonrió de medio lado.

—Sigo fumando. —Me eché a reír nerviosa y él también sostuvo su sonrisilla.

—Prefieres al cigarro antes que a mí. Muy bien, lo anoto. —Se tocó la sien con el dedo.

—No he dicho eso, pero a ti no te puedo aspirar. Bueno, ni a ti ni a nadie. De todas maneras, intentaré no molestarte mucho con el humo.

—No me molesta, lo digo por ti. —Me quitó el cigarrillo de la mano y le dio una calada antes de devolvérmelo.

—¿Le has dado una calada cuando me estás riñendo a mí?

—Soy fumador social, pero me guardo los dos cigarrillos que tengo para el desierto. Solo fumo dos en cada viaje y en España cuando voy a algún evento y me tomo una copa.

—Pues que sepas y entiendas que también es malo así para los pulmones.

—¿Nos quitamos del vicio los dos ahora?

—Sí, hombre. Tú lo tienes fácil, yo no. —Me reí.

—Eres una cobarde.

—¿Y por qué quieres dejar de fumar cuando te has traído dos cigarrillos?

—Por apoyarte. —Me guiñó un ojo.

—Bueno, déjame disfrutar de este viaje en todo su esplendor y ya me lo pienso a la vuelta.

—Eso es que no lo dejarás.

—Qué presión… —Rebufé, causándole una risilla.

—Doña presión, ¿cenamos en la medina, en uno de sus tantos puestos?

—Mola la idea, y así la veo en todo su apogeo.

—Esa es la idea. Además, pasear luego por el zoco es una pasada.

—¿Qué pasa, que no cierra?

—Sí, pero hay una parte que está muy ambientada y se quedan hasta tarde.

—Menos mal que tu riad está en la misma calle que el mío, porque atravesar ese callejón de noche debe dar yuyu.

—Te acompañaré hasta la puerta. —Sonreía.

—¡Qué mono! Tú no serás un acompañante de esos y te han pagado por protegerme, ¿verdad?

—¿Tengo cara de putón? —Elevó una ceja y me miró, esperando una respuesta.

—No, pero sí cuerpo. Te lo digo por si algún día decides abandonar tu vocación y buscarte un extra.

—No contemplo ninguna de las dos cosas.

—Bueno, bueno, yo solo doy ideas.

Le pedí al camarero la cuenta y, cuál fue mi sorpresa, que ya la había pagado él.

—No, en serio. Llegamos a un pacto: tú pagabas la comida y yo la merienda. Esto no es justo. Ahora mismo te hago un Bizum.

—No puedes, lo he desactivado para que no tuvieras esa opción.

—No me gusta ir de gorra por la vida. Trabajo, tengo mis ahorros y me puedo permitir este viaje.

—Es solo cuestión de caballerosidad.

—Por ahí no. La cena la pago o me voy al riad.

—Venga, la cena sí. —Se reía.

Capítulo 5



Conforme nos íbamos acercando a la plaza, me daba cuenta de que ya era otro mundo. Las calles también lo eran. Parecía que, según se iba adentrando la tarde, todo el mundo comenzaba a salir de debajo de las piedras, como si alguien hubiese dado una señal invisible para que la vida empezara a moverse al mismo tiempo.

Todo era caótico, una especie de función al aire libre en la que cada cual tenía su papel asignado, pero, repito, a pesar del hormiguero de gente, me sentía de lo más segura. No había esa sensación de alerta constante que yo misma me había creado antes de venir, ni miradas incómodas, ni gestos raros. Solo vida, mucha vida.

Se había llenado todo de iluminación, con los puestos de comida encendidos a pleno rendimiento, y por todo el alrededor de la plaza había música en directo, bailes improvisados, encantadores de serpientes y hasta un dentista con una mesita de playa llena de dentaduras postizas. Me dejó alucinando, y la cara con la que me miraba Mateo tampoco tenía precio. Era como si los dos estuviéramos asistiendo a un espectáculo que no sabíamos muy bien cómo explicar cuando regresáramos a casa.

—Yo no estoy muy segura de comer después de ver ahí colocadas esas piezas de dientes.

—Lo primero que vas a probar son los caracoles.

—Ni de coña. No los como en mi tierra, menos aquí.

—He dicho que los vas a probar. Aunque sea por educación. Solo voy a pedir un cuenco para los dos por si no te gustan.

—No puedo con los caracoles, Mateo. Yo pruebo todo menos los caracoles.

—¿Lengua de camello?

—Quiero probar esos caracoles —dije, provocándole una carcajada.

Había varios puestos de caracoles repartidos por la plaza, algunos más llenos que otros, y nos sentamos en uno que estaba algo más tranquilo, aunque el ambiente seguía siendo una auténtica locura. El olor que me llegaba era muy apetitoso, especiado y potente, pero claro, el verdadero reto era comérmelos con esa textura que yo ya me estaba imaginando bastante desagradable.

Cogí uno que estaba bien fuera y, encima, era grande… porque todos lo eran. Después de soltar un suspiro largo, de esos que te preparan mentalmente para algo importante, me lo llevé a la boca, sacándolo de su cáscara con cierto reparo.

—Está riquísimo —dije sorprendida, mirándolo como si me acabara de traicionar a mí misma.

Si mi madre me hubiese escuchado en ese momento, me habría dado una colleja por la de veces que me insistió en que los comiera cuando era pequeña.

Mateo, con la risilla suelta y esa expresión de satisfacción de «te lo dije», pidió otro cuenco porque este nos iba a durar un suspiro. El caso es que cada uno, con unos doce caracoles, valía diez dírhams, apenas un euro, y aquello era un espectáculo tanto para el estómago como para el bolsillo.

Disfruté de esos caracoles como una niña pequeña y, encima, me bebí hasta el caldo de uno de los cuencos, sin ningún tipo de pudor.

—¿Vas a seguir a partir de ahora todos mis consejos y recomendaciones?

—Palabrita. —Me llevé los dedos a la boca y me los besé.

—Así me gusta. ¿Probamos los pinchitos?

—Sí, por favor. Eso sí que me llama mucho la atención. Los comí en España al estilo marroquí, pero imagino que nada tiene que ver con los de aquí.

—¡Allá vamos!

Conforme pasábamos por los puestos, cantidad de jóvenes con las cartas de alimentos en la mano intentaban convencerte de que te sentaras en el suyo. Algunos eran más insistentes que otros, pero Mateo los disuadía muy bien con un gesto de negación cortante y una media sonrisa que parecía decirlo todo sin necesidad de palabras.

Llegamos a la zona de los pinchitos y nos sentamos en las mesitas de uno que nos llamó la atención, quizá por el olor, quizá por la limpieza, o quizá simplemente por intuición. Pedimos un par de pollo, otros dos de *kefta* y otros dos de cordero. Ya que estábamos, los íbamos a probar todos. Además, pedimos un cartucho grande de patatas fritas para compartir. Los dos pedimos refrescos cero.

—Aquí tenéis —nos dijo el camarero, dejando la comanda en la mesa.

Habían sido superrápidos, pero con el movimiento que había era normal que estuvieran continuamente haciendo carne a la brasa y friendo patatas. Estas, por cierto, tenían una pinta estupenda y se veían crujientes, justo como a mí me gustaban.

—Pues sí que están ricos —dije probando el de pollo primero; era una locura de sabor: intenso, especiado y deliciosísimo.

—Están muy buenos, sí. Y este de *kefta* es una auténtica barbaridad.

—Pues es el siguiente que probaré. La verdad es que este país me está sorprendiendo muy gratamente, en todos los sentidos.

—Lo que te espera mañana será una de las mayores emociones del viaje. Muchas horas de carretera, sí, pero el recorrido merece muchísimo la pena. Aquí cerca hay una especie de desierto que venden mucho, pero nada que ver con el auténtico.

—Ya que vamos, vamos al bueno. De todas maneras, deberíamos comprar ahora unas patatas de bolsa y algo para el camino.

—Hacen paradas, pero sí, está bien tener algo en la miniván para echar mano. Además, aquí venden frutos secos recién tostados que son una delicia. Ahora vamos a buscar un puesto para comprarlos.

—Genial. Somos un gran equipo. —Me reí.

Estuvieron todos los pinchitos a cada cual mejor y yo ya me daba por más que cenada, y él también. Tenía esa sensación de estar llena, satisfecha y feliz, algo que no solo tenía que ver con la comida. Así que nos dispusimos a entrar por el zoco y hacernos con algunas cosas para el día siguiente. Esta vez me dejó pagar la cena, pero porque me puse seria y no le di opción a discutirlo.

Dicen que todos los caminos llevan a Roma y que, si no lo buscas, lo encuentras. Y eso fue lo que nos pasó al doblar una esquina y encontrarnos a un señor con un carrito y los frutos secos recién tostados. Compramos cacahuetes ya pelados, anacardos, almendras y hasta una bolsita de cacahuetes garrapiñados. Pagamos cinco euros y nos llevamos una bolsa con cuatro bolsitas grandes, una de cada cosa. No solo nos daría para el trayecto, sino también para el desierto, cosa que pensamos que era buena idea llevar allí y tener en la jaima que nos adjudicaran.

Luego entramos en una tiendecita de la propia medina y compramos tres paquetes grandes de patatas, que eran igual que las de España. También cogimos dos paquetes de galletas de chocolate, que nos venían bien como provisión, y un paquete de seis tetrabriks de zumo de manzana.

Seguimos andando y nos paramos ante un carrito de gomitas, todas con muy buen aspecto e iguales que las de nuestro país. Fuimos pidiéndole variedad y llenamos otra bolsita grande, como si estuviéramos preparando una excursión escolar.

—Vamos completitos al viaje.

—Sí. Además, leí que allí lo que hay es el restaurante donde sirven el desayuno, la comida y la cena. Luego también un barecito para comprar bebidas, pero poco más. Así que mejor tener de donde tirar.

—Estoy superemocionada con ese viaje.

—Y yo muy contento de hacerlo contigo. —Me echó la mano por el hombro y me dio un beso en la mejilla de manera afectiva.

Afectiva, pero a mí me subió todos los colores, y él se dio cuenta. Sonreía mirándome de lado, con esa expresión suya que empezaba a resultarme peligrosamente familiar. Me encantaba su forma de ser, tan natural y cercana.

—Por cierto, mañana podrías venir a desayunar a mi riad. Tengo el desayuno pagado de Marta y el chico me dijo que, si se lo daba a alguien, no había problema.

—Claro. Así desayunamos juntos antes de irnos.

—Y quiero conocer la terraza de arriba donde se desayuna. Debe de ser espectacular. Desde abajo se ve muy verde, con muchas plantas. Estoy convencida de que me va a sorprender.

—Allí estaremos para descubrirlo. —Me pellizcó la cara y otra vez me encendió los colores.

Un niño se nos acercó vendiendo pañuelos de papel y la verdad es que también nos venían genial para el viaje. Le compramos un paquetito de seis, pensando en el polvo, el calor y las horas de carretera.

—En el desierto me voy a tener que poner por la noche los dos jerséis que traigo, por si acaso, y la chaqueta encima, que es finísima. Allí por el día debe hacer mucho calor y por la noche, mucho frío.

—Así es. Pero yo traigo dos camisetas térmicas nuevas. Te quedas una y así, con la sudadera y la chaqueta, estarás más que abrigada.

—No, por favor, no te voy a quitar la camiseta. —Me reí.

—No me la vas a quitar, te la voy a regalar. Te quedará grande, pero con la presión de la sudadera te dará calor.

—¡Qué mono!

—Tú sí que eres una mona —me dijo con la risilla suelta.

Entramos en un mercado de fruta y verdura. Había de todo, colores intensos y olores que abrían el apetito de nuevo. Compramos un racimo de plátanos y unos aguacates. A los dos nos llamaron la atención y llegamos a la conclusión de que nos fascinaban.

Allí entraba el desayuno y se suponía que era muy completo, pero aguacate seguro que no tenían, y a nosotros no nos iba a faltar.

Me acompañó hasta la puerta del riad, momento en que Amine me saludó y le dije que Mateo vendría conmigo a desayunar por la mañana. Me contestó que sin ningún problema, que como si se quería quedar a dormir.

—No, no, él tiene su riad. —Reí nerviosa.

—No me quiere. —Mateo se encogió de hombros, y Amine se rio a carcajadas.

Nos despedimos quedando en vernos allí a las siete de la mañana, que era cuando abría el desayuno y, además, a las ocho y media nos recogían en la plaza.

Dejé en mi habitación todas las bolsas para que él no las cargara cuando al día siguiente tenía que venir.

Me senté al borde de la cama y comencé a reírme a carcajadas nerviosas. ¿En serio me iba con ese pedazo de hombre al desierto? Esto sí que era una auténtica lotería.

Si algo tenía claro es que este viaje se me quedaría en el corazón para toda la vida. Y pensad lo que rezaba en el avión viniendo hacia aquí…

Capítulo 6



A las siete menos cinco de la mañana llamaba Mateo a la puerta de mi habitación.

—Sí que eres puntual. —Me reí.

—Eso siempre —dijo, a la vez que entraba dejando su maleta y mochila junto a la mía, que estaba lista, igual que el bolso tote.

Aún estaba medio dormida, pero la ilusión me había hecho saltar de la cama antes de que sonase el despertador. Me sentía nerviosa, expectante, como cuando sabes que te espera algo grande, algo que no has vivido nunca y que, de alguna manera, presientes que te va a marcar. Me miré un segundo al espejo antes de salir: vaqueros, camiseta básica, sudadera cómoda y deportivas. Nada de postureo. Hoy tocaba carretera, polvo y aventura.

Subimos a la terraza y sonreímos al ver lo bonita que estaba, con tantas plantas que daban intimidad a cada mesa. Las vistas también eran espectaculares.

A esas horas todo estaba mucho más tranquilo. La ciudad parecía medio dormida, como si aún no hubiese despertado del todo, y el jaleo de la noche anterior se hubiese quedado en pausa unas horas más. El aire era fresco, agradable, y se notaba una calma que costaba encontrar después del caos de la plaza. Me apoyé un momento en la barandilla y respiré hondo, intentando quedarme con esa sensación, como si pudiera guardarla dentro para cuando el día empezara de verdad.

Una simpática empleada nos dijo que nos acomodásemos en la que más nos gustara. Tomamos asiento en una esquina desde la que teníamos unas vistas increíbles.

Nos trajeron una tetera de té, una cafetera mini, leche, dos botellas de agua y zumo.

—Ahora vengo con lo demás —nos indicó, y le dimos las gracias al unísono.

—Si nos ponen esto para beber, no quiero imaginar lo que nos traerán.

—Son muy completos los desayunos de aquí. Ayer desayuné en mi riad por cinco euros y fue increíble. No pude con todo.

Mientras hablábamos, me fijaba en sus gestos. En cómo se movía con naturalidad, en esa tranquilidad suya que parecía contagiar. Me gustaba esa forma tan sencilla de estar, sin prisas, sin aparentar nada. Me hacía sentir cómoda, como si nos conociéramos de mucho más tiempo del que realmente llevábamos.

La mujer volvió con una cesta y una tabla redonda y grande que colocó en el centro de la mesa. Me quedé loca.

—Buen apetito —nos dijo, y le dimos de nuevo las gracias.

—Madre mía… esto no lo he visto en mi vida.

—Y eso sin contar con esto. —Señaló el aguacate que habíamos subido.

—También caerá. —Me reí nerviosa.

La cesta que dejó a un lado de la tabla era una gran variedad de pan recién hecho. Olía que alimentaba. Sobre la tabla había un platito con aceitunas, dos platos con dos huevos fritos cada uno, cuencos con mantequilla, mermelada, crema de cacahuete y miel, un plato con dulces como napolitanas rellenas de

chocolate o cruasanes, también había queso fresco y un platito con naranjas ya en gajos.

Mateo peló el aguacate y lo dejó, ya en rodajas, al lado del plato del queso.

Los huevos tenían una pinta impresionante y, encima, con ese pan calentito era una delicia. Me preparé una tostada con queso y aguacate y le puse unos trozos de huevo encima. Mateo imitó mi combinación.

Lo primero que nos tomamos fue el zumo y luego nos servimos el café. El té lo dejamos para el final. Estaba disfrutando de todo con una calma y una paz que hacía tiempo que no sentía. Esto era otro mundo.

Había algo en ese desayuno que me resultaba casi íntimo. Quizá era la hora, el silencio, la sensación de estar compartiendo algo sencillo pero especial. Pensé en lo diferente que habría sido todo si Marta estuviera allí y, aunque la eché de menos, también sentí que la vida me estaba regalando algo inesperado.

La chica regresó con otra cafetera y nos la cambió. Me quedé sorprendida. Me encantaba ese lugar, ese desayuno y ese momento. No podía pedirle nada más a la vida.

Mateo estaba guapísimo con una camiseta blanca a juego con las deportivas y un vaquero que le quedaba como anillo al dedo. Bueno, realmente es que era guapísimo y todo le sentaba bien.

—¿Y qué tal has pasado la noche?

—Bien. La verdad es que hablé con mis padres por teléfono y, tal como acabé, me tumbé y caí redonda.

—El día fue largo y tu cuerpo se relajó rápido.

—Debe ser eso. ¿Y tú?

—Yo duermo bien hasta en lo alto de un árbol. —Sonrió.

—Eso es envidiable —negué riéndome—. Yo necesito silencio, oscuridad y una buena almohada.

—Pues hoy no sé qué tal dormirás. —Me miró con media sonrisa—. El desierto impone.

—No me metas miedo ahora —le advertí, aunque en el fondo estaba deseando que llegara ese momento.

A las ocho en punto nos levantamos y fuimos a la habitación a recoger las cosas. Me despedí de Amine hasta la vuelta porque seguía teniendo mi reserva pagada. Hasta le ofrecí a Mateo que se quedase en la habitación conmigo, porque él no tenía reserva para la vuelta, ya que iba a improvisar. Amine me permitía que ocupase el puesto de Marta.

Nos dirigimos a una punta de la plaza donde estaba el punto de encuentro. Allí había dos parejas a las que les preguntamos y estaban esperando para la misma excursión, también en miniván. Así que dedujimos que serían nuestros compañeros de viaje. No fallamos, porque llegó el guía con el coche y nos montamos los seis.

La miniván era de lo más cómoda y confortable, toda una pasada, ya que era nuevecita. Los asientos se veían amplios, el interior estaba impoluto y el aire acondicionado ya funcionaba, cosa que se agradecía teniendo en cuenta las horas de carretera que nos esperaban por delante. Daba gusto subirse a un vehículo así y pensar que íbamos a pasar medio día metidos en él.

El guía también era el chófer y se veía de lo más simpático, de esos que transmiten confianza nada más abrir la boca y que te hacen relajarte sin darte cuenta. Tenía una sonrisa fácil y un tono cercano que invitaba a pensar que el viaje iba a ser ameno. Se presentó como Abdul.

—Bueno —dijo uno de los turistas—, yo soy Ismael y ella es Isa. Somos de Jaén.

—Nosotros somos David y Alejandra, de Granada —añadieron sonrientes.

—Pues nosotros también somos andaluces. Yo soy Mateo, de Sevilla, y ella es Natalia, de Cádiz.

—¡Viva Andalucía! —gritó Isa, levantando un poco la voz, y nos echamos todos a reír.

Ese gesto tan simple de Ismael rompió el hielo al instante y nos vino genial para empezar a familiarizarnos entre nosotros, porque el viaje iba a ser largo y se agradecía ponerle cara y nombre a las personas con las que íbamos a compartir tantas horas de carretera.

El chófer arrancó y, mientras salíamos de la ciudad, nos fue explicando algunas cosas del recorrido. Pasamos por varios residenciales de lo más lujosos, con grandes casas y jardines bien cuidados, zonas donde vivía la gente con mucho dinero. Me llamó la atención ese contraste tan grande entre el Marrakech turístico y esas urbanizaciones modernas que no tenían nada que envidiar a las de cualquier ciudad europea.

Yo iba sentada en la ventanilla y Mateo a mi lado. Notaba el traqueteo suave del vehículo y cómo la ciudad iba quedando atrás poco a poco. Marrakech se despedía con sus edificios, sus calles caóticas y ese ruido constante que ya empezaba a formar parte de mis recuerdos.

—Cada vez que alguien necesite ir al baño, que no espere en decirlo, porque quizá hasta la siguiente vez que pueda parar en un sitio en condiciones falte media hora o incluso una hora —nos explicó el conductor con total naturalidad, mirándonos por el retrovisor.

—¿Y si nos apetece un cafelito? —preguntó Ismael con la risilla, como si ya se estuviera viendo con la taza en la mano.

—Avisadme también con tiempo —respondió Abdul—. De todas maneras, tengo programadas en ruta varias paradas y ahí podréis tomar café, té o refrescos, estirar un poco las piernas y despejaros.

»Sobre la una y media o las dos pararemos para comer en un restaurante de carretera que va cogiendo al turismo. Es tipo bufé, cuesta nueve euros por persona y la bebida va aparte.

Asentimos todos, conformes, porque la organización parecía bastante clara y eso daba mucha tranquilidad. Además, la idea de ir parando cada cierto tiempo hacía el trayecto más llevadero y menos pesado, sobre todo sabiendo que nos quedaban muchas horas por delante.

—¿Y si queremos fumarnos algo de la tierra? —preguntó David, imaginé que bromeando, aunque con esa media sonrisa que no dejaba del todo claro si iba en serio o no.

—También me avisáis —le respondió el conductor con la risilla, mirándonos por el retrovisor como quien ya está acostumbrado a ese tipo de comentarios.

—Mola, el guía-chófer —le dijo David, acomodándose mejor en el asiento.

—Este es mi país y mi circuito. Ustedes relájense y sigan mis consejos —contestó Abdul con tranquilidad y cierto orgullo en la voz.

—No nos queda de otra. —Se le escuchó decir a Alejandra desde atrás, provocando que el conductor soltara una carcajada y que el ambiente dentro de la miniván se relajara todavía más.

La primera parada no pudo ser más divertida porque fue a un lado de la carretera, en una especie de ensanche improvisado, donde había un montón de monos sueltos campando a sus anchas y una señora mayor vendiendo bolsitas de cacahuetes para que se los diésemos. Nada más parar, Abdul se apresuró a cerrar bien el coche y nos advirtió, medio en serio medio en broma, que no dejásemos ninguna puerta abierta, porque los monos no tenían ningún reparo en meterse dentro si olían comida.

Los tres chicos compraron varios paquetes de cacahuetes y, en cuanto bajamos, aquello se convirtió en un espectáculo. Los monos se acercaban sin ningún miedo; algunos incluso se subían a las vallas o a las piedras más altas para observarnos mejor, como si estuviéramos invadiendo su territorio. Eran descarados, rápidos y tremendamente listos. Les dabas un cacahuete y, antes de que pudieras reaccionar, ya te habían metido la mano en la bolsa intentando llevarse más.

Nos hacíamos fotos entre risas, intentando mantener cierta distancia, pero era imposible no reírse cuando alguno se acercaba demasiado o te miraba fijamente, esperando su turno. Intimidaban un poco, no voy a negarlo, porque su mirada no tenía nada de inocente, pero al mismo tiempo era imposible no disfrutar del momento. Te quitaban la comida en un segundo si te despistabas y alguno llegó a asustarnos de verdad cuando saltó demasiado cerca.

No nos podíamos reír más. Era uno de esos instantes espontáneos, absurdos y divertidos que no se planifican y que sabes, mientras lo estás viviendo, que se te van a quedar grabados para siempre. De esos recuerdos que, pasen los años que pasen, volverán a tu cabeza con una sonrisa inevitable. Tenía claro que ese momento no lo iba a borrar de mi mente jamás.

Regresamos al interior del vehículo todavía comentando la jugada, enseñándonos las fotos y riéndonos de lo rápido que habían sido. Abdul arrancó de nuevo y proseguimos el camino por las montañas del Atlas, donde el paisaje empezó a cambiar de manera evidente. A lo lejos, en lo alto, aún se veían algunas cumbres nevadas en plena primavera, contrastando con los tonos ocres y rojizos de la tierra. Había valles profundos, extensiones enormes y paisajes que te dejaban con la boca abierta, de esos que te obligan a guardar silencio solo para poder contemplarlos mejor.

Miraba por la ventanilla intentando asimilarlo todo. La carretera se alargaba frente a nosotros, serpenteando entre montañas, y sentía que, con cada kilómetro que avanzábamos, me iba adentrando en algo completamente desconocido, casi primitivo, pero a la vez fascinante. Era como si me estuviera alejando no solo de la ciudad, sino también de mi vida habitual, de las prisas, de las preocupaciones de siempre.

Mateo se movió un poco en el asiento y, sin querer, me rozó la mano al cambiar de postura. Fue un gesto simple, casi insignificante, pero me provocó un cosquilleo inesperado que me recorrió el cuerpo de arriba abajo. No aparté la mano de inmediato. Él tampoco. Y, mientras el paisaje seguía desfilando ante mis ojos, tuve la sensación de que aquel viaje no solo me estaba llevando a un lugar nuevo, sino también a emociones que no había previsto.

Pasado un poco de las doce del mediodía, paramos en una impresionante ciudad del Alto Atlas llamada Ouarzazate, lugar conocido por haber sido

escenario de películas como *Gladiator* y *La joya del Nilo*.

Además, ese lugar era conocido como la «Puerta del Sáhara» y no tardamos en notar que estábamos dejando atrás el Marruecos que conocíamos hasta ese momento. Todo comenzaba a volverse más árido, más seco, con una belleza distinta, casi áspera, que anunciaba que nos acercábamos a otro tipo de paisaje y de vida.

Atravesamos sus muros de barro rojizo, del mismo tono que gran parte de la ciudad, y nos dirigimos al Mercado Central. Nada más llegar, tuve la sensación de estar entrando en un escenario detenido en el tiempo. Nos sentamos los siete a tomar un té; necesitábamos ese momento de pausa para observar, para empaparnos con calma del entorno, porque aquello no era solo un mercado, era un auténtico monumento al aire libre lleno de vida.

Desde la mesa, veíamos a la gente pasar, a los comerciantes atender a los clientes, a los niños corretear entre los puestos. Abdul aprovechó ese rato para contarnos historias del lugar, hablándonos de cómo se vivía allí, de la importancia que tenía la ciudad como punto de paso y de cómo el ritmo de vida poco tenía que ver con el de las grandes ciudades. Escucharlo era casi tan enriquecedor como contemplarlo todo con mis propios ojos.

Continuamos el camino hasta la siguiente parada, que fue para comer en un precioso y enorme restaurante donde paraban los autobuses. Todo alrededor era desértico.

Nos sentamos los siete en una mesa y cada uno se fue levantando para servirse. Había una gran variedad de comida para todos los gustos. Yo quería seguir empapándome de la cultura culinaria del país y me serví cuscús con pollo. Tenía una pinta increíble.

Mateo se decantó por un pollo al limón con patatas fritas. De beber pedimos refrescos.

Por un comentario que hizo David, medio en broma y medio en serio, nos dimos cuenta de que estaban de luna de miel. Les preguntamos y, efectivamente, llevaban ya una semana recorriendo Marruecos y todavía les quedaba otra más por delante. Estaban encantados, se les notaba en la cara, en

la forma de mirarse y en esa complicidad tan bonita que tienen las parejas que aún están celebrándolo todo.

Los felicitamos los cinco a la vez, casi sin ponernos de acuerdo, y hasta comenzamos a aplaudir allí mismo, provocando que Alejandra se pusiera roja como un tomate mientras David la rodeaba con el brazo, orgulloso y muerto de risa. Ella no paraba de repetir que le daba mucha vergüenza, pero se le notaba feliz, de esas felicidades tranquilas que no necesitan hacer ruido.

Ismael e Isa nos contaron entonces que ellos tenían intención de casarse al año siguiente. Se miraban con una ilusión contagiosa mientras hablaban de fechas, de ideas sueltas, de lo poco que tenían claro todavía y de las muchas ganas que tenían de que llegara el momento. No hablaban de grandes detalles ni de planes cerrados, hablaban desde ese punto tan bonito en el que todo está por construir y cualquier cosa parece posible. Escucharlos era agradable, de esas conversaciones que te arrancan una sonrisa sin darte cuenta.

Cuando David, sin mala intención y con total naturalidad, nos preguntó si Mateo y yo estábamos casados, nos entró tal ataque de risa que fue imposible contenernos. Nos miramos apenas un segundo, como buscando apoyo en el otro, y empezamos a reírnos como dos tontos, primero bajito y después sin ningún control, contagiando al resto de la mesa y provocando un nuevo estallido de carcajadas general que llamó incluso la atención de otras mesas cercanas.

—Cuéntale tú, amor —le dije a Mateo, todavía riéndome, incapaz de articular nada coherente.

—Es que los vamos a asustar, vida. —Me hizo un guiño cómplice.

—Ya me tenéis con la intriga —sentenció Isa.

—Nos conocimos ayer en un restaurante de la plaza… —dije yo mirándolo de reojo y aguantándome la risilla, porque todavía me parecía surrealista estar contándolo en voz alta.

—¡No me jodas! —exclamó David, abriendo los ojos como platos—. Pues os juro que os veía tan cómplices que parecíais una pareja muy bonita.

—Yo estoy flipando —decía Alejandra, llevándose la mano al pecho—. Pero flipando de verdad.

—Lo que une Marruecos… —añadió Abdul desde el asiento delantero, provocando una nueva ronda de risas dentro de la miniván.

Les contamos entonces toda la historia con algo más de calma: cómo nos habíamos conocido, lo que me había pasado con mi amiga, cómo yo había llegado sola y cómo, casi sin buscarlo, habíamos acabado sentados uno al lado del otro. Todos escuchaban atentos, interrumpiendo de vez en cuando con comentarios de sorpresa, risas o algún «no me lo creo». Cuando terminamos, volvimos a llevarnos nuestro aplauso colectivo, acompañado de bromas y alguna que otra mirada cómplice.

A partir de ese momento, el ambiente cambió todavía más. Proseguimos el camino sintiéndonos más grupo, más conectados, como si ya nos conociéramos de antes. Además, sabíamos que los seis íbamos al mismo campamento en el desierto, así que la sensación de ir arropados y acompañados se hizo mucho más fuerte. Las conversaciones fluían solas y ya nadie tenía reparo en hablar o bromear.

La gracia vino cuando salió el tema de las profesiones. David, el mismo que había preguntado antes entre risas si se podía fumar algo de la tierra, confesó que lo decía con segundas: era policía nacional en España. Lo que nos reímos en aquel momento fue lo más grande. Él se defendía diciendo que estaba de vacaciones y fuera de servicio, mientras nosotros no parábamos de vacilarlo.

Alejandra nos contó que ella era profesora de primaria, y en el caso de Ismael e Isa, ambos resultaron ser enfermeros y trabajar en la misma clínica privada. Al final, parecía que el coche se había llenado de gente dedicada a cuidar de los demás.

Alejandra tuvo mucho arte al decir que, entre el poli, el médico y los enfermeros, más cuidados no podíamos llevar en ese viaje.

—Yo evitando a la poli y llevo uno en el coche —dijo Abdul entre risas, provocando una carcajada general que volvió a llenar la miniván de buen

rollo.

El camino cada vez se iba haciendo más desértico. Íbamos viendo casas a lo lejos de barro rojizo, pero muy dispersas. Debía ser muy duro vivir ahí.

Les dábamos a los chicos frutos secos, patatas y gominolas. Nos decían que éramos los listos del grupo y que íbamos bien preparados.

Nos adentrábamos en un Marruecos más bereber y beduino, personas seminómadas que se iban adaptando a las condiciones climatológicas, viviendo en valles, oasis y lugares estratégicos.

Capítulo 7



Eran las nueve de la noche cuando llegamos a la base que tenían los del campamento, donde nos recibieron entre cantos bereberes y té caliente recién preparado. Las chicas tocábamos las palmas a su ritmo, dejándonos llevar por la música y las sonrisas, y sentíamos que ahora sí, después de tantas horas de camino, estábamos a los pies del desierto, en ese lugar del que tanto habíamos oído hablar y que imponía solo con nombrarlo.

Después de una llegada sin igual, cargada de estímulos y emociones, nos despedimos del chófer hasta el último día y un joven nos comenzó a llevar por las dunas en un 4x4 gigante en el que íbamos los seis, bien apretados y agarrándonos como podíamos. La verdad es que impresionaban los botes y el ir sorteando esos caminos imposibles, atravesando las dunas, subiendo y bajando sin que pareciera existir una ruta marcada.

Miraba por la ventanilla y observaba cómo las estrellas iluminaban con muchísima intensidad, como si estuvieran más cerca que nunca. Era increíble cómo se conocían el camino porque, entre un desierto con tantas dunas, tan parecido todo a simple vista, solo un auténtico autóctono era capaz de guiarse con esa seguridad, sin dudar ni un segundo.

Se veían campamentos por todos lados, unos alejados de otros, pequeñas luces en mitad de la nada que parecían flotar sobre la arena. Llevaba la piel de lo más erizada, entre la emoción y el respeto que me imponía el entorno, y Mateo me tenía echado el brazo por el hombro, controlando los movimientos para aguantarme en caso de bote grande. Se le notaba un hombre muy protector y cuidadoso, atento a cada sacudida del coche.

Llegamos por fin al nuestro, y digo por fin porque, aunque había sido toda una aventura digna de recordar, a mí me tenía un poco angustiada ese trayecto que parecía que en cualquier momento íbamos a volcar, y el cuerpo aún no terminaba de relajarse del todo.

El campamento era precioso: dos líneas de jaimas que se veían grandísimas, con una recepción también tipo jaima donde nos entregaron las llaves y nos dijeron que fuésemos directos a cenar.

—Ni cagar nos van a dejar —murmuró David, causándonos una risa.

Nos habían dado tres jaimas continuas, cosa que agradecimos muchísimo nada más verlo, porque así estábamos todos cerca y resultaba más cómodo. El grupito era muy bueno y ya habíamos cogido una confianza relativa entre risas, bromas y las horas compartidas durante el viaje, lo suficiente como para sentirnos a gusto unos con otros.

Al abrir la jaima se me abrió, de igual manera, la boca. Había una cama gigante, ya que habían dado por hecho que éramos pareja, algo que nos hizo mirarnos y sonreír sin darle mayor importancia. A los dos nos dio igual porque había espacio suficiente hasta para uno más, y además se veía todo tan limpio y cuidado que invitaba a relajarse. Teníamos nuestro propio baño completo y nos habían dejado tres botellas de agua grandes y cuatro pequeñas, colocadas con cuidado. Todo un detalle. No faltaba el aire acondicionado, que ya estaba encendido, cosa que se agradecía después del trayecto y del cambio de temperatura al caer la noche.

Me puse la chaqueta encima de la sudadera y nos fuimos a la cena, donde nos habían asignado una mesa grande y redonda para los seis, lo que hacía todo más cercano y distendido. Estaba saliendo todo a pedir de boca, como si cada cosa encajara sin esfuerzo.

Sobre la mesa había dos cestas de pan y unos cuencos con olivas y algunas verduras cocinadas por ellos, que olían de maravilla. De primer plato nos trajeron una ensalada marroquí, fresca y muy bien presentada. La gracia fue que Ismael pidió cerveza y le dijeron que sí que había, así que los seis nos animamos a pedir lo mismo, sorprendidos y encantados a partes iguales.

La ensalada estaba riquísima y, cuando la terminamos, nos trajeron una *pastela* de pollo individual para cada uno. Tenía una pinta increíble y crujía al partirla, soltando ese aroma tan característico. Estaba de diez y los seis coincidimos en que el sabor era brutal, comentándolo entre bocado y bocado.

Por último, nos dieron a elegir entre varias opciones. Yo elegí ternera con ciruelas y patatas fritas, igual que Mateo y algunos de los chicos, atraídos por la mezcla dulce y salada. Los otros se decantaron por pollo al limón, también acompañado de patatas fritas, que tampoco tenía mala pinta.

Ismael y David estaban sembrados y tenían cada salida que no podíamos dejar de reírnos, encadenando una broma con otra sin parar. La jaima del restaurante estaba abarrotada de gente y un grupo musical árabe amenizaba la velada con música en directo. Ellos decían que, por favor, alguien les diese de cenar y que se callasen, provocando aún más carcajadas alrededor de la mesa.

De postre nos dieron un cuenco de fruta pelada y cortadita y unos dulces marroquíes para compartir, todo muy bien presentado. Nos pusieron té, pero todos seguíamos a cervezas y sin intención de cambiar, dejándonos llevar por el ambiente.

Tras la cena nos dijeron que se animaría todo en torno al fuego que ya habían hecho al final de las jaimas, donde también había un bar y se podía pedir allí la bebida para seguir la fiesta, cosa que sonaba de lo más tentadora.

Los seis quedamos en ir a ducharnos y luego vernos allí, en el fuego. Primero entré yo, pero antes Mateo me dio la camiseta térmica para que me la pusiera, ya que el frío se estaba notando fuera más intenso conforme avanzaba la noche.

Me sequé el pelo rápido y salí para que entrase él, mientras yo terminaba de ponerme las otras capas de sudadera y chaqueta con calma. Debajo me había puesto unas mallas negras y encima un vaquero, pensando en ir cómoda y abrigada. Mateo fue superrápido y se veía que venía preparado para ese momento. Incluso quería cambiarme la chaqueta para que yo estuviera más abrigada, pero me negué en redondo, porque la mía le iba a quedar como un torero y no era justo. Demasiado que ya me había dado una térmica que había empezado a hacer efecto.

Llegamos a la zona donde los bereberes tocaban sus instrumentos alrededor del fuego, creando un ambiente hipnótico. Ya habían llegado Ismael e Isa. No tardaron en llegar tampoco David y Alejandra. Fuimos a la barra a pedir las bebidas y la primera ronda la pagó Ismael sin aceptar tonterías. Nos echamos a reír. Total, ya iríamos pagando por rondas y se acabó el problema.

Nos pedimos unos cubatas de ginebra con tónica. Estábamos flipando de poder comprarlos en pleno desierto, algo que jamás habría imaginado. Regresamos alrededor del fuego y las chicas se fueron sentando entre las piernas de sus chicos, buscando el calor y la comodidad.

—Ven, para acá, cariño mío —me dijo Mateo, señalándome entre sus piernas, y todos nos echamos a reír.

—Pues no te lo voy a negar, así estoy más calentita —dije, sentándome entre sus piernas, de espaldas a él, y me abrazó por delante con una mano.

—Amor, si nadie te va a cuidar como yo —decía, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Está claro que ahora mismo sí —le contesté riendo.

—Ahora mismo dice… qué borde.

—No he sido borde. —Me reí nerviosa.

La música comenzó a ponerse intensa y empezaron el repertorio con Shakira y su legendario *Waka-Waka*, que comenzaron a tocar y cantar con unos acentos buenísimos. Aquí se notaba que no hablaban español tan fluido, pero sí se defendían.

Las chicas nos levantamos a bailar con las demás del campamento mientras los chicos nos grababan y tiraban fotos. Y anda que no se nos daban bien esos pasos que yo me sabía de ver los vídeos de la Shaki.

Fue un momentazo de esos que se guardan en el corazón. Esos chicos bereberes animaban a lo grande.

Regresé a sentarme entre las piernas de Mateo y no se le ocurrió otra cosa que decir que yo era su Shakira particular. Me reía muchísimo con las cosas que decía y con cómo las decía, con cierto ápice irónico y algo que sonaba a confesión.

—Tú tienes mucha tela, Mateo.

—¿Por qué?

—Tu sonrisilla es la mejor de las respuestas. —Me reí.

Terminó la música y los bereberes comenzaron a contar una historia sobre una de las familias del desierto que, al día siguiente, se podía visitar en su propio campamento y que vivían con su granja y de manera totalmente nómada. Hablaban despacio, con ese tono pausado que hacía que todo el mundo guardara silencio casi sin darse cuenta, como si el fuego, la noche y sus palabras nos obligaran a escuchar.

Contaban anécdotas de sus vidas allí, de cómo se organizaban en mitad de la nada, de la dureza del clima y de la importancia de la familia y la comunidad, y también de personajes famosos que habían pasado por ese lugar, algunos conocidos en todo el mundo. Lo hacían con naturalidad, mezclando humor y respeto, y terminaban cautivando a todo el mundo, que escuchaba atento sin perder detalle.

La gracia fue que nos dijeron que teníamos que levantarnos a las cuatro de la mañana si no queríamos perdernos el paseo en camello que nos llevaría hasta la gran duna para ver uno de los amaneceres más bellos del mundo, uno de esos que, según ellos, se quedan grabados para siempre en la memoria.

Los seis no estábamos dispuestos a perdernos ese momento, aunque tuviéramos que dormir poco y el cuerpo al día siguiente nos pasara factura.

—De resaca y en camello… ¿No es mejor quedarnos bebiendo hasta las cuatro y al menos ir borrachos? —preguntó Ismael, causándonos una carcajada grupal y provocando que más de uno asentara entre risas.

—Un poli, un médico y dos enfermeros en camellos por el desierto y borrachos… ¿No sería flipante? —preguntó Alejandra, consiguiendo que nos riésemos mucho más solo con imaginar la escena.

—Mejor dormimos aunque sea tres o cuatro horas —decía Isa, intentando poner un poco de cordura en medio del cachondeo general.

—Son las once. Con que nos acostemos a las doce, ya dormimos cuatro horas —comenté, haciendo números mentales mientras miraba el reloj.

—¿Y quién ha dicho que yo te vaya a dejar dormir?

—Te acaban de echar la indirecta del siglo, Natalia —decía Alejandra a carcajadas, mientras yo me reía sin saber muy bien qué contestar y notando cómo se me subía el calor a la cara.

Mateo me miraba de lado con la sonrisita sostenida, tranquila y segura, y yo notaba que me encendía como una hoguera, igual que la que teníamos delante, incapaz de disimular lo que me provocaba su mirada.

—Venga, vamos a ir a por la última antes de irnos a dormir.

—De eso nada, que quedan dos rondas para ser justos y equitativos —dijo Mateo, que parecía de lo más a gusto frente a la hoguera, aunque yo también lo estaba.

Los que cuidaban y trabajaban en el campamento, que eran los bereberes, estaban sembrados. Tenían una chispa especial y un sentido del humor muy parecido al nuestro, directo y sin filtros. Cuando los chicos fueron a pedir otras tres copas, empezaron a decirnos que huyéramos ahora que podíamos, que esos tres hombres iban a ser nuestra ruina y que luego no querían quejas. Yo no podía dejar de reírme con las contestaciones que les daban Isa y Alejandra, defendiendo a sus chicos con una soltura brutal. Nada más que les faltó gesticular un «vete a tomar por culo» para rematar la escena.

Cuando vinieron los chicos, empezaron a vender la película de que les habían dicho que eran unos señores, que teníamos mucha suerte de ir con ellos y que se habían portado de lo más educados. El morro que le echaban era

increíble, pero tenían tanta gracia que era imposible no reírse con sus exageraciones y sus caras de circunstancias.

Estuvimos hasta las doce, entre risas, música de fondo y el calor del fuego, momento en que nos fuimos todos hacia las jaimas, quedando en vernos a las cuatro de la mañana, aunque ninguno tenía muy claro cómo íbamos a reaccionar cuando sonara el despertador.

Me puse el pijama con una camiseta debajo, más por costumbre que por frío. En la jaima se estaba a buena temperatura gracias al aire, aunque yo iba bien abrigadita en la cama, todavía con la sensación del día rondándome por la cabeza y el cuerpo intentando asimilar todo lo vivido.

—Te vas a caer —dijo al comprobar que me había puesto en el filo.

—Te estoy huyendo —bromeé riendo, aunque en realidad no me movía ni un centímetro.

—Ven al centro ahora mismo o te traigo yo por los pelos —dijo, provocándome una carcajada. Me puse en el centro y él se pegó a mí, ocupando el espacio con naturalidad, como si siempre hubiese sido ese nuestro sitio.

—¿Contento?

Metió la mano debajo de mi cabeza y me la acercó a su hombro para que me apoyase ahí, acomodándome con un cuidado que me desarmó por completo, buscando que estuviera cómoda sin decirlo en voz alta.

—Ahora sí lo estoy. —Me dio un beso en la sien, lento, tranquilo, de esos que no piden nada y lo dicen todo.

Me dejaba inmovilizada y con la risilla suelta, pero me encantaba cómo me trataba y cómo me hacía sentir a su lado. Parecía que lo conocía de toda la vida.

Estuvimos hablando un poco de la primera sensación que teníamos del campamento al que habíamos llegado de noche y ambos coincidimos en que,

aparte de especial, nos quedaba mucho por vivir.

Capítulo 8



Los móviles comenzaron a sonar avisándonos de que teníamos que ir a ver el gran amanecer…

Me había despertado abrazada a él, tal y como pasé la noche. La sensación era tan placentera que me daba hasta tristeza levantarme y romper ese momento.

—Me he sentido secuestrado…

—Por tu culpa —solté riendo.

—Ven para acá y dame un besito si quieres que te deje bajar de la cama.

—Nos esperan para ir a ver el amanecer en la gran duna. —Le di un beso en la mejilla.

—Por eso te vas a librar.

Me metí en el baño a asearme la cara, lavarme los dientes y vestirme, mientras escuchaba a Mateo gritarme que no podría huir siempre de su amor. Era tan mono y divertido…

Y había dormido toda la noche abrazada a él como si fuese mi novio de toda la vida. Me reía de pensarlo.

Salí y Mateo entró haciendo con sus dedos una V, señalándose los ojos y luego a mí, como diciendo que me vigilaba. Me tenía a golpe de risa a las cuatro de la mañana.

Salimos hacia la zona de la recepción y nos encontramos a los chicos saliendo de sus jaimas y maldiciendo la hora.

Comenzaron a montarnos en los camellos, que estaban en fila. De mi grupo me montaron la primera y, tras de mí, en el siguiente camello iba Mateo.

Cuando se levantó el camello pensé que iba al suelo. Metí un chillido que debió escucharse hasta las puertas del desierto.

Hacía un frío horrible y la cara la notaba congelada. Me tiraba algunos selfis intentando mantener el equilibrio. Sabía que Mateo me estaba sacando algunas fotos o vídeos de espaldas.

Llegamos a la gran duna y nos bajamos de los camellos. Me pegué al pecho de Mateo y él me abrazó, dándome calorcito.

—¡Qué frío, por Dios!

—Tú lo que quieres es mi calorcito.

—Llámalo como quieras, pero no me sueltes. —Me reí.

—La tienes en el bote —dijo David.

—Casi, a punto de caramelo… pero se hace de rogar la jodida —bromeó.

El amanecer era mágico, con unos colores que formaban un paisaje de lo más envolvente. No dejaba de captar instantáneas, aunque sabía que ninguna foto iba a ser capaz de recoger lo que mis ojos estaban viendo en ese momento. Los dorados y rosados predominaban en el horizonte, mezclándose con los tonos suaves de la arena y el cielo que iba despertando poco a poco. Dejaba sin habla; solo se escuchaban murmullos con adjetivos de belleza, suspiros contenidos y alguna que otra risa nerviosa de emoción. Nadie hablaba

en voz alta, como si todos temiéramos romper ese instante tan íntimo que nos estaba regalando el desierto.

Regresamos al campamento y paramos en la última duna, donde habían subido tablas para tirarnos por la arena. El simple hecho de verlas apoyadas allí, esperando a que alguien se lanzara, ya imponía bastante respeto. Nos animamos todos y, aunque estaba nerviosa, me dije que no me quedaba sin tirarme, que no había venido hasta allí para quedarme con las ganas ni para arrepentirme después.

La primera fue Isa, que parecía que le iba el riesgo. La escuché gritar mientras se deslizaba a toda velocidad hacia abajo y eso, lejos de tranquilizarme, me puso todavía más nerviosa. Bajó riéndose y levantando arena por todos lados, demostrando que aquello le había encantado.

Luego se tiró Alejandra y ya me dijeron los chicos que me tocaba a mí, ya que ellos se iban a tirar a la vez y nosotras los grabaríamos. Sentía ese cosquilleo en el estómago que aparece justo antes de hacer algo que te da miedo, pero que sabes que luego recordarás con una sonrisa.

—Mateo, por favor —le advertí para que no me lanzara fuerte, agarrándome bien a la tabla.

—Confía en mí —me dijo con su sonrisilla de medio lado, de esas que me calmaban sin necesidad de más palabras.

Y me lanzó sin maldad, pero el jodido cacharro se deslizaba a toda hostia mientras yo gritaba a punto de echar el pulmón por la boca, notando cómo la arena me rozaba las piernas y la velocidad hacía que se me saltaran las lágrimas. Veía cómo las chicas me sacaban fotos y reían sin parar, inmortalizando mi cara de pánico mezclado con adrenalina pura.

—Uff, qué angustia —dije riendo cuando llegué hasta ellas, todavía con el corazón acelerado y la sensación de haber hecho algo completamente fuera de mi zona de confort.

—Sí, pero es una pasada.

—Sí.

Nos preparamos con los móviles para grabar a los chicos, que iban a descender a la vez.

Hicieron una bajada espectacular, de cuclillas. Yo iba grabando a los tres, pero a la vez haciendo primeros planos de Mateo. Los aplaudimos con efusividad.

Eran las seis de la mañana y ya podíamos ir directos a desayunar, cosa que estábamos deseando.

De nuevo teníamos asignada la misma mesa, que ya era la nuestra hasta que nos fuésemos. Nos acomodamos y nos trajeron cafés, tés, zumos y agua.

Yo cogí el café y salí un momentito a tomarme el primero con un cigarrillo. Alejandra, que también fumaba, se vino conmigo a la puerta.

—Esto es una pasada, uno de los mejores momentos que he pasado en un viaje. El amanecer me ha dejado prendada —me decía emocionada.

—Sí. Le voy a agradecer toda la vida a Mateo que me animase a venir.

—Qué fuerte lo vuestro… Os habéis conocido hace dos días y se os ve con tanta afinidad que es de locos.

—Es muy buena persona y transmite mucha confianza.

—Los dos, los dos sois así, no solo él.

—Gracias —sonreí emocionada por la parte que me tocaba.

Entramos hacia dentro y nos habían puesto una mesa repleta: pan de todo tipo, mermeladas, huevos duros, huevos fritos, miel, mantequilla, queso en triángulos para untar, olivas, trozos de naranja, plátanos y dulcería de bollos y napolitanas minis. Todo estaba colocado con mimo, como si supieran que después del madrugón y del amanecer necesitábamos recuperar fuerzas sin

prisas, sentados, disfrutando de ese desayuno con la calma que solo te da el desierto.

La gracia fue cuando Mateo sacó tres aguacates y repartió uno por pareja. Las chicas se quedaron incrédulas, mirándolo como si hubiese sacado un tesoro de la nada. Es que no dejábamos de sorprenderlos con la de cosas que llevábamos al desierto, como si hubiéramos venido preparados para sobrevivir una semana allí sin ayuda de nadie.

—Para la tarde, que no dan merienda, pero sí se puede coger café y té, tenemos dos paquetes de galletas —dije con la risilla suelta—. Así que estamos los seis resueltos.

—Sois la hostia —decía David—. De esos amigos que no fallan y son como MacGyver, que sacan de todo.

Nos reímos los seis mientras comenzábamos a prepararnos los platos, mezclando lo que había en la mesa con nuestros aguacates improvisados, comentando lo surrealista que resultaba estar desayunando así, en mitad del desierto, después de haber visto amanecer desde una duna.

Uno del campamento se nos acercó a la mesa para preguntarnos si haríamos alguna excursión por el desierto. Todos fuimos a una y nos apuntamos a la de ver a la familia nómada y el Pueblo Negro. Y para por la tarde nos apuntamos a los *quads*. Todos decidimos hacerlo en parejas antes que de forma individual, por lo que cogimos tres dobles. Aquello ya empezaba a tomar forma de aventura completa, de día intenso que sabíamos que acabaría dejándonos agotados, pero felices.

Aún nos quedaba una hora y pico para la excursión, así que seguimos disfrutando relajadamente del desayuno, sin mirar el reloj, comentando lo vivido la noche anterior y lo que nos esperaba durante el día, con esa sensación de grupo que se crea sin darte cuenta.

Hicimos un grupo de WhatsApp al que fuimos poniendo todas las fotos desde el día anterior y así cada uno podía ir cogiendo las suyas. También había mogollón de vídeos en los que salimos bailando el *Waka-Waka*, algunos

totalmente imposibles, pero que ya sabíamos que se quedarían como recuerdo para siempre.

Mateo hablaba con todos, participando en cada conversación, y aun así no dejaba de tener un gesto conmigo: una caricia en la espalda, cogerme la mejilla y acariciarla de manera natural, sin darle importancia, como si le saliera solo. Me trataba como si yo fuera algo importante en su vida y eso me hacía sentir de lo más cómoda, tranquila y en paz, como si aquel lugar y ese momento fuesen exactamente donde tenía que estar.

La realidad es que me gustaba muchísimo y estaba descubriendo en él a un hombre capaz de moverme todos los sentimientos. Eran continuos los cosquilleos en la barriga que me provocaba.

Daba pena saber que al día siguiente regresábamos a Marrakech, porque ese lugar era para disfrutarlo varios días. La paz era a mansalva y la sensación de libertad, increíble.

Nos levantamos del desayuno y fuimos a las jaimas para ir al servicio y lavarnos los dientes antes de comenzar la excursión.

—Me compré este pañuelo en Marrakech. —Saqué el verde—. Me lo voy a llevar para tirarme alguna foto y ponérmelo en plan velo.

—¿Quieres ser mi morita?

—¡Mateo! —Me eché a reír.

—No se te puede decir nada, porque te lo tomas a broma. —Me tiró un cojín de la cama.

—¡David! ¡Que me atacan! —grité, y la gracia fue que nos escuchó porque estaba en la jaima de al lado.

—¡Dale duro, Mateo! —gritó desde dentro, causándonos una risa.

—Abracito —decía Mateo abriendo los brazos para que nos fundiéramos en uno.

Nos fundimos en un abrazo que terminó en un pico que me dio antes de salir corriendo hacia afuera.

—Ven, cobarde, y dámelo como Dios manda —grité, y volvió a entrar, ante mi ataque de risa.

Me pasó la mano por la cintura, me pegó a él y me dio un señor beso que me dejó temblando y sin aliento.

—¿Así te vale? —me preguntó a la vez que me hacía un guiño.

—¡Ya estamos listos! —Escuchamos gritar a Alejandra.

Nos echamos a reír y me dio una nalgada para salir de la jaima, una de esas bromas rápidas que te pillan por sorpresa. Me acababa de liar con él, en cierto modo, y eso me dejó completamente descolocada. Estaba flipando en colores, con el corazón yendo a mil por hora y una sensación rara en el estómago que no sabía muy bien cómo colocar. Me gustaba tanto que asustaba pensarlo.

Subimos hasta la recepción, donde estaba el punto de encuentro para las excursiones. Las tres llevábamos un pañuelo para tirarnos fotos; además, los colores combinaban muy bien por si nos las hacíamos juntas, como si aquello hubiese estado planeado desde el principio.

Nos ofrecieron un té mientras terminaban de organizar todo y nos sentamos al aire libre. Aproveché para encenderme otro cigarrillo bajo la mirada de Mateo, que carraspeó de inmediato, dejándome claro que no le hacía ninguna gracia que fumase. Le hice una burla exagerada y se le escapó una sonrisilla resignada. Parecía que, sin buscarlo, me había convertido en su pequeña debilidad… ¿O quizá solo era cosa mía?

Hacía calor, pero era totalmente aguantable. Aún no habían llegado esas temperaturas difíciles de soportar que te aplastan en lugares así. El sol calentaba lo justo y el aire se movía lo suficiente como para que todo resultara agradable.

Me gustaba tanto sentirme en el culo del mundo, viviendo una aventura tan grande, que me sentía profundamente afortunada por todo lo que estaba experimentando al lado de personas que parecían de toda la vida. Las chicas eran de lo más simpáticas y cercanas, al igual que sus parejas. Había tenido mucha suerte dando con ese grupo.

Capítulo 9



Nos montaron en un 4x4. Me gustaba que siempre respetaran a los grupos y nosotros lo éramos desde que salimos de Marrakech. Ese detalle, aunque pudiera parecer una tontería, me hacía sentir cuidada, como si no fuésemos simples turistas pasando por allí, sino personas a las que se les tenía en cuenta.

Iba sentada junto a Mateo, que no dejaba de hacerme cosquillitas y acariciar mi mano. Era supercariñoso, de esos gestos que salen sin pensarlos y que te hacen sonreír sin darte cuenta. Me tenía encantada de la vida, con esa sensación constante de estar justo donde quería estar.

El vehículo avanzaba levantando polvo a su paso, sorteando el terreno con soltura. Miraba alrededor y me costaba creer que estuviésemos tan lejos de todo y, a la vez, tan conectados entre nosotros. El desierto imponía respeto, pero también tenía algo que te envolvía y te hacía bajar el ritmo.

Llegamos a un campamento de una familia nómada donde tenían gallinas y cabras correteando alrededor. Un pequeño niño jugueteaba por allí; apenas tendría tres años. Le pregunté al padre si podía darle unas gomitas y me dijo que sí, con una sonrisa tranquila, dando a entender que era bienvenido cualquier cosa que se le ofreciese. El pequeño, feliz, estiró las manos, pero decidí juntar dos bolsas de frutos secos para quedarme con una libre y meterle bastantes gomitas para que su papá se las distribuyese poco a poco. Del tirón cogió dos y se las comió con unas ganas y una sonrisa que enamoraban.

Su mamá, en una jaima en abierto, nos estaba preparando té. Nos sentamos alrededor de ella, que nos sonreía feliz, asintiendo con la cabeza, ya que no

hablaba ni una sola palabra de español. Le pedimos permiso y nos tiramos fotos con ella y el pequeño, que tuvo la gracia de venirse hacia mí y sentarse en mi falda, como si nos conociéramos de siempre. Sabía que tenía en mi bolso cosas que le gustaban. Le di un poco de las garrapiñadas y se volvió loco comiéndolas, sin dejar de mirarme.

No tenían nada y no dejaban de sonreír. Vivían su día a día en un entorno duro como era el desierto, pero aquella era su vida y no querían renunciar a algo que para ellos era cultura, identidad y tradición. Aquello me removía por dentro; te hacía replantearte muchas cosas que das por hechas en tu día a día sin ni siquiera pararte a pensarlas.

Creo que todos estábamos viviendo un momento tan fuerte que, a ratos, nos dejaba sin palabras. Nos sentíamos de lo más acogidos, respetados y tratados con un cariño inmenso. Solo podían ofrecernos té, pero lo hacían desde el corazón, y eso se notaba en cada gesto, en cada mirada y en cada sonrisa.

—Yo creo que podríamos ayudarles dejándoles una propina para que puedan comprar sus cosas básicas en el pueblo o que se las traigan —propuse.

No hizo falta decir nada más, ya que entre todos pusimos sesenta euros que le entregó Alejandra a la mujer, y esta no dejaba de besarle las manos. Se me hizo un nudo en la garganta al ver su reacción, tan sincera y agradecida.

Nos ofreció pintarnos las manos de henna y las tres nos animamos, más que nada porque sabíamos que ella quería agradecernos, en cierto modo, el gesto que habíamos tenido con su familia.

Nos pintó un dedo con decoración árabe que terminaba en la mano. Finísimo y precioso, hecho con mucho amor, y se notaba en lo satisfechas que nos habíamos quedado las tres. Me miraba la mano una y otra vez, como si llevase allí grabado algo más que un dibujo.

Nos despedimos de la familia y el pequeño nos dio un abrazo a cada uno que nos robó aún más el corazón. Regresamos al vehículo para continuar la excursión.

Ya todo era desértico y sin dunas cercanas. Un terreno duro y árido donde solo en el horizonte se dibujaban las dunas y, a nuestra espalda, también. El paisaje parecía infinito, y esa inmensidad hacía que todo lo demás se relativizara.

Llegamos al pequeño pueblo de Khamlia, que se encontraba un poco a las afueras de Merzouga. El conductor comenzó a contarnos que allí vivían los exiliados del África negra, donde habían creado su comuna en casas de adobe que se mezclaban con el color del suelo.

Nos recibieron con música, tocando sus propios instrumentos, y, cómo no, nos dieron té, todo muy animado. Eran personas de un color negro profundo y vestían sus atuendos en un blanco nuclear. Era impresionante y te hacía meterte en otro mundo. Aquello era una experiencia tan fuerte que me estaba dejando todo el tiempo de lo más alucinada.

Para ellos, bailar era un ritual que traían de sus culturas del África central y sur. Para nosotros era toda una introducción a un mundo en el que nos sumergían a través de su propia música y etnia. El ritmo te atrapaba sin darte cuenta y acababas moviéndote casi por inercia.

Nos tiramos cantidad de fotos, incluso con los pañuelos en la cabeza. Una de las que me tiraron las chicas con Mateo me dejó de lo más enamorada. Se nos veía mucha complicidad en la mirada y yo salía con una sonrisa de lo más bonita.

En una de esas, Mateo me dio un beso en los labios y los chicos no se lo esperaban. Se pusieron a aplaudir y a botar, consiguiendo que yo me pusiera roja como un tomate.

—Parad, por favor —les pedí casi a modo de imploración.

—¡Qué bonito, por favor! —decía Isa, poniendo cara de emoción.

—Somos un rollito de desierto —dijo Mateo, causándonos una carcajada grandísima—. De aquí a que termine el viaje, superamos a la novela *Nueve semanas y media*.

—¡Sí, hombre! —Le di en el hombro mientras me moría de la risa.

Dejamos unas propinas también y regresamos al coche, ya que nos iban a llevar a un oasis a las puertas de las dunas. Era impresionante, puesto que las palmeras y la vegetación, además de jaimas alrededor para pasar allí la noche, hacían del lugar algo muy especial. Disfrutamos mucho tirándonos fotos y empapándonos de este sitio tan peculiar, que parecía sacado de una postal.

De allí nos dejaron entrar a unas tiendas que había en el pueblo para hacernos con algunas cosas, ya que durante el trayecto agotamos las patatas y parte de los frutos secos.

Nos hicimos con un montón de cosas entre los seis para la tarde, la noche y el regreso al día siguiente. Después volvimos al campamento.

En esa ocasión no entraba la comida, pues solo teníamos incluido el desayuno y la cena, pero los precios de los platos eran muy buenos y la variedad para elegir era más que suficiente.

Pedimos un tajín de pollo al limón con patatas fritas y uno de *kefta*, que era como bolitas de albóndigas en tomate con un huevo cuajado en medio. Ambos platos los íbamos a compartir Mateo y yo, probando de uno y de otro sin prisas, disfrutando de cada bocado. Los demás hicieron lo mismo: pedir dos para compartir con su pareja, comentando sabores y comparando cuál estaba más rico, aunque todos coincidíamos en que la comida allí tenía algo especial.

Hacía calor, pero era soportable. El sol caía con fuerza, aunque la brisa y la sombra de las jaimas ayudaban a que no resultara agobiante. Había incluso una piscina en el campamento, pero la verdad es que hasta ese punto no nos apetecía; preferíamos dejarnos llevar por la calma del lugar y no hacer nada más de lo necesario.

Después de comer nos fuimos todos a echarnos un rato a las jaimas, que con el aire fresquito se estaba genial y así quitábamos el golpe de calor tan fuerte de esas horas. El silencio ayudaba a bajar revoluciones y a procesar todo lo vivido durante la mañana, como si el cuerpo y la cabeza necesitasen ese paréntesis antes de continuar con la aventura.

Me puse el pijama para tumbarme cómoda y Mateo abrió los brazos para acogerme en su pecho. El gesto fue natural, como si llevara haciéndolo toda la vida, y yo no dudé ni un segundo en acomodarme contra él, buscando ese refugio que, sin saber cómo, ya me transmitía.

—Ven aquí con tu doctor favorito, que va a curar todas tus penas.

—Menos mal que eres gracioso, de lo contrario te descambiaba. —Me reí, acomodando mejor la cabeza en su hombro.

—¿Y dónde vas a encontrar uno más apañado que yo aquí, en este desierto, donde todos están en pareja o son nómadas?

—También tienes razón.

Ahuecó su mano en mi cuello y comenzó a besarme lentamente, sin prisa, como si el tiempo se hubiese detenido solo para nosotros. Conseguía deshacerme en sus brazos y hacerme sentir como si me encontrase en el lugar más deseado del mundo, segura, tranquila, envuelta en una calma que contrastaba con todo lo vivido horas antes.

Me acordaba de ese hilo invisible que unía a dos personas a través de sus emociones, de esas conexiones que no se buscan ni se fuerzan, pero que aparecen cuando menos lo esperas. Estaba siendo todo tan genuino que emanaba paz y armonía, una sensación difícil de explicar, pero muy fácil de sentir, como si el cuerpo reconociera antes que la razón que allí, en ese momento, todo estaba exactamente donde tenía que estar.

No solo había conocido a alguien muy especial, sino que había conectado, y eso en pocos casos se daba en la vida. Entre nosotros estaba claro que se había dado, sin forzarlo, sin buscarlo, simplemente porque a veces ocurre. Era un vínculo tan satisfactorio del que era consciente que me iba a costar mucho soltar cuando acabase esta aventura en la que, sin duda, el principal protagonista había sido Mateo, y asumirlo ya me generaba una mezcla de vértigo y tristeza anticipada.

Me dejaba llevar por sus brazos, sus besos, su manera de manejarme tan sutil y cuidadosa, siempre pendiente de mí, de mis tiempos y de mis silencios.

No era un hombre que buscara saciar su sed de un plumazo, sino que le gustaba disfrutar sorbo a sorbo de esos primeros momentos, como quien sabe que lo bueno no se consume deprisa, sino que se saborea con calma.

Eran las miradas esos indicios que sentíamos en esa misma dirección, esas que no necesitan palabras porque lo dicen todo. Su manera de susurrarme la atracción que sentía por mí, casi al oído, como si fuera un secreto compartido solo entre los dos. Salían conversaciones tontas, sin importancia aparente, que a nosotros nos sacaban la mejor de las sonrisas y nos hacían reír en voz baja, como si el mundo no existiera más allá de ese instante.

Era como si estando juntos, todo el resto del mundo diera igual; lo de fuera quedaba en pausa y nosotros lo hacíamos diferente y bonito, sin expectativas, sin promesas, simplemente dejándonos llevar por lo que estaba naciendo de manera natural.

Cada vez íbamos reduciendo más las distancias y dejábamos que nuestros cuerpos se buscasen sin necesidad de frenar esa tensión que se venía acumulando entre nosotros, una tensión dulce, cargada de deseo y de ganas, pero también de cuidado, de respeto y de una conexión que iba mucho más allá de lo físico.

Y, sin buscarlo, nuestros cuerpos quedaron desnudos para sentir un piel con piel de esos que te desbordan, sacando todos tus deseos.

Comenzó a besarme el cuello sin prisa, como si quisiera memorizar cada reacción de mi piel, y fue bajando despacio hacia mis pechos, acariciándolos al mismo tiempo con la mano, alternando la presión justa para que la respiración se me desordenara sin darme cuenta. Notaba cómo el cuerpo iba despertando poco a poco, cómo el deseo se encendía sin necesidad de empujones, solo con su forma de tocarme y de mirarme.

Siguió bajando, disfrutando del recorrido como si no tuviera ninguna urgencia por llegar a ningún sitio, hasta que se acomodó entre mis piernas y dejó que sus labios hicieran el resto. Me agarré a las sábanas casi por reflejo, conteniendo los gemidos para que no se escaparan más de la cuenta, aunque cada segundo me resultaba más difícil mantener el control.

Me llevó hasta un orgasmo que me dejó sofocada, con el cuerpo temblando y la cabeza ligera, como si durante unos instantes todo lo demás hubiera desaparecido. Me quedé ahí, intentando recuperar el aliento, mientras él se incorporaba despacio.

Verlo desnudo, observándome con calma mientras yo aún respiraba con dificultad, fue casi tan intenso como lo anterior. Se colocó entre mis piernas y, cuando se adentró en mí, lo hizo sin perder el contacto visual, con esa sonrisa ladeada que sabía exactamente lo que provocaba. Se movía con un ritmo seguro, acompasado, como si conociera de memoria cada respuesta de mi cuerpo, y yo solo podía dejarme llevar, con las emociones a flor de piel.

Después, cuando el cuerpo ya no pedía más, terminamos bajo la ducha, entre besos largos y caricias que no tenían intención de empezar nada nuevo, solo de alargar un poco más esa cercanía. Me sentía vulnerable frente a él, sí, pero de una forma extrañamente cómoda, como si estar así no fuera una debilidad, sino justo lo contrario.

Cuando nos secamos y volvimos a la cama, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia su pecho. Cerré los ojos con una calma profunda, sabiendo que ahora tocaba descansar… al menos por un rato.

Capítulo 10



Escuchamos a los chicos hablar fuera y nos levantamos de una siesta en la que le había dejado hasta mi baba en su hombro. ¡Qué vergüenza! Lo limpiaba mientras él se reía de verme tan sofocada por ese momento.

—La culpa la tienes tú por ser la mejor de las almohadas.

—Entonces me puedes babear cuanto quieras. —Sonrió. Me dio un pico antes de que nos levantáramos para vestirnos.

Nos arreglamos y salimos junto a los chicos. Fuimos directos a la jaima de comidas para tomarnos unos cafés. Llevábamos con nosotros las galletas de chocolate de dos tipos y, además, entre todos habíamos comprado más cosas en el pueblo, así que la mesa terminó pareciendo un pequeño festín improvisado.

Nos hicimos un banquete en toda regla y hasta compartimos galletas con dos de los bereberes que llevaban el campamento, que las aceptaron encantados, entre risas y agradecimientos.

Les pedí si podíamos sacar la mesa fuera para poder fumar tranquilamente las dos y porque, además, se estaba de lujo y a todos nos apetecía estar al aire libre. No nos pusieron el menor problema. Eso sí, Mateo me soltó un par de indirectas por lo del tabaco, mirándome de reojo, pero yo le dije que calladito, que ese día me merecía por lo menos cuatro seguidos. Todos se rieron, intuyendo que algo había pasado.

Entre todos cogimos la mesa en peso y la colocamos a un lado de la puerta para no molestar. Allí se estaba más que bien y el ambiente invitaba a quedarse un buen rato.

David no paraba de darle una galleta a todo el que pasaba por allí. No nos podíamos reír más. Tenía un arte natural que no podía con él y conseguía que cualquiera se uniera al cachondeo en cuestión de segundos.

No dejaban de sacar cafeteras recién hechas y teteras humeantes. La verdad es que cuidaban mucho cada detalle y se notaba el mimo con el que trataban a la gente del campamento.

Estábamos charlando tranquilamente cuando, de repente, sentimos un golpe seco. Nos giramos al unísono y vimos cómo una joven había caído desvanecida. Era una limpiadora, vestida con su velo y el uniforme del campamento.

Mateo, Ismael e Isa corrieron hacia ella de inmediato, al igual que uno de los bereberes. Mateo explicó rápido que eran sanitarios. Yo me quedé paralizada, sentada junto a Alejandra, con el corazón en un puño. David se acercó también, pero manteniéndose a cierta distancia, dejando espacio.

Mateo pidió algo al chico del campamento y este salió corriendo hacia el interior. Volvió enseguida con una Coca-Cola. Poco a poco, la chica fue reaccionando y entre todos la ayudaron a incorporarse.

Cuando ya parecía más consciente, Mateo se acercó, cogió tres de las galletas del paquete que tenían más chocolate y se las dio mientras le hablaba con suavidad, comentándole algo que no llegué a escuchar, pero que la hizo asentir con una pequeña sonrisa.

—Le ha dado una bajada de tensión. Está con el periodo y parece que este episodio lo ha sufrido varias veces —nos comentó Mateo.

—Pobre chica —murmuré, aún en *shock* por el momento que había vivido.

La verdad es que Ismael e Isa también actuaron rápido. Ella le mantuvo todo el tiempo las piernas en alto.

—Venga, come, que no ha sido más que eso —me dijo Mateo.

—Se me ha cerrado el estómago del susto.

—Por lo menos no se llevó un golpe fuerte; más que nada le duele un poco el hombro —dijo Isa, intentando restarle importancia.

—Ya, pero no deja de ser un momento oscuro —comenté, todavía con el susto en el cuerpo.

—Sabía que eras muy sensible —me dijo Mateo, acariciándome la mejilla con suavidad.

—Y aprensiva —añadí—. Si llega a haber sangre, me tenéis que atender a mí también en el suelo. Y no sería la primera vez.

—Bueno, ya pasó —dijo, tendiéndome una galleta a modo de tregua.

—Gracias —sonreí, cogiéndola.

Intenté borrar de mi cabeza lo sucedido porque me afectaba tanto que no podía esconderlo en mi semblante y tampoco quería incomodar a nadie.

Nos comentó uno de los bereberes que esa noche iban a hacer hamburguesas con un pan exquisito que elaboraban ellos mismos y que habría de todo para acompañarlas: lonchas de queso, verdura fresca y salsas como kétchup y mayonesa. También tendrían porciones de *pizza*, además de la comida típica marroquí. Ese día tocaba bufé. Iban alternando un día de menú cerrado y otro libre para que cada uno se sirviese lo que más le apeteciera. La verdad es que lo tenían muy bien montado y cuidaban mucho ese equilibrio para que nadie se quedara con ganas de nada.

Después de una buena merendola, con un par de cafés y té de por medio, nos fuimos hacia unos columpios que había sobre la arena, con forma de corazón. Queríamos tirarnos fotos con las dunas de fondo aprovechando la luz del atardecer.

—Si no te tiras una conmigo dándonos un beso, no me monto.

—Claro, ¿por qué no? Después de haberte comido hasta mis entrañas, no me preocupa un beso. —Me reí, provocándole una risilla de lo más seductora.

Nos hicimos unas fotos impresionantes los unos a los otros, con el cielo teñido de tonos anaranjados y las dunas de fondo. Me quedé sin palabras, con una sensación preciosa en el cuerpo y un recuerdo que sabía que se me iba a quedar grabado para siempre.

A los pies de la primera duna, que estaba a pocos pasos, vimos las tablas para tirarse y allá que fuimos. Subimos la duna, que no era moco de pavo, y yo me senté nada más llegar arriba. Iba a echar el pulmón por la boca. Era complicadísimo avanzar cuando, a cada paso, la arena fina se te clavaba hasta casi la rodilla.

Los chicos se tiraron de uno en uno y de pie. Todos terminaron rodando cuesta abajo. Lo que me reí fue poco. Me dolía hasta el costado. Las chicas estábamos igual, tumbadas en la cima de la duna, llorando de la risa. El espectáculo que acababan de darnos era digno de repetirlo en bucle.

Las tres nos sentamos a la vez, nos cogimos de las manos, quedando yo en medio, y empujamos nuestros culos hacia abajo. Tuvimos que soltarnos enseguida y, aun así, terminamos rodando también. Esta vez eran ellos los que se reían de nosotras, mientras seguíamos a carcajadas vivas, sobre todo con el aterrizaje final que habíamos tenido. Todo había quedado grabado en vídeo. Un momentazo de esos que sabes que recordarás toda la vida.

Fuimos a pedirnos una cervecita, ya que para la cena aún faltaba una hora y había que matar el tiempo. ¿Y qué mejor manera que con una bien fría? Bueno, lo de fría era relativo, pero aun así entraba de lujo.

David y Alejandra comenzaron a contarnos la odisea de su boda. Aunque su piso lo compraron nuevo en Granada por el trabajo de los dos, todas sus familias eran de un pueblo con muy pocos habitantes, así que a la boda fue absolutamente todo el mundo. La celebraron en un cortijo que alquilaron para eventos, con su propio catering y personal. Seiscientas personas…

—Yo, en esas condiciones, no me caso —dijo Ismael, causándonos una carcajada a todos.

—Lo que yo me pregunto es… ¿quién pagó los menús? —preguntó Isa, con curiosidad.

—A ver, no eran menús como tal —aclaró David—, porque todo estaba montado en plan degustación y tapeo. Eso sí, a reventar. Había barras altas para apoyarse y, para quien quisiera sentarse, mesas y sillas de sobra. Todo muy campechano, muy a gusto.

Empezaron a enseñarnos fotos y la verdad es que iban guapísimos. Ella llevaba un traje elegante, pero a la vez informal, que brillaba por su estilo y su clase sin resultar recargado. El cortijo se veía precioso, perfectamente adornado, con los jardines cuidados al detalle. Y las fotos de la comida eran una auténtica locura: desde pescado frito hasta canapés, jamón, queso, croquetas, carnes a la brasa… había de todo lo inimaginable y con una pinta espectacular.

—Pero el precio para seiscientas personas debió de ser desorbitado —comenté, todavía alucinada.

—Nos salió en veinte mil euros cubrir a las seiscientas personas —explicó Alejandra—, pero, claro, en regalos cogimos cuarenta mil. Así que, al final, nos salió gratis… y encima nos llevamos veinte mil euros.

—Así sí me caso yo —dijo Ismael, provocando las risas de todos.

Ismael e Isa se casaban al año siguiente en Jaén, de donde eran los dos. Además, en ese momento, y con el corazón en la mano, nos invitaron a los cuatro. Fue un gesto tan natural y sincero que nos llegó a todos. Nos pareció algo muy bonito de vivir juntos, de esos planes que se hacen con ilusión y que ya imaginas antes de que ocurran.

Nos contaron que lo iban a celebrar en un terreno del padre de Isa y que contratarían camareros para que se encargasen de todo. La comida correría a cargo de su familia, porque era tradición que cada uno preparase algo y lo

llevase a primera hora a la finca. Sonaba a celebración auténtica, sin artificios, de las que se hacen con cariño y rodeados de los tuyos.

—Nosotros vamos a tener que preparar algo entre Sevilla y Cádiz, amor —me dijo Mateo, provocándonos unas risillas—. Habrá que estar a la altura.

Tenía mucho arte mi sevillano favorito, y además lo decía con esa naturalidad suya que hacía que todo sonara posible.

—Claro —le seguí el juego—, ahí en medio de unas marismas abandonadas y lo hacemos en plan picnic —respondí con la risilla suelta, imaginándomelo.

—¿Os imagináis que terminái s casándoos? Vaya historia para contar a vuestros hijos —dijo Alejandra, mirándonos con una sonrisa cargada de intención.

—Capaz es de aceptar y todo —añadió Mateo, mirándome de lado y buscándome la lengua, con esa media sonrisa que ya empezaba a conocer demasiado bien.

—Claro, siempre hay que cagarla por primera vez —le contesté entre risas, mientras los demás se unían a la carcajada general.

Era una de esas conversaciones ligeras, sin peso aparente, pero que dejaban una sensación extraña en el pecho, como si algunas bromas llevasen más verdad de la que estábamos dispuestos a admitir en voz alta.

—Qué poca fe me tienes. —Volteó los ojos, haciéndome mucha gracia con ese gesto tan suyo.

—Os quiero a todos en mi tierra celebrando con nosotros el enlace —dijo Ismael levantando la copa.

—Allí estaremos —respondió David, y su pareja afirmó también levantándola.

—Venga, que tenemos una cita fuera de Marruecos —me dijo levantando su mano.

—Contaré los días hasta que llegue el momento. —También la levanté.

—Esto es demasiado bonito —dijo Alejandra emocionada.

—Os esperamos, no nos falléis. Confiamos en vuestra palabra —sentenció David.

—Si nada malo pasa, allí estaré —dijo Mateo haciéndoles un guiño.

—Qué negativo eres, hijo, ¿qué malo te va a pasar? —negué en plan reproche, y a él se le dibujó una sonrisita.

La verdad es que me hacía mucha ilusión poder ir a compartir ese día con ellos y que estuviésemos de nuevo todos juntos. Pensarlo ya me sacaba una sonrisa, porque sentía que ese grupo, que había nacido casi por casualidad en mitad del desierto, tenía algo especial. Se casaban para el verano siguiente, en junio, y solo imaginarlo me llenaba de una emoción tranquila, de esas que no hacen ruido, pero se quedan dentro.

Capítulo 11



Pasamos a la cena y nos fuimos levantando para preparar nuestros platos. Nos montamos unas hamburguesas espectaculares con el pan recién hecho por ellos, todavía templado, con ese olor que ya te abría el apetito antes de darle el primer bocado.

—Si todo te lo comieses con las mismas ganas —le dijo David a Alejandra, que se estaba poniendo las botas con la hamburguesa.

Nos echamos a reír porque se lo había dicho de una forma tan graciosa, mirándola y negando con la cabeza, que no era para menos. A ella le daba exactamente igual; se reía, asentía y soltaba un bocado tras otro. Y la verdad es que no la culpaba, porque la hamburguesa estaba de diez; se notaba que la habían hecho a la brasa, con ese sabor tan bueno que se te queda en la boca.

Las patatas fritas estaban riquísimas también. No sé cómo las hacían, pero las bordaban. No podía poner ni una pega a la cocina de ese campamento; todo lo contrario, solo podía agradecer el cariño con el que preparaban cada plato y la sonrisa constante con la que lo servían todo.

Había habido algo en el comentario de Mateo, eso de que estaría en la boda si nada malo pasaba, que me dejó la mosca detrás de la oreja. Era como si hubiese una verdad escondida entre esas palabras, un matiz que no había terminado de entender. Me dejó una sensación extraña, una corazonada difícil de explicar, pero que se me quedó rondando la cabeza.

Después de la hamburguesa, todos nos comimos una porción de *pizza*, más por probar cómo la hacían en aquel lugar que por hambre, porque saciados estábamos. No estaban mal para nada, pero tampoco eran tan de elogiar como las hamburguesas, que nos habían dejado a todos muy buen sabor de boca.

De nuevo nos fuimos a la zona del fuego, pasando antes por la barra, donde nos pedimos los cubatas para alargar un poco más la noche.

—Salud, que mañana no hay que madrugar tanto como hoy —dijo David, alzando la copa.

—Eso, que nos da tiempo hasta a desayunar relajados —añadí yo, levantando la mía.

Brindamos y nos sentamos alrededor del fuego con los músicos, que ya estaban con su repertorio. Yo volví a acomodarme entre las piernas y los brazos de Mateo, sintiendo esa calma que me estaba regalando sin darse cuenta, una tranquilidad que hasta ese momento no había conocido.

Los bereberes eran buenísimos animando. Siempre iban con su turbante azul eléctrico, del mismo color que la chilaba, y tocaban su música con una energía contagiosa, de esa que se te mete dentro sin darte cuenta. Hasta que llegó el momento para todos. Aquella noche no fue el *Waka-Waka*; fue una canción legendaria del Fary, *El torito guapo*.

Lo que nos reímos fue enorme escuchándolos cantar al Fary con su entonación y su forma tan particular, mezclando acentos y ritmo como si aquella canción también les perteneciera. Los grabamos en vídeo, entre carcajadas, sabiendo que esas imágenes iban a ser oro puro cuando las volviésemos a ver y recordásemos dónde estábamos y cómo nos sentíamos.

El fuego, la música, las risas, la compañía, las estrellas formando un manto infinito en el cielo, el aire fresco del desierto… Todo junto hacía de aquella una noche sin igual, de esas que sabes, sin necesidad de pensarlo demasiado, que se te van a quedar grabadas para siempre.

Me encantaba ese momento en que terminaba la música y comenzaban las charlas más tranquilas, en las que ellos te adentraban en una parte de su vida y

de su mundo. Además, íbamos interactuando a la vez, comentando nuestras impresiones o haciéndoles preguntas que nos nacían de forma natural y sincera.

En esa ocasión nos hablaban del papel de la mujer en el desierto y de que eran mujeres trabajadoras, de alma fuerte y corazón tranquilo. Así las describían, con respeto y admiración, como pilares silenciosos de aquella vida.

—Yo no sé si podría vivir en un lugar así y en estas condiciones climatológicas. Nosotros hemos venido en una buena época, pero aquí el invierno y el verano son duros —dijo Isa.

—Muy duros —contestó uno de los chicos—. Cada uno es de donde nace. Tú no puedes pensar en esta vida cuando tienes una mucho más fácil y avanzada; aquí se detuvo el tiempo. Pero si hubieras nacido aquí, te habrías adaptado a esta vida. Habrías sido una mujer fuerte y tranquila.

—Ya, está claro que cada uno es del lugar en el que nace.

Todo lo que se hablaba te invitaba a meditarlo. A escucharlo despacio. Lo que tenía claro es que de allí me llevaba una lección de vida bastante grande. Había conocido a un pueblo que hasta entonces para mí era de lo más desconocido, pero había llegado hasta ellos para vivir una experiencia cultural tan enriquecedora como inesperada.

Nos pedimos otro cubata porque la noche invitaba a disfrutarla sin prisas, y alrededor del fuego se estaba de lo más calentito y a gusto, como si el tiempo también hubiese decidido quedarse allí con nosotros un rato más.

Uno de los turistas que estaba en el campamento nos sorprendió sacando una guitarra que decía que llevaba por todas partes del mundo. Comenzó a tocar para todo el grupo y a animar la velada con temas de Estopa, Andy y Lucas, Siempre Así…

El guitarrista y su grupo resultaron ser de Jerez, o sea, de mi tierra, Cádiz. Bueno, de la provincia, porque yo vivía en la costa, en el municipio de Conil de la Frontera.

Nos animamos todos a cantar, a tocar las palmas y hasta yo me arranqué a bailar, dejando a más de uno con la boca abierta. La realidad es que desde pequeña siempre estuve en una academia y hasta había ganado algún certamen de bulerías, así que el cuerpo se me fue solo.

Mateo me miraba fascinado mientras me grababa con su móvil. Los chicos me gritaban piropos y esos olés que resonaban por todas partes, mezclándose con la música y las palmas.

Me senté entre aplausos y un Mateo que me abrazaba fuerte y me decía que le había terminado de enamorar, que no podía bailar más bonito.

Fue una velada tan especial que hubo muchos momentos en los que se me erizó la piel y sentí que mi cuerpo vibraba, como si todo estuviera alineado en ese instante.

Nos tomamos el último cubata por insistencia de David, que decía que o lo tomábamos o nos jodía toda la noche con cánticos. Lo pensamos bien y aún podíamos permitirnos ese último. Ya se habían ido casi todos y quedábamos nosotros y un bereber que seguía plácidamente disfrutando de la noche. Decía que le daba mucha paz ese momento y que solía ser de los últimos en irse a dormir.

Una vez terminado y después de unas cuantas risas más, nos despedimos del chico y regresamos todos a las jaimas, quedando en vernos a la mañana siguiente para el desayuno.

Fue cruzar la puerta y sentir cómo el deseo nos desbordaba. No hizo falta decir nada. Mateo me abrazó con fuerza, me alzó sin esfuerzo hasta sus caderas y me besó con esa sonrisa traviesa que, cada vez que aparecía, conseguía que todo a mi alrededor dejase de importar.

Me miraba como si no hubiese visto a nadie más en su vida. Como si yo fuera lo único que necesitaba para acabar el día y empezarlo de nuevo. Y yo… yo ya no tenía escapatoria. No quería tenerla.

Nuestros cuerpos se buscaron con urgencia, pero también con hambre, con esa necesidad que nace en la piel y se instala mucho más hondo. Acabamos en

el suelo, riéndonos entre jadeos, desnudándonos a trompicones, sin pensar si era el sitio adecuado. Menos mal que la moqueta era suave, porque ni una cama hubiera podido contener lo que se nos venía encima.

Mateo sabía muy bien lo que hacía. Tenía ese don de encenderme en segundos, de rozarme justo donde sabía que iba a perder el control, de llevarme del cero al infinito sin darme tiempo a respirar. Sus manos encontraron su camino con la naturalidad de quien ya lo ha recorrido muchas veces, pero sigue sorprendiéndose con cada parada. Y sus labios… sus labios se entretenían en mis pechos con una mezcla de juego y devoción que me volvía loca.

Me costaba contener los gemidos, la espalda arqueada, los dedos aferrados a su nuca. Todo en él sabía a querer, a pasión, a ganas de quedarme allí para siempre.

Cuando por fin entró en mí, lo sentí tan profundo, tan dentro, que por un segundo juré que éramos uno solo. Pero no me bastaba con eso. Quería más. Más roce, más ritmo, más de él. Quería que me rompiera por dentro, pero solo para volver a rehacerme con sus caricias.

Las emociones se mezclaban con el deseo, y eso lo cambiaba todo. No era solo piel, era alma. Y Mateo, joder… Mateo me lo hacía sentir todo. Nadie me había tocado así. Nadie me había deseado así. Nadie había sabido manejarme con esa mezcla perfecta de ternura y descaro.

Me hizo temblar. Me desarmó. Y cuando acabamos, no quedaba nada de mí que no le perteneciera.

Nos metimos en la ducha. Él me lavó con una calma que contrastaba con lo que acabábamos de hacer, como si ahora quisiera cuidar cada centímetro de mi cuerpo con la misma intensidad con la que antes lo había reclamado. Me sentí completamente suya. Y, al mismo tiempo, más mía que nunca.

Después, ya con los pijamas puestos y el cansancio feliz recorriéndonos, nos fuimos a la cama. Me abrazó por detrás, pegando su pecho a mi espalda, sus piernas entrelazadas con las mías. Su mano en mi vientre. Su respiración en mi cuello.

Cerraba los ojos y, entre besos que no dejaba de darme, me ponía a pensar qué sería de nosotros cuando ese viaje acabase. No quería perderlo de mi vida y me daba un cierto miedo haber sido para él solo una grata compañía de esos días, un paréntesis bonito en un viaje en el que nos habíamos dejado llevar hasta el final.

Mateo para mí ya significaba mucho más de lo que él podía imaginar. Me daban ganas de gritarle que lo amaba, pero era incapaz de pronunciar unas palabras de tanto peso que pudieran asustarlo. Yo tenía claro que lo amaba con todo mi corazón y que se había convertido en alguien muy importante para mí, alguien que ya ocupaba un lugar del que no sabía si sería capaz de sacarlo.

Me quedaba dormida en sus brazos, pensando en lo afortunada que era por poder estar viviendo algo así con alguien como él en un lugar como ese. Estábamos en el desierto, haciendo frontera con Argelia, en el culo del mundo, bajo un manto de estrellas, viviendo amaneceres y atardeceres de película.

Era un viaje que no solo me estaba abriendo la mente, sino que me había engrandecido el alma.

Le di un beso de buenas noches que me salió del corazón y a él le provocó una sonrisilla, quizá porque era él quien casi siempre daba el paso y, esta vez, había sido yo.

Capítulo 12



Nos reímos, nos dimos un beso de buenos días y nos vestimos para salir a desayunar con los chicos. Aún nos quedaba el último desayuno allí, y solo de pensarlo ya me daba un pellizco en el pecho.

Lo primero que hice fue servirme un café y salir a fumarme un cigarrillo con Alejandra, disfrutando de esos últimos minutos de calma.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunté.

—Bien, pero no veas cómo se escuchaba el aire.

—Sí, en plan desierto total —sonreí.

—Increíble. Era fortísimo y pensé que volarían las jaimas. —Se reía.

—No, mujer, ¿cómo van a volar si son fuertes y están agarradas a conciencia?

—Yo qué sé… imagino que aquí no vino ningún ingeniero a garantizar la sujeción. —Me encogí de hombros.

—No, eso está claro, pero se ven firmes. —Intenté tranquilizarla.

—Pues yo me veía volando sobre la alfombra como si fuera la mujer de Aladino —soltó, provocándome una carcajada.

Regresamos al interior a desayunar y Mateo me miraba a modo de riña por lo del cigarrillo, pero obviamente bromeando.

—¿Ya tenéis guardado todo? —preguntó Isa.

—Sí, yo ya lo dejé todo recogido —contesté.

—Yo también —dijo Alejandra—. No quería andar luego con prisas.

—Qué pena que esto se acabe…

Isa tenía el mismo sentimiento que los seis. Irse de allí costaba. El desierto atrapaba, envolvía y te hacía vivir la magia de la naturaleza y el modo de vida de un pueblo nómada que ahora miraba con una admiración mucho más profunda.

El ambiente se notaba algo más apagado por eso de tener que marcharnos, como si a todos nos pesara despedirnos de aquel lugar. Aun así, yo intentaba agarrarme a la idea de que todavía me quedaban tres días más por delante en Marrakech y quería vivirlos con la misma intensidad con la que había vivido todo hasta ese momento.

Cuando terminamos el desayuno, fuimos sacando las cosas de la jaima para vernos en la recepción. A las nueve en punto salía nuestro coche en dirección a Marrakech y no queríamos ir con prisas de última hora.

El 4x4 nos llevó hasta la base, donde nos esperaba Abdul con la miniván. Cambiamos el equipaje de un vehículo a otro y nos acomodamos prácticamente de la misma manera que cuando emprendimos el viaje hacia el desierto.

Abdul nos estuvo preguntando por la experiencia y le fuimos contando todo lo vivido. Sonreía feliz al ver que regresábamos contentos, sabiendo que aquella aventura había cumplido con creces lo que prometía.

El regreso era distinto. Había mucha más confianza entre los seis, las risas eran constantes y las conversaciones fluían con naturalidad. Abdul sonreía por

el retrovisor al ver la unión que se había forjado entre nosotros en tan poco tiempo.

Hicimos una parada sobre las doce del mediodía en un lugar increíble, donde nos tiramos mogollón de fotos. Algunas con Mateo, de las que hubo una en especial que me encantó: me tenía cogida en brazos, con las piernas en dirección al cielo. Era una chulada y no dejé de mirarla en el móvil durante un buen rato.

La siguiente parada fue para comer, esta vez en un sitio distinto al de la ruta de ida. Era un lugar donde hacían los pinchitos en directo y tenían una pinta espectacular. Compramos entre todos unos papelones de diferentes tipos y nos sentamos a la mesa, donde nos trajeron las patatas y los refrescos. Obviamente, obligamos a Abdul a comer con nosotros como uno más, porque ya formaba parte del grupo.

—Cuando llegue a mi casa y mi madre me haga pinchitos, se va a llevar una colleja —dijo Isa, gimiendo de gusto, provocándonos una carcajada general.

—Puedes llevarle las especias de los pinchitos y así te da más el sabor —le comentó Abdul.

—Pues también es verdad. Las compraré antes de regresar.

—Yo también me quiero llevar especias —dijo Alejandra.

—Sí, es algo imperdonable no llevarse de aquí —contesté yo, totalmente convencida.

Las verduras las hacían buenísimas y las servían en platitos pequeños, colocados en el centro de la mesa para compartir. Iban muy especiadas y cada una tenía un sabor distinto, lo que hacía que te apeteciera probarlas todas. Solían ponerla de cortesía en casi todos los sitios como aperitivo de entrante, al igual que las olivas, y era algo que ya asociaba directamente a ese país.

Retomamos el camino hacia Marrakech, ya que aún nos quedaban unas cuantas horas por delante. Fue ahí, después de comer, cuando al subir de

nuevo al vehículo fuimos cayendo en un sueño de esos que en España llamamos la siestecita. El traqueteo suave de la carretera y el cansancio acumulado hicieron el resto.

Cuando nos despertamos fue porque Abdul nos avisó de que era la última parada antes de llegar a la ciudad. Así que nos bajamos a tomar un café y un té, además de ir a los baños, antes de retomar el camino final.

—Qué café más bueno, por Dios —dijo Isa, saboreándolo.

—Mirad lo que he conseguido —anunció Abdul, entregándonos un paquete de galletas grandes de chocolate, ya que sabía que ya no nos quedaban.

—Eres el mejor, Abdul —le decíamos felices—. ¿Y de dónde las has sacado?

—En la tienda que hay aquí atrás, la que abastece a las casitas de toda la montaña.

Mojábamos las galletas en el café y era mano de santo. Toda una delicia después de una siesta de, por lo menos, dos horas y media o tres. Nos supo a gloria bendita.

Mateo, durante todo ese rato, no dejaba de hacerme caricias en el muslo, en la espalda o de darme algún beso distraído. Me hacía sentir demasiado especial, cuidada y en calma. Era, sin duda, uno de los mayores regalos que la vida podía haber puesto en mi camino.

Después de los cafés, disfrutamos también de un té con tranquilidad. Íbamos bien de tiempo y teníamos previsto llegar a Marrakech sobre las siete de la tarde, más o menos. La vuelta estaba siendo más rápida que la ida, ya que habíamos hecho menos paradas, la comida fue más ágil y, en ciertos tramos, las carreteras tenían bastante menos tráfico.

En un momento dado, Mateo se levantó y se dirigió hacia una mesa donde había un matrimonio turista con su hija. Yo me quedé un poco descolocada al principio, sin entender muy bien ese gesto repentino. Al instante me di cuenta

de que se había percatado de que la niña no se encontraba bien. Fue hasta su mochila, sacó una tableta de pastillas, la partió en dos y se las llevó.

La niña tenía fiebre y un poco de dolor de garganta. Los padres le agradecieron enormemente el gesto que había tenido Mateo, casi con los ojos vidriosos por la preocupación que llevaban encima. Es más, cuando fuimos a pagar, nos dimos cuenta de que aquella familia ya había abonado toda la cuenta antes de marcharse, como forma de agradecimiento.

Me gustaba muchísimo ese corazón que tenía para ayudar a los demás, porque no cualquier médico se acerca a unos desconocidos solo por haber notado que una niña estaba decaída. Ese detalle decía mucho de la persona que era, más allá de su profesión, y me hizo admirarlo todavía más.

Retomamos el camino hacia Marrakech y todos íbamos hablando de la boda de Isa e Ismael, en la que nos reencontraríamos sí o sí. La verdad es que daba un poco de grima pensar en separarnos después de unos días tan intensos, compartiendo tantas horas, risas y momentos que ya sentíamos como propios.

David y Alejandra salían en ruta a la mañana siguiente para seguir disfrutando de los pocos días que les quedaban de luna de miel, un viaje que los había llevado a recorrer buena parte del país. Ismael e Isa regresaban al día siguiente a España. A nosotros aún nos quedaban tres días en la ciudad; además, Mateo cambió su vuelo para regresar juntos, un detalle que me pareció enorme por su parte. Y, para rematar, volábamos al mismo aeropuerto.

Llegamos a la plaza de Marrakech sobre las siete y cuarto. Bueno, nos dejó a un lado de la entrada porque en ese momento era imposible siquiera acercarse con un vehículo. Todo estaba abarrotado y la vida bullía como solo sabía hacerlo esa plaza. Entre todos le dimos una buena propina a Abdul, que se la había ganado con creces en ambos trayectos.

Nos despedimos entre abrazos largos y alguna que otra lágrima inevitable. Ya teníamos el grupo de WhatsApp creado y estábamos en contacto constante. Ismael volvió a repetir lo de la boda y todos sonreíamos, prometiéndonos vernos ese día.

Mateo y yo nos dirigimos hacia mi riad con un nudo en la garganta y demasiados sentimientos acumulados en apenas tres días, junto a un grupo que, sin darnos cuenta, se había convertido en parte de nuestra familia.

Al llegar al riad hablé con Amine y le pregunté si nos podía poner una habitación de matrimonio. No dudó ni un segundo en cambiarnos a una que tenía en la primera planta.

Era preciosa y amplia. Nos gustó muchísimo y le agradecimos el detalle. Soltamos las cosas sin pensarlo demasiado y nos fuimos directos a la ducha. Allí volvió a pasar lo que tenía que pasar: Mateo y yo, en las distancias cortas y fuera del ojo humano, nos convertíamos en dos seres sedientos el uno del otro.

Su manera de tocarme era de otro nivel. Me hacía sentir deseada, segura de mí misma, viva. Me erizaba la piel a cada gesto, a cada caricia. Era uno de esos hombres capaces de demostrarte que los señores, con todas las letras, existían, y él era uno de ellos. Se preocupaba por darme placer, por hacerme sentir importante y no una cualquiera. A mí me tenía completamente enamorada y con el corazón latiendo más fuerte que nunca. Bebía los vientos por él de una manera que hasta a mí misma me sorprendía.

Nos arreglamos para salir a cenar y vivir la noche como se merecía. Había que aprovechar cada minuto de ese viaje, exprimirlo sin reservas y empaparnos de todos y cada uno de los rincones que nos ofrecía la ciudad. Sentía que el tiempo corría más deprisa de lo normal y no quería dejar nada para después.

Amaba ese país. Me lo iba a llevar para siempre en el corazón, grabado a fuego, y estaba convencida de que regresaría algún día para conocer otras ciudades, otros pueblos y otras formas de vivir que intuía igual de auténticas y especiales. Marruecos tenía mucho que ofrecer, mucho más de lo que yo había imaginado antes de venir, y era, sin duda, una gran desconocida para gran parte del mundo.

Había escuchado hablar de tantas cosas feas de ese lugar que me di cuenta de lo podrido que estaba, en ocasiones, el corazón de muchas personas. Porque Marruecos era todo lo contrario a lo que me habían contado: un país lleno de

gente amable, hospitalaria, cercana, con una sonrisa sincera siempre dispuesta a ofrecerse como gesto de bienvenida. Un lugar que te abrazaba sin pedir nada a cambio y que, sin darte cuenta, se te colaba dentro para no marcharse jamás.

Capítulo 13



Decidimos alejarnos de la plaza y perdernos por las callejuelas de uno de los laterales, una zona que era una auténtica preciosidad. Todo se veía elegante, cuidado al detalle y lleno de pequeños puestos que parecían sacados de un gran almacén antiguo, con escaparates bien colocados y una iluminación cálida que invitaba a pasear sin prisas.

Me llevaba en todo momento de la mano o con su brazo rodeando mis hombros, de una forma natural, protectora, como si le saliera solo. Nuestras miradas cómplices se cruzaban a cada poco, cargadas de mensajes silenciosos del uno hacia el otro, de esos que no necesitan palabras porque se entienden con un simple gesto.

Nos sorprendió una terracita de un restaurante en una plazoleta pequeña. Tenía un encanto especial: flores por todos lados, tonos *vintage*, luces suaves y un ambiente acogedor que te invitaba a sentarte sin pensarlo demasiado. Nos gustó nada más verla y, como además tenía pasta, no nos lo pensamos. Nos acomodamos en una de las mesas, encantados con la elección.

Pedimos unos refrescos, un plato de pasta a la carbonara, otro a la boloñesa y, para compartir, un entrante de una especie de nuggets alargados que, solo con ver la foto en la carta, ya apetecían.

—Eres tan jodidamente guapo —le dije de pronto, cuando me miraba de esa manera tan suya, intensa y tranquila a la vez, que conseguía desarmarme por completo.

—¿No has tenido ninguna relación duradera? —me preguntó por sorpresa, sin rodeos.

—Sí, tuve una. —Volteé los ojos, dejando escapar una pequeña sonrisa cargada de ironía.

—Por lo que veo, no terminó bien.

—No, nada bien. Me llevé un gran palo, pero también una buena lección de esa relación —respondí con sinceridad.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Tres años y medio.

—Vaya… ¿y no me vas a contar el motivo?

—Bueno… —suspiré—. Comenzó a actuar diferente a partir de los dos años. Se volvió controlador, siempre a la defensiva, cuestionándome todo, incluso la ropa que me ponía. Al principio lo justificaba como celos, como algo sin importancia, hasta que una noche me dio una bofetada. Ahí fue cuando entendí que no podía seguir con él ni un minuto más.

Mateo me escuchaba en silencio, con el ceño ligeramente fruncido.

—Se lo conté a mis padres y ellos lo tuvieron clarísimo: debía poner toda la tierra de por medio. Mi padre fue a hablar con él y Fran —así se llama— se echó a llorar, pidiéndole perdón, diciendo que no sabía qué le había pasado. Mi padre solo le advirtió que no se acercara a mí ni intentara hablarme por ninguna vía, porque la próxima vez iría a él de otra manera.

—Hizo muy bien en protegerte —dijo con firmeza.

—Sí. Me costó salir de ahí, no te voy a engañar, pero ahora está más que superado. Con el tiempo he entendido muchas cosas que antes no comprendía y he aprendido a poner límites.

—¿Y no te lo has vuelto a encontrar?

—Sí, un par de veces, pero como si no nos conociéramos. No me causa absolutamente nada, ni bueno ni malo. Es pura indiferencia. Y eso, créeme, es cuando sabes que ya has cerrado una historia de verdad.

—Me alegro de que hayas sanado las heridas.

—Ahora te toca a ti contar…

—Yo estuve casado —confesó, dejándome un poco impactada, y más por el tono de tristeza con el que lo dijo—. Con una mujer de esas que dejan huella para siempre: humilde, noble, cariñosa, empática, muy entregada a los demás y profundamente respetuosa.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Tuvimos un hijo, Mateo, como yo. —Tragó saliva, y algo me decía que lo que venía no iba a ser bonito—. Cuando el bebé tenía cinco meses, sufrieron un accidente de tráfico en el que ambos perdieron la vida.

Volvió a tragar saliva, intentando contener unas lágrimas que estaban deseando salir.

—Mateo… —Le cogí la mano por encima de la mesa—. No te imaginas cuánto lo siento.

—Es mi primer viaje y mi primera salida solo desde que aquello sucedió. Mi vida se truncó en ese momento y he vivido en la más absoluta soledad, con la excepción de mi familia, que siempre estuvo ahí. De esto hace dos años justos. Se me fue una parte de mi vida con ellos.

Se me encogió el corazón al escucharlo.

—Me alegro de haberte sacado algunas carcajadas —le dije con la voz algo tomada—. No sabía que detrás de esa fachada simpática, amable y humilde hubiese una historia tan triste y desgarradora.

»Me alegro de haber sido la primera en llevarte a vivir momentos íntimos, y aunque sé que jamás significaré algo tan grande como tu mujer, me he sentido muy querida, respetada y deseada. Te mereces todo lo bonito que te pase en esta vida.

—Son dos amores diferentes —dijo mientras me acariciaba la mejilla—, pero tú me has movido mucho. Estás siendo toda una terapia para mí.

—Cuanto más te conozco, más convencida estoy de que eres de esos hombres de los que ya quedan pocos.

—No, hay muchos aún. —Sonrió—. Tú también eres una mujer increíble y no te imaginas lo feliz que estoy de haberte encontrado en este viaje, en el que te has convertido en la mejor compañera y compañía que podría tener.

—Verás que ahora no nos entra la pasta… —dije entre risas, con un nudo enorme en la garganta—. Vaya cúmulo de emociones llevo encima.

—Claro que va a entrar —respondió con su preciosa sonrisilla—. Es cuestión de tiempo que se nos ocurra una tontería y acabemos riéndonos.

Nos trajeron los platos y la presentación era de lo más llamativa. Me gustaba ese rincón, que parecía no encajar del todo con el país y, a la vez, formaba parte de esos contrastes mágicos que te encuentras sin esperarlos. No encajaba, pero era necesario.

La pasta sabía diferente, pero estaba riquísima. La carbonara era un auténtico vicio; estaba tan bien hecha que no admitía discusión.

Disfrutamos mucho de la cena y fuimos cambiando de tema, dejándonos llevar por conversaciones más ligeras y divertidas. Aun así, el nudo en la garganta tardó en desaparecer. Me entristecía profundamente que alguien como él hubiese pasado por una desgracia así.

Después de cenar volvimos a perdernos por las calles. Pasear con él era un remanso de calma frente al caos que invadía la ciudad al caer el sol. Era parte de la magia del país, de esos contrastes que lo definen en todas sus vertientes.

Nos detuvimos en una tienda que nos llamó mucho la atención, llena de lienzos pintados a mano. Uno, en especial, mostraba a un beduino —así se llamaba realmente a los hombres del desierto—, con su vestimenta tradicional y las dunas extendiéndose a su espalda. Impactaba.

Mateo no dudó en regatear y hacerse con él, como otro recuerdo más del viaje y de todo lo vivido en esa excursión que aún llevábamos muy presente.

Yo me hice con una vela preciosa en otra tienda. Era un vaso de cristal con una funda de metal con dibujos árabes. Me había gustado demasiado y quise llevarme una para mi habitación y otra más para el salón de mi casa. A mi madre le iba a encantar, lo tenía clarísimo.

Al pasar de nuevo por la gran plaza, nos sentamos en una terracita y pedimos un té para observar toda la movida y empaparnos de ella. La noche estaba tan animada y bonita que no daban ganas de encerrarse en la habitación tan pronto.

Lo que sí me llamó la atención fue la cantidad de africanos y africanas de un color muy intenso que no eran de Marruecos, sino de otros países africanos, que habían llegado allí buscando una vida mejor. Vendían gafas, carteras y *souvenirs*. Todos iban impolutos, bien vestidos y limpísimos, cuidando hasta el último detalle.

Te empapabas de todo y podías observar la vida de la gente de la ciudad a través de multitud de costumbres diferentes. Se notaba quiénes se habían quedado estancados en el tiempo y quiénes habían avanzado hacia una vida más moderna, conviviendo ambos mundos en un mismo espacio.

Regresamos al hotel a las once y media de la noche. De nuevo fue cruzar las puertas y buscarnos de manera intencionada. El imán volvía a estar ahí, empujando nuestros cuerpos el uno hacia el otro sin remedio.

Nos devorábamos vivos, nos pegamos hasta no poder más, intentando fundirnos. Era tanto lo que había entre nosotros que resultaba difícil de explicar con palabras.

El caso es que, una vez más, terminamos riendo y abrazados sobre un suelo que había sido testigo del mayor de nuestros deseos.

Nos pusimos los pijamas y nos metimos en la cama abrazados. De nuevo sentí esa sobreprotección que me hacía pensar que estaba en el lugar más seguro de la tierra.

Mateo calmaba mi vida, la ponía en pausa para que pudiera disfrutarla lentamente, sin perderme ni un minuto de nada. No se podía imaginar todo lo que me hacía sentir ni cuánto me había hecho avanzar como persona. Había sido un maestro en muchos sentidos, de esos que llegan a tu vida para aportar y dejar huella.

Me costaba dormirme porque, aunque tuviera los ojos cerrados, mi mente seguía despierta. Habían sido días muy intensos y la confesión de Mateo aquella noche me había dejado el corazón en un puño.

No se merecía todo lo que le había pasado, pero la vida solía ser, por desgracia, muy injusta.

Capítulo 14



Podía escuchar en la planta de arriba cómo servían los desayunos. Abrí los ojos y vi a Mateo de lado, mirándome con la sonrisilla sostenida.

—Buenos días, bombón. —Me dio un beso en los labios.

—Buenos días, precioso —sonreí, juntando mi cara con la suya.

—¿Con apetito?

—Sobre todo de tomar el cafelito.

—Con el cigarrito…

—Es una terraza al aire libre. —Me reí.

Nos vestimos y subimos las escaleras que nos llevaban a la terraza. Nos acomodamos en una de las mesas libres, en una zona donde había menos personas; de todas formas, tampoco era un lugar demasiado concurrido a esas horas.

Esa terraza enamoraba. Te hacía sentir en el paraíso sin necesidad de exagerar. Todo eso sin contar el desayuno que aquí proporcionaban, que sabía que iba a echar muchísimo de menos al llegar a España. Como también lo echaría a él, cosa que no quería ni pensar para no venirme abajo y permitir que ese pensamiento me robara el momento que estaba viviendo.

Me tomaba el café con el primer cigarrillo del día mientras observaba al infinito, recordando tantos momentos vividos en tan poco tiempo. Mateo parecía también empaparse de esos silencios compartidos, de esas pausas que no necesitaban palabras. Marruecos era diferente. Marruecos te recogía en sus brazos y te enseñaba a amar lo pequeño, lo sencillo, lo que normalmente pasa desapercibido.

—Como sigamos comiendo, vamos a bajar rodando las escaleras.

—Pues tú primero, así me amortiguas la caída.

—Siempre mirando por mí. —Me hizo un guiño, arrancándome una sonrisa.

—Por cierto, ¿te imaginas viviendo aquí, pero con tus posibilidades y ejerciendo tu profesión?

—Me adaptaría perfectamente. Hay hospitales privados bien equipados y clínicas donde podría ejercer sin problema. Además, tienen todos los medios para llevar una vida cómoda. Y fuera del trabajo, hay lugares increíbles para recorrer y disfrutar cada fin de semana. Con dinero aquí se vive bien.

—Sí, es eso, con dinero se vive bien en cualquier parte del mundo. Pero es asombroso que, siendo una cultura tan diferente, aquí te sientas como parte de ellos.

—Totalmente. Aquí en Marrakech hay centros comerciales y zonas de lujo donde encuentras tiendas de todas las firmas. Puedes ver un Zara al lado de una Gucci sin que a nadie le resulte extraño. La realidad es que estamos en la parte antigua de la ciudad, pero más allá hay zonas de lo más exclusivas.

—Yo a los Zara no puedo entrar.

—¿Por qué?

—Porque fundo la tarjeta —dije, provocándole una carcajada—. Igual que en un Sephora…

—¿Qué es Sephora?

—Una tienda de maquillaje y *skincare* que tiene a las mejores marcas.

—Así que tienes peligro en esas dos tiendas…

—Y en Mango, Stradivarius… —Me eché a reír—. La ropa es mi debilidad y el maquillaje es otra cosa que me pierde.

—Pues no sueles ir muy maquillada.

—Porque me gusta hacerlo en tonos naturales, resaltando algunas facciones, pero de manera sutil.

—Y el pelo siempre lo tienes intacto.

—Porque me lo seco con el cepillo eléctrico, que a la vez me lo deja liso, con forma, y el flequillo me queda con mucho volumen.

—¿Y qué más? —preguntó, mirándome con esa atención suya que me desarmaba.

—Nada, para bien o para mal, toda natural. —Seguí riéndome mientras él me miraba con su sonrisilla de medio lado—. ¿Sabes que hoy te tengo una sorpresa?

—¿Ah, sí? —pregunté sorprendida.

—En un ratito la descubrirás. Eso sí, pasaremos todo el día fuera.

—No tengo nada mejor que hacer. —Aplaudí emocionada.

Me encantaba que me sorprendiera y sabía que algo había preparado, alguna visita especial para conocer algo emblemático en algún punto de la ciudad o sus alrededores.

Salimos del riad y, en la esquina, nos estaba esperando un chófer con un vehículo de alta gama de cinco plazas. Tras comprobar los datos, nos saludó con amabilidad y nos acomodamos en el asiento de atrás.

—Nos vamos al corazón de Marruecos —me dijo Mateo, dándome un apretón cariñoso en la pierna.

—Estoy hasta nerviosa. —Me reí, notando ese cosquilleo previo a lo desconocido.

El coche salió de la ciudad y comenzó a adentrarse por carreteras que regalaban vistas a paisajes naturales capaces de dejarte sin palabras. Los valles, de un verde exuberante, se extendían ante nosotros como una postal viva; la intensidad del color resultaba casi irreal.

Mohamed, el chófer, nos iba contando que por esas zonas vivían familias bereberes en pequeños pueblos que íbamos dejando a nuestro paso, lugares donde la vida seguía un ritmo muy distinto al de la ciudad.

Hicimos una parada en una aldea y nos adentramos en un mercado local que nos sumergió de golpe en otra época. Todo conservaba una esencia auténtica, como si el tiempo se hubiese detenido allí hacía décadas. Aquellas aldeas representaban el Marruecos más profundo, al que rara vez se llegaba si no era mediante excursiones como esa.

La mayor sorpresa llegó a la hora de comer. ¡En un río! A ambos lados del cauce había sofás coloridos con mesas bajas delante. Ver aquel río adornado con tanto color y confort resultaba casi irreal, una estampa idílica que parecía sacada de una revista de viajes.

—Me muero, Mateo. Esto es lo más bonito que han visto mis ojos —dije nada más sentarnos, todavía asimilando lo que tenía delante.

—Sabía que te iba a sorprender —respondió, satisfecho.

—Te juro que no pensaba que podía vivir algo más asombroso que el desierto, pero este lugar es una belleza sin precedentes. Es otro punto fuerte del país que no esperaba ni conocer ni vivir. Siento que esto ha coronado el

viaje —confesé emocionada—. No digo que sea mejor que el desierto, pero sí diferente… y brutal.

—No sabes lo que me alegra verte así de emocionada.

Miramos la carta y nos decantamos por una ración de *kefta* y una *pastela* de pollo grande para compartir. De beber, pedimos refrescos; no había bebido tantos en mi vida, pero con ese calor apetecían continuamente.

El sonido del río, la naturaleza alrededor y el canto de las aves creaban una atmósfera profundamente relajante. Era uno de esos momentos que deseabas alargar indefinidamente, convertir en horas.

Allí, juntos, viviendo aquella experiencia, me sentía inmensamente feliz y afortunada. Estaba convencida de que Mateo era de esos hombres con los que solo se tropieza una vez en la vida.

Había tenido el detalle de buscar un lugar así para pasar el día, y ese gesto hablaba de su sensibilidad y de su forma de cuidar los pequeños grandes momentos. Una vez más, me confirmaba que era alguien especial.

La comida estaba riquísima; tanto la *pastela* como la *kefta* superaron todas mis expectativas. Disfrutamos mojando pan en el tomate, haciendo barquitos y saboreando cada bocado sin prisas.

Después de casi dos horas entre comida, conversación, el entorno y un buen té, regresamos al vehículo para volver, aunque a mitad del camino hicimos una parada inesperada. Era una cooperativa de productos naturales especializada en el aceite de argán. Nos recibieron con un té caliente y, nada más entrar, los aromas se mezclaron en el ambiente de una forma tan agradable que daban ganas de quedarse allí para siempre.

Con el té nos ofrecieron unas pastas, todo un detalle por su parte, aunque, siendo honestos, también formaba parte del márquetin. Aun así, se agradecía. Dos chicas, con sus velos perfectamente colocados y en tonos pastel que combinaban con sus chilabas, comenzaron a cantar una canción tradicional a capela. Sus timbres de voz eran preciosos, suaves y envolventes. Fue uno de

esos momentos que te erizan la piel sin previo aviso. Les dimos las gracias y aplaudimos con ganas, todavía con la emoción en el cuerpo.

Compramos varias cositas: aceites de argán para las puntas del pelo y para la piel, y algunas cremas naturales para manos y cuerpo. Pequeños caprichos que, como decía Mateo entre risas, acabarían metidos en un cajón hasta que el paso de los años los condenara al olvido. Me hacía mucha gracia su forma de decirlo, porque tenía razón y, a la vez, era tan real como la vida misma.

Ya casi llegando a Marrakech, Mohamed nos paró en una zona elevada con unas vistas espectaculares de un área residencial. Nos dijo que nos hiciéramos unas fotos allí. Y fue todo un acierto, porque al verlas después parecían sacadas de cualquier ciudad europea. No parecía Marruecos en absoluto.

Nos dejó en una parte de la plaza cercana al riad. Nos despedimos de él agradeciéndole el trato tan cercano y amable que había tenido con nosotros durante todo el día.

Regresamos al riad. Eran pasadas las cinco de la tarde y nos apetecía darnos una duchita antes de volver a salir a perdernos por la medina y la plaza.

De nuevo, fue cruzar la puerta de la habitación y comenzar el asalto. No podíamos frenar esas ganas que nos podían, como si el cuerpo fuese por libre. Ese imán entre nosotros volvía a hacer de las suyas.

Después del gran revolcón, nos duchamos y decidimos echarnos una horita a descansar antes de lanzarnos otra vez a la aventura. La plaza y los callejones del zoco eran un mundo aparte, una experiencia continua en la que podías encontrarte cualquier cosa. Nunca dejaban de sorprender.

Me recosté sobre el hombro de Mateo y lo rodeé, echando medio cuerpo sobre él. El momento era tan perfecto que, más de una vez, pensé que podría quedarme así para toda la vida.

Capítulo 15



Eran las ocho de la tarde cuando nos despertamos de la siesta. Ambos teníamos la misma sensación y el mismo deseo: quedarnos a cenar en la terraza del riad y disfrutar del momento, porque intuíamos que de noche aquello debía de ser una auténtica pasada.

Subimos a la terraza y ya estaban todas las mesas iluminadas con velas. El lugar tenía un encanto difícil de describir, de esos que se sienten más que se explican. Todo invitaba a quedarse. Tuvimos la suerte de que nuestra mesa favorita estaba libre, así que fuimos directos hacia ella, casi sin hablar, como si ya supiéramos que era nuestro sitio.

Nos trajeron la carta y pedimos un par de refrescos. A esas alturas, la Coca-Cola nos iba a tener que pagar una comisión por todo lo que habíamos tirado de ella durante el viaje.

Los platos tenían una pinta espectacular y nos decidimos por una bandeja de chuletitas de cordero sobre una manta de patatas fritas. De entrante pedimos *harira*, porque queríamos probar por fin la sopa marroquí, esa que hasta ahora habíamos ido esquivando sin saber muy bien por qué.

—Qué poco falta para que todo termine —dije cuando nos trajeron los refrescos y las olivas.

—Hay que disfrutar hasta el último momento, y aún nos quedan dos días completos.

—Y al siguiente nos vamos a primera hora.

—Más de cuarenta y ocho horas…

—Tú lo verás un mundo, yo siento que el reloj hace tic-tac y que ya ha empezado la cuenta atrás —sonreí con un punto de tristeza.

—En total vas a estar una semana completa. Te vas cargada de momentos, y mañana nos espera otro día de lo más bonito.

—Qué fácil lo decís todo los hombres. —Volteé los ojos, provocándole una risilla.

—No es eso, solo intento decirte que todavía nos quedan dos días más y que podemos exprimirlos hasta el final.

—Y eso haré, pero no quita que me dé pena que esto se acabe.

—Venga, esos ánimos arriba —me dijo pellizcándome la mejilla.

Me encendí un cigarrillo mientras la sopa se templaba un poco. Cogimos el móvil de Mateo y empezamos a mirar fotos y vídeos. Nos reíamos a carcajadas viendo los bailes alrededor del fuego, las caídas rodando por las dunas con las tablas, las caras de felicidad absoluta. También había fotos preciosas con la familia nómada, con el niño sentado en mi falda, y otras del Pueblo Negro, llenas de color y vida.

Las imágenes nos transportaban directamente a esos momentos que ya habían quedado atrás, pero que, de alguna manera, se habían convertido en parte de nuestra historia compartida.

La *harira* nos sorprendió gratamente. Estaba deliciosa, con un sabor intenso y reconfortante. Llevaba lentejas, algo que no me esperaba, y resultaba tan consistente que hicimos barquitos de pan sin ningún tipo de remordimiento. La verdad es que, solo con la sopa, podríamos haber dado la cena por hecha. Pero justo entonces apareció la bandeja con el cordero y las patatas fritas, y no hubo marcha atrás.

Entre bocado y bocado, Mateo me habló de su hermano Carlos, que también era médico. Ambos habían seguido la vocación de sus padres. Carlos tenía veintinueve años, estaba soltero y vivía independiente, aunque estaban muy unidos. No había podido acompañarlo en ese viaje porque llevaba solo dos años con la plaza y tenía las vacaciones muy ajustadas.

Me los imaginaba como una familia bonita y elegante. Mateo lo era, y tenía un gusto especial tanto para vestir informal como cuando se arreglaba un poco más. Me fijaba mucho en sus *outfits* y en cómo combinaba la ropa con una naturalidad que me encantaba.

En mi caso, no tenía hermanos, aunque durante un tiempo sí tuve una hermana. Se llamaba Cintia y nació cuando yo tenía cuatro años. Era la bebé más bonita del mundo, siempre sonriendo. Con un año enfermó de una bronquitis que se fue complicando hasta que, después de cuatro meses ingresada, terminó por llevársela. Fue el mayor dolor que hemos vivido en mi familia. Yo, con cinco años, era consciente de todo y lo pasé muy mal. Mis padres aún cargan con esa pena.

Como pudimos, y casi a empujones, nos terminamos las chuletitas. Eso sí, de las patatas dejamos más de la mitad. Estábamos llenos, tranquilos y con esa sensación de bienestar que solo te dan las noches vividas sin prisas.

—Ahora tendremos que ir a dar una vuelta para bajar todo —dijo tocándose la barriga.

—Podríamos ir a la plaza y tomar a medias un zumo recién hecho.

—¿¡Un zumo!? A mí no me cabe ni el agua —decía a carcajadas, tocándose la barriga.

—Pues ya me lo bebo yo por los dos.

—Pero ¿no decías que no te cabía nada más?

—Líquido, sí. Además, me apetece azúcar.

—¿Y cuándo no te apetece?

—A mí no me ataques. —Me reí de lado.

—No es ataque, es la realidad. —Se reía.

Bajamos las escaleras y salimos del riad para dar una vuelta. Nos metimos de lleno en el corazón de la plaza, donde la música sonaba por todos lados y me recordaba inevitablemente a las ferias. Ese bullicio constante, esa mezcla de sonidos y voces, tenía algo hipnótico. Me pedí un zumo de frutas que el chico me preparó al momento, cortando y mezclando todo delante de mí, y me lo dio en un vasito para llevar.

Comenzamos a movernos por la zona de la medina que más nos gustaba. Era la más cuidada en detalles, la que invitaba a perderte sin rumbo fijo, dejándote llevar por las calles mientras observabas la cantidad de productos que ofrecía cada tienda. Cada escaparate tenía algo que te llamaba la atención, algo que te hacía parar unos segundos más.

Había gatos por todos lados, pero también comida para ellos en cada esquina. Se notaba que el pueblo los cuidaba muchísimo y se encargaban de que no les faltase nada que comer. Vivían en la calle, sí, pero eran respetados, formaban parte del paisaje y de la vida diaria del lugar.

Me dediqué a posar en cada puerta bonita para que Mateo me inmortalizase el momento. Disfrutaba viéndolo concentrado, buscando el ángulo perfecto. Llevaba un pañuelo amarillo que aproveché para ponérmelo en forma de velo caído para las fotos, jugando con él, sintiéndome parte de aquel lugar por unos instantes.

—Te la cambio por dos camellos —le dijo un comerciante, bromeando, obviamente.

—Te la puedes quedar a ella, a los camellos y encima te pago —le contestó Mateo sin pensárselo dos veces, provocándole una carcajada.

—¡Serás! —Rebufé, mirándolo con reproche fingido, y me eché a reír.

Continuamos caminando de la mano y a mí no se me iba la risa por esa contestación que le había dado. Me había pillado totalmente desprevenida y el

momento había sido buenísimo, de esos que se quedan grabados con una sonrisa.

Nos paramos ante un local que se veía muy animado en pleno corazón de la medina y que tenía terraza. Subimos a descubrirla y nos impresionaron las vistas a todas las callecitas estrechas de la medina y a las terrazas de las casas, unas más descuidadas, otras llenas de vida.

Nos pedimos una tetera de té y nos sentamos a empaparnos de la estampa que teníamos ante nosotros. A nuestro alrededor había centenares de terracitas. La mayoría eran antiguas y poco cuidadas, utilizadas simplemente para tender la ropa; las que destacaban eran las de los bares, con algo más de mimo y encanto.

—Y ahora el té para que bajes el zumo —me dijo, buscándome la lengua con una sonrisa traviesa.

—Lo mismo luego me compro un helado.

—Y a mí que no me extrañaría —me respondió, acariciándome la mano y apretándola con la suya.

—¿Quién va a coger los kilos, tú o yo?

—Capaz que yo. Efecto rebote. —Me hizo un guiño.

—El efecto rebote es otra cosa y sería sobre mí misma. Vaya médico… —negué con humor.

—Soy de los malos, ¿no?

—Ni idea, porque aún no me he tenido que poner en tus manos, pero lo del efecto rebote deja mucho que desear… —Me reí, mirándolo de reojo.

—En mis manos sí que te has puesto. —Sonreía de lado.

—Lo dicho, todo lo interpreta como le sale de las narices. —Rebufé riendo.

—Pero a ti te saco alguna risilla, ¿acaso eso no vale oro?

—La verdad es que sí. —Le acaricié la cara—. Y un cigarrito para el pecho por lo bien que lo he hecho.

—Ya la has cagado. —Se reía.

—La he cagado tantas veces en mi vida. —Le hice una burla.

—¿Cuál fue la mayor cagada, quitando lo de tu ex?

—Pues no sé, así a bote pronto…

—Si no te acuerdas, es que no fueron muchas.

—Sí, hombre, alguna que otra vez la cagué. Una vez me lie con mi vecino y desde entonces no nos hablamos. —Me eché a reír—. Y eso que solo fueron unos besos una noche que me lo encontré de copas.

—¿Y por qué dejasteis de hablaros?

—Lo mismo nos arrepentimos de lo que hicimos, no sé, pero desde ese día nos comenzamos a ignorar. Eso pasó cuando teníamos diecisiete años. Hasta entonces, desde pequeños habíamos jugado juntos. Nos criamos en el mismo edificio.

—Pues entonces sí que fue una cagada que os liaseis. —Se reía.

—Pero tú tranquilo, que a ti, si te veo, te saludo —bromeé, causándole otra carcajada.

Regresamos al hotel paseando relajadamente y cruzando la plaza, que a esas horas era una auténtica feria de gente. Me encantaba cómo me protegía

entre el gentío, cómo se colocaba detrás de mí y, casi sin darme cuenta, iba dirigiendo mis pasos para salir de esa locura con calma y seguridad.

Fue solo el centro; los alrededores, aunque estaban petados, ya se caminaban mejor y permitían bajar revoluciones. Llegamos al riad directos al cuarto, donde, cómo no, de nuevo comenzamos a desnudarnos como si fuera nuestro pan de cada día. Ese momento que no podía faltar, que parecía ya una cita marcada en el reloj, inevitable y deseada.

Atracción, seducción, tentación… había un cúmulo de todo entre nosotros. El caso es que era nuestro momento, ese en el que los dos nos desvanecíamos intentando ser uno, olvidándonos del mundo exterior y de cualquier ruido que no fuese el nuestro.

Después nos acostamos abrazados, charlando sin prisas mientras recordábamos el día y hacíamos la vista atrás para revivir otros momentos del viaje. Nos encantaba hablarlo todo, intercambiar sensaciones, ponerle palabras a lo vivido, aunque en la mayoría coincidíamos en lo mismo sin necesidad de explicarlo demasiado.

¿Que si lo amaba? Más que a muchas cosas. Cada hora que pasaba iba siendo consciente de que en mí se iban sumando sentimientos, uno tras otro, sin freno y sin intención alguna de ponerlo.

Capítulo 16



—Buenos días, bella dama. —Acariciaba mi cara.

—Buenos días, doctor de mis entrañas. —Me reí sobre su pecho.

—¿De tus entrañas? Verás como mi madre se entere. No quiero ni imaginar cómo se pondrá.

—Pues ya sabes, no se lo digas. —Me reía.

Subimos a la terraza a desayunar llevando con nosotros un aguacate que habíamos comprado la noche anterior. A los dos nos encantaba y ya se había convertido casi en un pequeño ritual compartido.

La chica nos puso la bebida rápidamente, siempre con la mejor de sus sonrisas, atenta y cercana. Esa hospitalidad se sentía en cada gesto, en cada detalle, y hacía que todo resultase aún más agradable.

El desayuno era todo un espectáculo. Justo en ese momento mi madre me llamó por videollamada y no dudé en enfocar la mesa para que viera todo el manjar que nos íbamos a comer. Sabían que estaba con Mateo y ya los había saludado en otro momento, agradeciendo que me cuidara, así que volvió a hacerlo con una sonrisa orgullosa. Yo no podía evitar sonreír también, sintiéndome en casa incluso estando tan lejos.

—Hija, qué bonita se ve la mesa con ese desayuno.

—Mamá, a dieta me vas a tener que poner cuando llegue.

—No, hija, estás estupenda y si has subido algún kilito, en cuanto cojas la rutina, lo bajas.

—¿Y papá?

—Fue al supermercado a traerme unas cositas que me faltan. En nada estará al llegar.

Estuve hablando un poquito con ella y colgué para desayunar relajadamente.

—¿Y qué nos espera hoy?

—Lo tendrás que vivir para saberlo.

Me quedé mirándolo unos segundos más de lo habitual, como si intentara adivinarle el pensamiento. Tenía esa expresión tranquila, pero cargada de intención, la misma que se le ponía cuando sabía que estaba a punto de sorprenderme de verdad. No decía nada, pero sus ojos hablaban solos.

Me gustaba esa sensación de no saber qué venía después.

Mientras desayunábamos, observaba los pequeños gestos que ya me resultaban familiares. La forma en que partía el pan, cómo untaba el aguacate con calma, cómo levantaba la vista para mirarme justo cuando yo lo estaba mirando a él. Había algo íntimo en esos silencios compartidos, algo que no necesitaba palabras para sentirse pleno.

Pensé, sin querer, en lo rápido que había entrado en mi vida. En cómo, en apenas unos días, había pasado de ser un desconocido a convertirse en alguien al que ya le estaba haciendo hueco sin darme cuenta. Y eso, lejos de asustarme, me resultaba extrañamente reconfortante.

—Ya no creo que me pueda sorprender más nada que lo de ayer.

—Bueno, ya me dirás luego. —Carraspeó con su misteriosa y seductora sonrisa.

Me encantaba que jugara a sorprenderme, y es que siempre lo conseguía. Mateo tenía ese algo que lo hacía especial, y era que era todo un hombre de detalles, de esos que no hacen ruido, pero dejan huella. Como diría mi padre, a la antigua usanza, de los que ya no abundan.

Después del desayuno nos dirigimos a la plaza y, sorprendentemente, de nuevo nos recogió Mohamed. Sonrió al vernos, con esa cercanía tan suya, y nos dio la mano antes de abrirnos la puerta del coche.

Nos montamos y comenzamos a salir de la ciudad, dejando atrás el bullicio para adentrarnos en unas carreteras secundarias mucho más tranquilas. El paisaje iba cambiando poco a poco y yo miraba por la ventanilla, curiosa, sin saber muy bien qué me esperaba.

Aproximadamente una hora después llegamos a un colegio que parecía surgir en mitad de la nada, rodeado de tierra y silencio, y que servía a todas las aldeas de alrededor.

En la puerta, el conserje nos dio paso con el vehículo y entramos hasta la misma entrada, mientras yo observaba el lugar con una mezcla de intriga y emoción, sin imaginar aún lo que estaba a punto de vivir allí.

—¿Un colegio?

—Hay agencias que se dedican a programar visitas y pedí una para los dos. —Me hizo un guiño.

Antes de bajar del coche, me quedé un segundo quieta, observando el edificio desde fuera. No era grande ni especialmente bonito, pero tenía algo que imponía respeto. Tal vez era el silencio que lo rodeaba, o la sensación de saber que, entre esas paredes, se estaban formando futuros con mucho menos de lo que nosotros habíamos tenido siempre.

Sentí la mano de Mateo en mi espalda, suave, firme, como si supiera exactamente lo que me estaba pasando por dentro. No dijo nada, pero ese

gesto fue suficiente para tranquilizarme. Respiré hondo antes de cruzar la puerta, intentando contener la emoción que ya empezaba a apretarme el pecho.

Pensé en mi infancia, en mis colegios, en mis quejas absurdas de entonces. Y de golpe, todo me pareció lejano, casi frívolo. Allí, en medio de la nada, aquel colegio era un oasis. Un lugar donde, pese a las carencias, se respiraban ganas, ilusión y esperanza.

Un nudito se me cogió en el estómago nada más cruzar la puerta. Nos acompañaron hasta una clase donde los niños nos recibieron entre aplausos y sonrisas, de esas que te desarman sin pedir permiso. Al llegar, Mohamed les dio una bolsa de chuches, bollos y batidos que él había encargado con la excursión, y nosotros nos pusimos a repartirlo entre los niños, uno a uno, mirándolos a los ojos.

Nos abrazaban, nos miraban con una mezcla de curiosidad y admiración, y la profe nos dejaba sacarnos fotos con ellos; es más, se ofreció a tirarnos algunas mientras nos decía que no nos cortáramos, que aquello también formaba parte del recuerdo.

Eran los niños de las aldeas, los más apartados del mundo, los que vivían con muy poco, pero a ninguno le faltaba una preciosa sonrisa ni unas ganas inmensas de aprender. Este tipo de excursiones servía para ayudar un poco más al centro y a los niños; me lo explicó Mateo en voz baja, y a mí se me encogió aún más el corazón al entender la importancia de ese gesto tan sencillo.

Estuvimos hablando con los niños al lado de la profesora, que nos dejaba nuestro espacio y nos invitaba a vivir el momento sin prisas, sin reloj, como si el tiempo allí tuviera otro ritmo.

Tenía la piel erizada, estaba profundamente emocionada y los miraba contemplando unas vidas llenas de ilusión, de sueños enormes para cuerpos tan pequeños, que soñaban con avanzar y ser alguien en un futuro. Algunos me dijeron que querían ser médicos, otros policías, otros profesores, pero todos aspiraban a algo, todos tenían una meta en la cabeza. Solo esperaba, de corazón, que todo avanzara y que algún día pudieran cumplir esos sueños que pronunciaban con tanta seguridad.

Fueron dos horas con ellos de lo más intensas, de esas que te remueven por dentro sin necesidad de palabras. Salí con el corazón mucho más lleno incluso que de la excursión del día anterior. Los niños nos abrazaban al despedirse y nos tiraban besitos al aire.

Mientras caminábamos de vuelta hacia el coche, no podía dejar de girarme para mirar atrás. Algunos niños seguían asomados a las ventanas, despidiéndose con la mano, como si temieran que aquel momento fuese irrepetible.

Sentí un nudo en la garganta difícil de describir. No era tristeza, ni pena exactamente. Era algo más profundo, una mezcla de gratitud y de conciencia. La certeza de haber vivido algo que te recoloca por dentro, que te hace replantearte prioridades sin necesidad de grandes discursos.

Me pregunté cuántas veces en la vida tenemos la oportunidad de mirar de frente realidades tan distintas a la nuestra y salir de ellas con el corazón más lleno. No siempre ocurre. Y supe, en ese instante, que aquel recuerdo me acompañaría durante mucho tiempo.

—Uff, madre mía, esto sí que ha sido fuerte —dije montándome en el coche y con los ojos llenos de lágrimas—. Estoy viviendo un Marruecos en todas sus caras y vertientes.

—Me alegro de que lo hayas vivido con esta intensidad. —Me acarició la rodilla.

—Me falta hasta el aire. —Abrí un poco la ventanilla. La emoción no se me pasaba.

De allí nos fuimos colina arriba y llegamos a una casa bereber. La mujer nos recibió con una gran sonrisa, de esas que te hacen sentir bienvenido sin necesidad de palabras, y nos hizo un pequeño tour por su casa. No hablaba español, pero su sonrisa, sus gestos y la manera en la que nos invitaba a pasar eran la mejor descripción de todo lo que no hacía falta traducir.

Nos hizo probar una mini *pastela* de pollo a cada uno, que estaba riquísima y que acompañamos con un té recién hecho. Fue otro momento impresionante,

porque, sin darnos cuenta, nos habíamos metido de lleno en el corazón de la vida real que se vivía en esos lugares tan remotos, lejos de cualquier artificio turístico. Nos despedimos de ella dejándole veinte euros de regalo. Ella nos besaba las manos una y otra vez, con un cariño y un agradecimiento que me encogieron el pecho.

Mientras volvíamos al coche, me sorprendí pensando en lo poco que necesitaba aquella mujer para sonreír. Su casa era sencilla, sin adornos innecesarios, sin lujos, pero estaba llena de vida. Cada rincón hablaba de costumbre, de familia, de rutinas marcadas por el trabajo diario, de un día a día duro, sí, pero también honesto y lleno de sentido.

Me di cuenta de que había una dignidad enorme en esa forma de vivir. En aceptar lo que se tiene sin dejar de cuidar lo esencial. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí vergüenza de algunas de mis propias quejas, de esas que nacen del confort y no de la necesidad real, de los problemas que a veces nos creamos sin ser conscientes de lo privilegiados que somos.

Mateo parecía leerme el pensamiento. Me apretó la mano con fuerza, sin decir nada, como si quisiera anclar ese momento dentro de mí para que no se perdiera entre el ruido del regreso ni entre la velocidad del día a día cuando volviera a casa.

—Y cuando parecía que no te podías superar más, vas y montas este día que está siendo de lo más enriquecedor —dije cuando nos acomodamos en el coche, aún con ese nudo en la garganta.

—Quiero que te lleves millones de recuerdos de este viaje, Natalia.

—No dudes que ya los tengo —sonreí mirando por la ventanilla, dejando que el paisaje siguiera hablándome en silencio.

De allí nos llevó a un restaurante en plena naturaleza, con unas vistas a una cascada que te dejaban con la boca abierta. El sonido del agua se escuchaba incluso antes de verlo. Pedimos pinchitos que olían a distancia, de esos que te hacen salivar nada más acercarte. Nos sentamos en una mesa dentro del río. Nos descalzamos y subimos los pantalones hasta la rodilla. Fue un momento

glorioso sentir el agua fría correr entre los pies, refrescante y revitalizante, como si el cuerpo agradeciera ese pequeño regalo.

—Menos mal que, como hombre precavido que soy, traigo en la mochila una toalla de las que no pesan para que luego nos podamos secar los pies.

—¡Bravo! —grité a la vez que aplaudía, sacándole una risilla inmediata.

—¡Mala! —me respondió lanzándome una bola de servilleta a la cara, provocándome una carcajada que se mezcló con el sonido del río.

Nos trajeron una ensalada cortesía de la casa junto al plato de pinchitos y las patatas. Todo estaba delicioso, con ese sabor a brasita que se quedaba impregnado y que hacía imposible no mojar pan una y otra vez.

El ruido constante del río, mezclado con los sonidos de la naturaleza, me llenaba de una energía positiva difícil de explicar. Era un buen rollo tan puro, tan limpio, que sentía cómo me atravesaba por dentro. El remanso de paz era tal que, por momentos, ni siquiera sabía en qué parte del mundo me encontraba; solo tenía claro que estaba bien, muy bien, en completa armonía con el entorno… y con la compañía.

Disfrutamos de una comida de lo más relajada y, cómo no, de un té que no podía faltar. Nos habíamos vuelto adictos a tomarlo; estaba tan bueno que apetecía a cualquier hora, como si siempre hubiese un motivo para alargar un poco más el momento.

—¿Quieres dejar de hacerme fotos?

—¿Por qué? —me preguntó con esa sonrisilla suya que ya conocía de memoria.

—Llevas el móvil petado con mi cara.

—A las cosas bonitas hay que inmortalizarlas de mil maneras.

—Pues tú eres muy bonito y no estoy todo el día sacándote fotos. —Me reí.

—Eso es que no soy lo suficiente. —Carraspeó, fingiendo ofensa.

—Eres lo más bonito de todo Marruecos y parte de España —le respondí con una risa contagiosa, viéndole negar con la cabeza mientras sonreía.

De nuevo regresamos al coche, que nos llevó de vuelta hasta Marrakech. Fuimos directos al riad y, una vez más, nada más cruzar la puerta, nos perdimos en nuestros cuerpos antes incluso de pensar en la ducha. Era como si el contacto fuese ya una necesidad natural. Después, nos duchamos y nos echamos un rato en la cama a descansar, pero sin dormir. Abrazos, besos, miradas cómplices que hablaban más que cualquier palabra.

Ese rato de descanso se nos pasó volando. No dormimos, pero tampoco lo necesitábamos. Estar juntos, abrazados, hablando de cualquier cosa y de nada al mismo tiempo, era suficiente para recargar energías, para sentirnos en equilibrio.

Había una intimidad distinta en esos momentos. Más tranquila, menos intensa físicamente, pero igual —o incluso más— profunda. Me gustaba esa versión de nosotros, sin prisas, sin urgencias, sin expectativas, simplemente compartiendo espacio, respiración y silencios cómodos.

Y fue entonces cuando me di cuenta de algo importante: empezaba a asociar su presencia con la calma. Y eso, para mí, era completamente nuevo.

Sobre las siete nos echamos a la calle y fuimos directos a los puestos de caracoles para tomarnos una taza cada uno. El ambiente estaba como siempre, parecido a una feria constante, con ruido, risas y movimiento por todos lados. Aun así, era fascinante mezclarse entre el pueblo y el turismo, ver cómo convivían sin importar el lugar de procedencia o el idioma. Había sitio para todos y el respeto se respiraba en el ambiente, algo que me llamaba especialmente la atención.

Después nos fuimos a pasear en dirección a las calles más nuevas, ya fuera de la medina. Fue allí donde nos encontramos con un Burger King que me

hizo ponerme a saltar como una niña pequeña, sin ningún tipo de vergüenza. Mateo me miraba divertido mientras negaba con la cabeza.

Nos adentramos en él y nos pedimos un par de menús para disfrutarlos tranquilamente en las mesas. Lo viví como una auténtica enana; llevábamos varios días comiendo comida tradicional y, aunque nos había encantado cada plato, ese pequeño alto en el camino nos supo a gloria bendita.

Después del menú nos pedimos dos helados, que fuimos comiendo de vuelta hacia la plaza, paseando sin prisa. No queríamos alejarnos demasiado de noche; por muy seguros que nos sintiéramos en cualquier ciudad del mundo, siempre había que mantener un mínimo de precaución.

Aun así, caminar así, con un helado en la mano y su presencia a mi lado, me hacía sentir tranquila. Marrakech seguía latiendo a nuestro alrededor, viva, intensa y caótica, mientras nosotros avanzábamos a nuestro propio ritmo, como si el mundo pudiera esperar un poco más.

Aquel día me notaba muy cansada y quería dormir temprano; a él le pasaba igual, así que nos dirigimos directos al hotel, caminando con calma entre el bullicio nocturno.

—Madre mía, acaba de hacérseme la boca agua —dije al ver, en un puesto de golosinas, los regalices en forma de caracol que tanto me gustaban.

—Venga, vamos a coger unos cuantos —me comentó mientras le daba al hombre tres euros y le pedía que nos pusiera ese importe repartido entre los dos colores.

Nos llenó una buena bolsa y me fui comiendo uno por el camino. Eran mi debilidad y no hacía ni el intento de disimularlo.

—Luego dices que no eres golosa y vas gimiendo por todo el camino —se reía, mirándome de reojo.

—Esto está demasiado rico. —Cogí otro de la bolsa, esta vez el negro, saboreándolo con auténtico placer.

—Dios bendiga tu estómago, que no padece de ningún mal —me dijo, abrazándome de lado y dándome un beso en la sien.

Mientras caminábamos de regreso al riad, con la bolsa de regalices en la mano y la ciudad aún viva a nuestro alrededor, pensé en lo curioso que era el tiempo. En cómo, a veces, unos días podían sentirse más intensos que años enteros. Todo parecía comprimido, vivido a flor de piel, sin espacios vacíos.

No sabía qué pasaría cuando todo aquello terminara. Y, en realidad, no quería saberlo todavía. Me bastaba con seguir sumando recuerdos, con guardar cada gesto, cada risa, cada mirada compartida, como si pudiera almacenarlas dentro de mí para siempre.

Quizá no todas las historias estaban hechas para durar. Pero algunas, aunque fueran breves, tenían la capacidad de marcarte de verdad. Y yo empezaba a intuir que esta sería una de ellas.

Llegamos al riad y fue atravesar la puerta y, de nuevo…

Las ganas estaban siempre ahí, latentes. Bastaba con cruzar a un lugar íntimo para que todo lo demás desapareciera y no pudiéramos —ni quisiéramos— contenernos.

Capítulo 17



Dicen que la vida puede cambiar en un segundo y no me imaginaba hasta qué punto me la iba a cambiar el último día de este viaje…

Desperté con una sensación rara, de esas en las que algo no termina de encajar. Como si el cuerpo se hubiese dado cuenta antes que la cabeza de que algo importante estaba a punto de pasar. No fue un mal despertar, ni tampoco triste, pero sí diferente.

El aire se sentía distinto, más cargado, y me quedé unos segundos mirando al techo, intentando ubicarme, recordar en qué punto del viaje estábamos exactamente. Y entonces me cayó encima de golpe. Último día.

Solo pensar esas dos palabras ya me hizo un nudo en el estómago.

—Buenos días, mi gitana.

—Cada día me llamas de una manera. —Me reía, dándole un beso en los labios—. Por cierto, no me vas a decir cuál es el plan de hoy, ¿verdad? —pregunté, levantándome.

Lo observé mientras me incorporaba. Estaba apoyado sobre un codo, mirándome con esa sonrisa tranquila que solía desarmarme, pero había algo en sus ojos que no terminaba de reconocer. No era tristeza, pero tampoco alegría. Era… contención.

—Hablar, hoy es un día para hablar —lo dijo en un tono que hasta lo miré con la ceja levantada.

—A mí no me vengas con esos temas en plan misterioso, que me entra angustia.

—Anda, vamos a desayunar, doña Angustias.

Me levanté, pero esa ligereza que solía acompañarme por las mañanas no apareció. De esto que se te queda una mala corazonada, pero no sabes por dónde van a venir los tiros, y tienes ganas ya de saber eso que quiere hablar, que me dejó casi por los suelos. Intenté convencerme de que estaba exagerando, de que quizá solo quería hablar del viaje, de la despedida, de planes futuros… pero algo dentro de mí no terminaba de creérselo.

Subimos a la terraza y nos trajeron los cafés, té y zumos. El sol ya caía con fuerza, pero el ambiente seguía siendo agradable. Me encendí un cigarrillo y lo miré, esperando. Él removía el café sin beberlo, algo que no solía hacer.

—Comienza, ya que es un día para hablar, es porque querrás comentarme algo… —Me encogí de hombros, intentando restarle hierro.

—Claro, pero no me presiones, por favor —me lo dijo de una manera que hasta ese momento no me había hablado. Era desde el imploro.

Ese tono me atravesó. No era su forma habitual de hablar, ni conmigo ni con nadie. Era una súplica silenciosa que me hizo tragar saliva.

—Tranquilo, tengo todo el tiempo del mundo.

O al menos eso creía en ese momento.

—¿Qué esperas de mí cuando termine el viaje?

Esa pregunta me dejó pensativa y casi sin saber cómo reaccionar. No sabía ni lo que debía contestar. Me quedé mirando la taza, observando cómo el

humo del café subía despacio, como si el tiempo se hubiese ralentizado solo para nosotros.

—Que no me olvides y que me tengas como algo en tu vida, al menos como una amiga —contesté un poco temblorosa y triste.

—Nunca te podría olvidar —acarició mi mejilla—, pero hay cosas que impiden que todo se pueda dar con normalidad.

Sentí un pequeño golpe en el pecho. Nada concreto, solo una intuición desagradable que empezaba a tomar forma.

—No te entiendo. Me estoy poniendo supernerviosa.

—Cuando regrese, no va a ser posible que tengamos contacto.

Las palabras cayeron despacio, pero con un peso brutal.

—No entiendo, ¿ni como amigos que se mensajean para preguntarse cómo están?

—Ni así… —Tragó saliva.

Lo miré buscando alguna señal de broma, de exageración, de algo que me indicara que aquello no iba en serio. No la encontré.

—¿Hay alguien, Mateo?

—No, cariño. —Me acarició la mejilla—. La última mujer fue mi mujer. No te he mentido en nada. Solo que no te he contado otras cosas para no amargarte el viaje y porque me has llenado de vida.

—¿Y si no hay nadie, qué impide que seamos amigos? —pregunté con un nudo en la garganta y notando que me venía abajo por segundos.

—Tengo que estar una época apartado de todo; quizás vuelvas a saber de mí o quizás no.

Sentí cómo el aire me abandonaba los pulmones.

—¿Vas a entrar en la cárcel? —pregunté, porque era lo único que se me ocurría.

—No. —Se echó a reír—. Ojalá fuese eso.

—¿Cómo que ojalá fuese que te metieran preso? Mateo, habla claro porque me va a dar algo y no va a haber prácticas que consigan que me salves. Estoy de lo más angustiada.

Respiró hondo. Lo vi hacerlo. Cerró los ojos un segundo, como quien se arma de valor antes de saltar al vacío.

—Tengo cáncer…

Juro que en ese momento todo se me desvaneció por completo y mis ojos se llenaron de lágrimas de impotencia y dolor mientras intentaba digerir esas palabras. Esas putas palabras.

El mundo seguía girando a nuestro alrededor: la terraza estaba llena, la gente desayunaba, hablaba, reía… pero yo sentía que todo se había detenido.

—Dime que estás bromeando —le dije entre sollozos.

—No, mi vida, no. He venido a este viaje para desconectar antes de comenzar un tratamiento pionero, pero también muy agresivo. Me toca vivir un proceso muy duro.

Las manos me temblaban. Notaba el corazón golpeándome el pecho con fuerza, como si quisiera salirse.

—¿Y qué pasa, que está prescrito que no tengas relación con nadie? —pregunté sin entender nada y sin poder dejar de llorar, con un dolor en mi corazón de lo más grande.

—Prometí vivir este proceso alejado de todos, solo al lado de mis padres y hermano, porque no permitirían lo contrario. No quiero que nadie me vea en mi peor momento. No quiero que nadie me vea débil. Quiero que, pase lo que pase, todos me recordéis como he sido hasta ahora.

Sentí cómo muchas piezas encajaban de golpe, como frases sueltas que ahora cobraban sentido.

—Ahora entiendo que dijeses que ibas a la boda si algo malo no pasaba… Mateo, no es justo. No me puedes separar de manera fulminante sin saber qué tal te va. Quiero que te sujetes de mi mano.

—No llores, mi vida, y no me pidas eso. Prometí luchar y lo haré. Ahora tengo una razón más. Solo te pido que no pares tu vida por mí, porque no sé si ganaré la batalla, aunque estoy con muchas fuerzas y más desde que te he conocido.

—Mateo, no me puedes separar de tu vida así —le decía muy enfadada y con rabia, sin dejar de llorar.

—Si todo está bien, estaré en la boda. Solo te pido que no pares tu vida por mí.

—O sea, hasta la boda no voy a saber si saliste o no de esta. ¡Esto es muy injusto, Mateo! —le reproché con todo el dolor de mi corazón.

—Si me quieres un poquito, ponte en mi lugar.

—¿Y tú por qué no te pones en el mío? ¿No te das cuenta de que te amo con todo mi corazón? —le pregunté en medio de lo que era una confesión—. A nadie he amado como a ti, Mateo, a nadie.

El silencio se hizo pesado cuando la chica nos trajo el desayuno. Nadie sabía que, en esa mesa, se estaba rompiendo algo muy grande.

—Come un poco, por favor —dijo.

—¿Comer? Lo único que me dan ganas es de asomarme a la azotea y tirarme para abajo. Me estás diciendo que mañana, cuando lleguemos a Sevilla, no sabré nada de ti hasta la boda y pretendes que coma.

»¿Qué parte del «te amo» no has entendido? Y si no estoy para ti, no lo estoy, pero no me puedes impedir estar cogiendo tu mano como una amiga. Te amo como persona, como todo; no me puedes apartar en estos momentos.

—Te pido, por favor, que me comprendas, Natalia. Para mí va a ser más duro que para nadie. Sé que pasaré horas viendo tus fotos y vídeos que me he encargado de tener para pasar esos momentos. Pero no me pidas mostrar una parte que no quiero que nadie vea.

—A mí me da igual que se te caiga el pelo, que pierdas el color de piel, que adelgaces y no sé qué más con ese físico. A mí lo que me importas eres tú y no me puedo imaginar una vida sin saber de ti. Eso no puedo aceptarlo, Mateo —le decía sin dejar de poder llorar—. Y ahora, tengo que esperar un año y dos meses para saber cómo te fue. ¿Estamos locos?

—El tratamiento es innovador, pero largo. Va en muchas sesiones a lo largo de nueve meses.

—Pues ese embarazo lo pasamos juntos —le advertí señalándole con el dedo.

—Si salgo de esta y no te has enamorado de nadie, te juro que…

—¡Que no! No me voy a separar de ti y menos enamorarme de alguien y, ¿sabes por qué? Porque te amo solo a ti.

—Escúchame, mi vida —me acariciaba la mejilla y secaba mis lágrimas—, si salgo bien de esto, prometo ir a por ti y luchar por una vida a tu lado. Eres una mujer increíble y yo también me he enamorado. —Se le caían las lágrimas.

—Los enamorados se apoyan, Mateo. No se dejan tirados.

—No te voy a dejar tirada, cariño, pero necesito luchar esta batalla solo. Sin sentir que me apago para ti.

—Pues si te apagas, yo te enciendo, pero si te escondes como un cobarde, no te podré ayudar y nos harás daño a los dos.

—No me lo pongas más difícil, por favor. Prométeme que no te hundirás con esto.

—Ya me has hundido. Vamos, ahora estoy por ahí. —Señalé al suelo—. No te pido que seas mi novio, pero sí que me dejes estar en tu vida al menos por teléfono.

—No me pongas en una tesitura que no deseo, Natalia.

—En la misma que me has dejado tú y que tampoco deseo, pero veo que aquí tu palabra tiene más peso que la mía —le reproché.

—No es eso, pero es una batalla que desde hace dos meses que me enteré ya estoy librando y preparando mi mente. Ni siquiera voy a tener contacto con mis amigos de toda la vida y lo han entendido y respetado.

—Esto es una putada, una putada muy grande, Mateo —negué.

—Desayuna un poco, por favor.

—Lo que necesito es café y tabaco. —Me encendí otro cigarrillo.

—No deberías fumar tan seguido.

—Hoy me terminaré fumando hasta las colillas del suelo —negué soltando el aire.

—Tómate tu tiempo. Comprendo lo que estás sintiendo ahora. Solo he querido regalarte los mejores de los días, pero tú me has regalado mucho más que eso sin saberlo.

—¿Y de qué ha valido?

—¿No te ha valido lo vivido, Natalia?

—Sí, pero ahora me lo arrancan todo de las manos. Sé que es una putada muy gorda lo que te está pasando y que se ha llevado un trozo de mi vida, pero, joder, quiero estar contigo.

»No me puedes subir al cielo para lanzarme al infierno. No quiero estar sin ti, Mateo, no quiero. No puedo aceptar esas decisiones tuyas, no las puedo aceptar.

Capítulo 18



Me había tomado cuatro cafés, dos tés y no me había metido nada de comer en el estómago. La impotencia y el dolor que sentía eran devastadores. En parte lo entendía, pero por otro lado era incapaz de estar de acuerdo con él.

Nos fuimos de la terraza para pasear un poco por la calle y que nos diera el aire. Yo era incapaz de articular palabra y llevaba un maldito nudo en la garganta. ¿Por qué la vida podía ser tan injusta? ¿Por qué le había tocado a él? ¿Por qué tenía que vivir lo más bonito del mundo para que luego me lo arrebataran de esa manera? Tenía ganas de chillar a todo pulmón, de sacar toda la rabia que llevaba dentro.

Maldita enfermedad que destroza a las personas.

Me llevaba del hombro y el silencio era el protagonista de cada paso que dábamos. En uno de esos momentos en los que mi cabeza no paraba de dar vueltas, lo frené en seco.

—No entiendo tu decisión, pero vas a salir de esta. Nos volveremos a ver, Mateo. —Lo abracé con todas mis fuerzas y rompí a llorar contra su hombro.

—Eres el motivo por el que sacaré fuerzas cada día, mi niña. Te quiero ya demasiado —dijo, roto por el dolor, mientras me apretaba con la misma intensidad—. No quiero estropear este día. Aún podemos sumar momentos.

—Vamos a sumarlos —respondí entre lágrimas—. Aunque tenga el corazón roto en mil pedazos, los vamos a sumar. No te mereces menos, Mateo.

Cogimos un taxi y le pedimos que nos llevara al centro comercial más grande de Marrakech. Nos dejó en Menara Mall.

Nada más entrar se notaba el contraste: restaurantes, bares y tiendas de todo tipo, para todos los gustos y bolsillos. Nos dedicamos a pasear sin rumbo fijo hasta que nos paramos frente a una joyería llena de piezas preciosas. Antes de que pudiera decir nada, Mateo tiró suavemente de mí hacia dentro. Llevaba las ideas muy claras.

Se fue directo a una pulsera de oro blanco con la mano de Fátima.

Yo pensé que era para un regalo, hasta que la pagó, me cogió la muñeca y me la colocó él mismo. Me quedé completamente a cuadros.

—¿Para mí? ¿Por qué te has gastado este dinero?

—Para que cada vez que mires tu muñeca te acuerdes de mí.

—Lo haría sin mirarla. —Rebufé, con un nudo raro en el pecho.

—Vamos, déjate mimar, pequeña. —Me abrazó de lado y besó mi piel con esa naturalidad que me desarmaba.

—Al que se te tiene que mimar es a ti, Mateo.

Me hizo un guiño y seguimos caminando, como si nada. La pulsera había costado casi trescientos euros; no era de las finitas, y se los había gastado en mí sin pestañear. Me sentía entre especial y profundamente apurada.

Por si fuera poco, terminó comprándome un perfume árabe, una camiseta y un bolso. Y fue ahí cuando ya me salí del centro comercial medio enfadada, porque no podía mirar absolutamente nada sin que él quisiera pagarlo.

—Te advierto que esta noche abres el Bizum y hacemos cuentas. —Le señalé con el dedo—. Me prometiste que no ibas a escaquearte.

—Ahora vamos a ir a un restaurante muy chulo —dijo, señalando al taxi en el que ya nos íbamos a montar.

—No me des la vuelta a la tortilla. Ni se te pase por la cabeza irte sin que yo te pague mi parte. Llevas pagando desde el desierto.

—Pues sí que me estás saliendo cara. —Se acomodó en el asiento de atrás y le dio la dirección al taxista.

—Ahora vamos a hacer los números durante la comida.

—Hemos dicho que por la noche…

—Te estoy viendo las intenciones y no me hace ninguna gracia. Tampoco debiste comprarme todas estas cosas.

Me ignoró por completo.

Sonreí mirando hacia delante, con toda la pasividad del mundo. Tonta no era. Sabía perfectamente que no estaba dispuesto a cogerme ni un euro. Aun así, a mí no me parecía ni justo ni ético. Nadie tenía que pagarme los placeres cuando yo tenía mi dinerito y podía hacerlo perfectamente por mí misma. Ese tira y afloja entre lo que yo sentía y lo que él hacía se me hacía cada vez más evidente. Era su manera de cuidarme, y la mía, de no querer deberle nada.

Fuimos a un restaurante precioso que, sorprendentemente, era japonés y tenía una variedad infinita de *sushi*. De nuevo volvía a sorprenderme. No sabía de dónde sacaba fuerzas cuando tenía algo tan grave encima. Cuánto dolía pensar en ello y qué desgarrada me sentía. Hacía de tripas corazón para regalarle sonrisas, aunque por dentro me estuviera muriendo de tristeza. Aun así, allí estaba, mirándome como si yo fuese lo único que importaba en ese momento.

A duras penas intenté disfrutar de cada pieza de *sushi* que ingería. La verdad es que estaban riquísimas y me sorprendieron gratamente. Mateo, como siempre, estaba de lo más cariñoso conmigo y siempre tenía un gesto afectivo que regalarme: una caricia distraída, un beso suave en la sien, su

mano buscando la mía bajo la mesa, como si necesitara comprobar constantemente que seguía allí.

Después de la comida nos fuimos a pasear por las afueras de la medina y de la plaza, alejados un poco para descubrir otra parte de la ciudad que también comenzaba a animarse. Era increíble cómo iban saliendo personas de todas partes conforme iba llegando la tarde. La ciudad parecía no tener fin, como si siempre guardase un rincón nuevo que mostrarte cuando creías haberlo visto todo.

Estuvimos andando hasta que nos alejamos tanto que tuvimos que coger un taxi de vuelta a la plaza, donde pensábamos cenar en la terraza en la que nos conocimos, el lugar donde todo empezó. Solo pensarlo me encogía el pecho.

Dicen que en ese país tienen el tiempo y nosotros el reloj, ese que en aquel momento corría a toda prisa sin poder frenarlo. Me daba pánico aterrizar al día siguiente en Sevilla y despedirme de él quizás para siempre, porque aunque mi corazón quería ser positivo, había una mínima posibilidad ahí que podía destrozarlo todo. Me sentía tan desolada que, aunque intentaba disimular, no podía esconder la tristeza que había en mí. Era una sensación constante, como un ruido de fondo que no se apagaba ni siquiera cuando sonreía.

Miraba hacia la plaza con las mismas vistas que el día que lo conocí y echaba la vista atrás. Ahora veníamos cargados de vivencias, momentos y recuerdos que hablábamos recordando unos días que habían sido increíbles en nuestras vidas. Nada había sido superficial; todo había tenido un peso, una intensidad que no se olvida.

Días de muchas risas, complicidad, de momentos en los que nos fundíamos buscando ser uno, días de descubrimiento y enriquecimiento personal. Días que daban paso a una realidad que no me había esperado en ningún momento. Días que iba a vivir cada día de mi vida en mí como el mejor y más triste de los recuerdos. Porque hay historias que, aunque breves, se quedan tatuadas.

No podía frenar el tiempo, pero sí exprimir cada segundo que me quedaba a su lado. No podía dejar de darle besos, abrazos y decirle mil veces que lo amaba. Ya no me daba vergüenza expresar mis sentimientos. Quería que se los llevase guardados en su corazón. No me importaba gritar a los cuatro vientos

que era el hombre de mi vida; sin duda lo era. No sabía si el futuro nos daría otra oportunidad, pero el presente lo estaba viviendo con todo.

Ahí empezó todo y ahí comenzaban las horas a descontar para separar nuestros caminos. Tenía un sabor tan agridulce que me aceleraba el corazón y, a su vez, sentía que me quedaba sin fuerzas.

Lo abrazaba con todas mis ganas, no podía dejar de hacerlo. Mañana ya sería demasiado tarde. Y ese pensamiento me partía por dentro.

Paseamos después de cenar una simple *harira* y nos adentramos por última vez por unas calles que estaban llenas de vida, esa que ahora me faltaba porque se me había truncado por completo. Cada paso era una despedida silenciosa.

Nos hicimos mogollón de fotos intentando captar todos los momentos. No regresamos tarde al riad porque queríamos dejar todo organizado para por la mañana, que tal y como desayunásemos teníamos que salir hacia el aeropuerto. Ninguno lo decía en voz alta, pero los dos sabíamos lo que significaba.

Entramos en la habitación esta vez flechados para dejar las cosas listas. Mientras colocaba todo bien en la maleta, las lágrimas caían por mis mejillas, lo mismo que le pasaba a Mateo. El silencio era la prueba evidente de nuestro dolor. No hacían falta palabras. El amor, en ese instante, pesaba más que cualquier despedida.

—Te voy a echar mucho de menos, Mateo —le dije llorando y abrazándolo con todas mis fuerzas.

—Yo también, preciosa mía —me decía meciéndome de un lado hacia el otro.

Terminamos desnudándonos y entregándonos por última vez. Entre lágrimas y deseo, así lo hicimos, en un momento que más que placentero fue profundamente doloroso. Nuestra última vez fundiéndonos en uno, sabiendo que no había un después inmediato, que ese instante era tan real como frágil.

Solo quería cerrar los ojos y quedarme entre sus brazos, detener el tiempo ahí, justo ahí. Me repetía una y otra vez que quizá todo era un mal sueño, que al despertar nada tendría que ver con la realidad y que él estaría bien, sano, fuerte, como siempre lo había sentido. Pero sabía que eso no iba a suceder.

Fingí que dormía, aunque no conseguí pegar ojo ni un segundo. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, atrapada en pensamientos que pesaban demasiado. Sentía que mi regreso sería el inicio de una etapa dura, una en la que iba a haber más silencios que risas, más nostalgia que calma.

Entre sus brazos me preguntaba qué nos depararía el destino. No tenía respuestas, solo una plegaria constante agarrada al pecho. Rezar cada día para que todo saliera bien, para que Mateo ganara esa batalla que no había elegido luchar. No se merecía otro final.

Dolor, rabia, tristeza, desolación…

Todo se mezclaba dentro de mí, sin orden ni tregua, mientras lo abrazaba sabiendo que, al amanecer, nada volvería a ser igual.

Capítulo 19



Me despertaba sin consuelo al saber que eran pocas las horas que faltaban para separar nuestros caminos. Era una sensación física, real, como si el pecho pesara más de la cuenta y el aire no entrara del todo en los pulmones.

Sentí cómo mis lágrimas caían sobre el pecho de Mateo. No intenté contenerlas. Él acarició mi cara despacio, con esa ternura suya que siempre conseguía calmarme un poco, aunque en ese momento no fuese suficiente.

—Vamos a ir a desayunar —susurró— y prométeme que no nos lo pondremos difícil.

Lo miré con los ojos empapados, intentando grabar cada rasgo en mi memoria.

—Mateo, te amo de una manera desmesurada —le dije entre sollozos, sin importarme ya medir las palabras.

—Y yo, mi vida —respondió con la voz quebrada—. Déjame ganar esta batalla.

—Más te vale, Mateo, más te vale —le advertí, apoyando la frente en la suya—. A mí no se te ocurra abandonarme como una muerta en vida. Vas a pelear como el guerrero que eres.

—Te lo juro —dijo con firmeza, aunque sus ojos lo delataban—. Y cuando eso pase, no permitiré que nada nos vuelva a separar.

Me dio un beso en los labios, lento, cargado de promesas y de miedo a partes iguales. Fue de esos besos que no se dan con la boca, sino con todo lo que llevas dentro. Me quedé unos segundos con la frente apoyada en la suya, respirándolo, intentando memorizar su olor, su calor, la sensación exacta de estar ahí con él. Repitiéndome en silencio que tenía que ser fuerte. Que no podía romperme todavía. Que ya habría tiempo para deshacerme cuando estuviera sola.

Subimos a la terraza y éramos los primeros. Todo estaba en silencio, como si la ciudad también supiera que ese momento era delicado y hubiese decidido respetarlo. El cielo empezaba a desperezarse poco a poco y el aire aún estaba fresco. La chica nos atendió enseguida y nos sirvió la bebida con una sonrisa suave, ajena al nudo que yo llevaba en el estómago y a la tormenta que se me estaba formando por dentro.

Mi cuerpo y mi mente no estaban preparados para asumir que no sabría nada de él durante mucho tiempo. Que llegaría un día, uno cualquiera, en el que descubriría si la vida le había sonreído… o no. Pensar en eso me descolocaba por completo. Iba a ser el peor año de mi vida, lo sentía, lo tenía clavado en el pecho como una certeza dolorosa de la que no podía escapar.

No solo por la espera, sino por la incertidumbre. El no saber. El imaginar escenarios que me desgarraban por dentro y otros a los que me aferraba como una loca para no hundirme. Vivir con ese miedo iba a ser una prueba diaria, constante y agotadora.

Nos servimos el café y nos agarramos las manos sobre la mesa, como si soltarnos pudiera hacer que todo se derrumbara de golpe. Él me acariciaba los dedos con el pulgar, una y otra vez, con un gesto casi inconsciente, como si ese pequeño movimiento pudiera anclarnos al presente y evitar que el tiempo siguiera avanzando. Me miraba con esa sonrisilla de medio lado, la misma que había usado tantas veces para quitarle hierro a las cosas, intentando ocultar sus miedos. Porque los tenía. Y yo los veía, aunque quisiera fingir que no.

Los reconocía en su forma de tragar saliva, en la tensión de su mandíbula, en esa manera suya de apretar un poco más mi mano cuando el silencio se alargaba demasiado. Estaba asustado. Mucho. Y aun así seguía intentando cuidarme.

—Te voy a echar mucho de menos —dije después de dar una calada al cigarrillo, notando cómo la voz se me rompía y me costaba terminar la frase. Sentía que cada palabra pesaba una barbaridad.

—Y yo, preciosa —respondió—, pero estoy seguro de que nos volveremos a ver.

—Más te vale —repetí, intentando sonar firme aunque por dentro me estuviera deshaciendo—, más te vale. A mí no me puedes dejar sola después de haberte encontrado.

—No puedo, cariño. —Me acarició la mejilla con suavidad, como si ese gesto pudiera protegerme—. No puedo ni debo.

Tragué saliva antes de atreverme a preguntar. Tenía miedo de escuchar la respuesta, pero aún más de quedarme con la duda, de convivir con ese vacío sin nombre.

—¿Te han dado muchas posibilidades?

—Hay posibilidades —contestó con honestidad—, pero todo dependerá de cómo responda al tratamiento experimental.

Sentí un vuelco en el estómago, como si el suelo se moviese bajo mis pies y me faltara el equilibrio de golpe. Me llevé la mano al pecho sin darme cuenta.

—¿Y te fías de que experimenten contigo?

—Claro —dijo con calma, con esa serenidad que solo podía tener alguien que sabía exactamente de lo que hablaba—. Muchas veces son los tratamientos que más oportunidades dan a los pacientes.

—Me cago viva, te lo juro —solté sin pensar, llevándome la mano al pecho, provocándole una pequeña risa que agradecí más de lo que él podía imaginar—. No te rías —añadí enseguida—, pero es que me descompone pensar que no voy a saber de ti y…

—Confía en mí —me interrumpió, apretándome la mano con más fuerza —. Solo confía en mí.

Lo miré en silencio, intentando creerle con todas mis fuerzas, aferrándome a su mirada, a su voz, a ese instante compartido como si fuera un salvavidas. Aunque el miedo ya se hubiera instalado dentro de mí, muy hondo, muy real, y supiera que no iba a marcharse tan fácilmente.

—Lo hago, pero, joder, la situación no ayuda.

—Más vale que desayunes fuerte si no quieres que me enfade. —Intentó bromear, buscando sacarme de ahí aunque fuera un segundo.

—¿Y qué hago con la pena?

—Te iba a soltar una burrada. Me lo has puesto a huevo. —Se rio.

—Ya sé lo que ibas a decir. —Se me escapó una risilla pequeña, triste, de esas que duran lo justo.

Desayuné a duras penas porque el tiempo ya se estaba agotando y tenía una pena tan grande que no me dejaba ni respirar. El café se me enfriaba en la taza y la comida parecía no tener sabor.

Bajamos a la habitación para coger nuestras cosas y entregar las llaves en la recepción. Cada gesto era automático, como si mi cuerpo se moviera solo. Nos dirigimos a la plaza, donde abordamos un taxi que nos llevó hacia el aeropuerto.

Iba mirando por la ventanilla mientras las lágrimas recorrían mis mejillas sin que pudiera frenarlas. Las calles pasaban borrosas y Mateo jugueteaba con mi mano, acariciándola, como si quisiera grabarse también ese contacto. Yo entrelazaba mis dedos con los suyos con fuerza, como si así pudiera llevármelo conmigo, esconderlo en algún rincón de mí donde nada ni nadie pudiera alcanzarlo. Quería congelar ese trayecto, quedarme atrapada en ese taxi para siempre.

¿Por qué era tan injusta la vida? ¿Por qué, Señor? No se merecía pasar por esto; demasiado que perdió a su bebé y a la mujer que amaba. ¿Por qué le pasaba esto? ¿Por qué, Dios mío, si ya lo habían puesto a prueba de bomba?

Nos dejó a la entrada del aeropuerto, donde me fumé un cigarrillo antes de entrar. Me temblaba todo el cuerpo; parecía que iba directa a la horca, sabiendo que lo que venía después iba a doler más de lo que jamás hubiera imaginado. Tenía las manos frías, las piernas flojas y un nudo en la garganta que no me dejaba tragar saliva. Nunca me había sentido tan pequeña, tan vulnerable, tan perdida.

Pasamos el control policial y, una vez dentro, nos pusimos cerca de la puerta de embarque hasta que nos llamaron para entrar. El aeropuerto bullía de gente que iba y venía, maletas rodando, despedidas rápidas, sonrisas nerviosas… y, sin embargo, para mí todo sonaba lejano, amortiguado, como si estuviera viviendo la escena desde fuera de mi propio cuerpo.

El avión despegó y nosotros íbamos con las manos entrelazadas, aferrados el uno al otro como si así pudiéramos detener el tiempo. Era cuestión de menos de una hora y media para que nuestros caminos se separasen por más de un año o para siempre. Solo pensarlo me atravesaba el pecho. Me parecía una crueldad medir el dolor en minutos. Saber exactamente cuánto faltaba para rompernos. Para pasar de ser nosotros a ser recuerdos.

Lloraba mirando las nubes, con la frente apoyada en la ventanilla, haciendo un recorrido mental por todo lo vivido en Marruecos: las risas, los silencios, el desierto, las miradas que no necesitaban palabras. Ese viaje se me iba a quedar grabado a fuego lento para toda la vida, como una cicatriz bonita y dolorosa a la vez.

No dejaba de abrazarme de lado y de darme besos en la sien, en el pelo, en la mejilla, mientras me decía que me amaba en voz baja, casi como un rezo. Yo intentaba responderle, pero las lágrimas no me dejaban articular palabras. Solo asentía, apretándole la mano, deseando que ese instante no se acabara nunca.

El dolor más grande que sentí fue cuando el avión aterrizó en Sevilla y supe, con una claridad devastadora, que mi vida se quedaba dentro de él. Que

todo lo que venía después sería cuesta arriba.

Salimos de la terminal y él fue tirando hacia un lado, donde le esperaba su hermano con el coche, y yo hacia los párquines, donde tenía el mío. Ese cruce de caminos fue como una puñalada lenta.

—No me digas nada, Mateo —dije abrazándolo con todas mis fuerzas, rota de dolor, clavando la cara en su cuello—. Solo quiero que luches por ti lo primero, luego por mí y finalmente por lo nuestro. Te voy a esperar cada día de mi vida hasta esa boda. No faltes a la cita, por favor, que me dejas muerta en vida.

—Te amo y te voy a amar cada día de mi vida —me dijo, sujetándome la cara entre las manos—. Confía en mí. Sacaré fuerzas de donde no las tengo.

Nos fundimos en un beso que duró largos segundos, de esos que saben a despedida, y nos separamos entre lágrimas de dolor, tristeza, rabia e impotencia. Me quedé mirándolo unos segundos más de los necesarios, intentando grabar esa imagen en mi memoria: su forma de estar, su mirada, su postura. Quería recordarlo fuerte. Vivo. Sonriendo.

Me dirigí hacia el coche destrozada, con el corazón en un puño y las piernas temblándome. Arranqué y salí del parquin para dirigirme a mi Cádiz, ese lugar en el que esperaba que los abrazos de mi familia y de mi amiga me ayudasen a llevar, aunque fuera un poco, ese dolor tan grande.

Durante el camino fui hablando con Marta, a la que le conté todo lo que estaba pasando. No se lo esperaba y también rompió a llorar; era tan sensible como yo, y su llanto al otro lado del teléfono me hizo sentir un poco menos sola.

Lloramos juntas mientras hablábamos y yo intentaba no quitar ojo de la carretera, aunque iba con una crisis de ansiedad muy grande, respirando como podía y agarrándome al volante con fuerza.

Durante todo el trayecto estuve en llamada con Marta, que no quería dejarme sola en un camino en el que sabía que mi cabeza podía jugarme una

mala pasada. Su voz era el único hilo que me mantenía anclada a la realidad. Si colgaba, sabía que me rompería del todo.

Marta me esperó a la entrada de Conil y, en cuanto me bajé del coche, nos fundimos en un abrazo. Ahí ya no pude más y rompí a llorar todavía con más fuerza. Nos sentamos a tomar un refresco en una cafetería cercana, intentando bajar un poco las pulsaciones.

—Es todo tan injusto —dije entre sollozos.

—Sí, pero yo lo comprendo a él —respondió—. Cuando hay personas que atraviesan esa enfermedad, no quieren mostrar esa parte débil, ni que los vean consumirse durante una etapa tan dura del tratamiento.

—Es tan buen hombre… —susurré.

—No me cabe duda —me dijo con ternura—. Le he cogido cariño hasta yo.

Marta se iba al día siguiente para Galicia, ya que había estado aquí una semana por lo de la tía. Justo en ese momento que me hacía tanta falta, pero claro, ella tenía su vida allí, con su pareja y sus obligaciones.

Estuvimos como una hora antes de irnos para mi casa, donde mis padres me recibieron entre abrazos largos, de esos que no preguntan nada, solo sostienen. Me miraban con preocupación, pendientes de que les contara qué había pasado, porque era evidente que estaba por los suelos, con la tristeza marcada en la cara y en el cuerpo.

—Pobre hombre —decía mi madre, negando con la cabeza, con los ojos vidriosos.

—No tuvo bastante con perder a su familia para ahora tener que enfrentarse a esto —añadió mi padre, con ese tono serio que solo usaba cuando algo le dolía de verdad.

—Cariño, confía en la vida y reza. Es lo único que te queda —me dijo mi madre, cogiéndome la mano con fuerza.

—Mamá, me voy a morir de la pena —dije entre lágrimas, sin poder contenerme, mientras Marta me acariciaba la espalda con suavidad, como intentando que no me rompiera del todo.

—Lo sé, hija —respondió—, pero aquí estaremos nosotros para ayudarte en este camino. No vas a estar sola.

Marta se quedó a comer con nosotros y, aunque fue una comida llena de tristeza y amargor por todo lo que había sucedido, sentí que al menos estaba arropada por los míos. Apenas probé bocado. El plato se quedó casi intacto delante de mí mientras escuchaba a mis padres hablar en voz baja y Marta intentaba sacar algún comentario para aliviar el ambiente, aunque todos sabíamos que no había mucho que aliviar.

Después de comer me despedí de Marta, que se iba para preparar las cosas porque salían a primera hora de la mañana. Él estaba allí con ella, pero tuvo el detalle de dejarnos a solas para que pudiera arroparme en esos momentos en los que me sentía completamente desbordada.

Me refugié en mi habitación y comencé a deshacer la maleta para echar la ropa a lavar. Cada prenda que sacaba era un recuerdo: el viaje, el desierto, las noches, su olor aún impregnado en algunas camisetas. Mi corazón latía fuerte, desacompasado, y mis fuerzas se iban desvaneciendo poco a poco. Ya lo echaba muchísimo de menos, como si hubieran pasado semanas en lugar de solo unas horas.

Eran las siete de la tarde cuando llegó un mensaje de Mateo al grupo. No me lo esperaba. El móvil vibró sobre la cama y, en cuanto vi su nombre, sentí que algo dentro de mí se tensaba, como si mi cuerpo supiera que lo que venía no iba a ser fácil de leer. Durante unos segundos, fui incapaz de abrirlo. El corazón me latía tan fuerte que me dolía el pecho. Cuando por fin reuní fuerzas y deslicé el dedo, leí:

Mateo: *Queridos compañeros y amigos de viaje: llegó el momento de poner la realidad encima de la mesa y que seáis conscientes de lo que me pasa.*

»No quise contar nada en el viaje para no ponerle mal cuerpo a nadie ni romper esos momentos tan bonitos y divertidos que estábamos pasando.

»De todas maneras, inicié esa aventura buscando un poco de calma y llenarme de buenas vibras antes de iniciar un proceso que es muy doloroso para mí. Tengo cáncer. Como médico, odio esa palabra que hoy me azota a mí.

»Ya hablé en Marrakech ayer con Natalia y la puse al tanto de todo, hasta de los sentimientos que habían nacido entre nosotros; mutuos por ambos lados.

»Tengo que despedirme. Espero que sea un hasta luego y pueda cumplir mi palabra de ir a la boda de Ismael e Isa, pero ahora me debo a mi tratamiento y, como le dije a Natalia, este proceso lo quiero pasar solo, sin que nadie vea la peor versión de mí. Quiero que todos me recordéis por lo que vivisteis a mi lado.

»Espero que me entendáis y comprendáis que necesito este espacio. Me voy a salir del grupo y bloquear todo lo que me lleve a ninguna información ni a dar explicaciones.

»Deseo con todo mi alma que nos encontremos en esa boda y volvamos a ser el grupo tan bonito que formamos durante tres intensos días que se quedaron guardados en mi corazón. Si por desgracia no estoy ese día, recordadme por el hombre que fui. Natalia sabe cuánto la amo y lo importante que es para mí. Ojalá algún día seamos nosotros los que podamos preparar nuestra propia boda, porque si de algo estoy seguro es que ella es la mujer de mi vida en estos momentos.

»Gracias por todo lo compartido y gracias por haber formado parte de un viaje que se convirtió en la mejor aventura y vitamina de mi vida. Os quiero.

Leí el mensaje entero sin parpadear, con la respiración contenida, como si al hacerlo pudiera frenar lo que estaba ocurriendo. Notaba las manos heladas, el móvil temblando ligeramente entre mis dedos y un pitido constante en los oídos que me impedía escuchar nada más. Cada frase era una despedida, y yo no estaba preparada para eso.

Acto seguido, salió del grupo y nos bloqueó a todos…

Fue ahí cuando el mundo terminó de venirse abajo. No hubo más palabras, ni opción a responder, ni un último «te quiero», ni un «aquí estoy». Solo el silencio. Un silencio brutal, definitivo, que me atravesó de lado a lado.

Me tiré en la cama en posición fetal, abracé a mi almohada como si pudiera ser él y lloré hasta quedarme sin fuerzas, hasta que el cuerpo ya no dio más de sí y el llanto se convirtió en agotamiento. La vida, sin avisar, me había arrancado todas mis ilusiones, mis sueños y lo que más quería en el mundo, dejándome sola con un dolor que no sabía aún cómo iba a aprender a sostener.

Capítulo 20



Tres semanas después, la vida seguía… pero yo no.

Habían sido tres semanas que no sabía ni en qué día vivía. Me levantaba por inercia, comía porque me obligaban y me acostaba con la sensación constante de que el pecho me pesaba más de la cuenta. El dolor no era solo emocional; se me había metido en el cuerpo, en los huesos, en la forma de respirar. Había momentos en los que sentía que todo me quedaba grande: la casa, la vida, incluso yo misma.

No lloraba todo el tiempo. Eso era lo peor. Había ratos de una calma rara, antinatural, como si algo dentro de mí se hubiese apagado para no seguir sufriendo. Y entonces me asustaba, porque prefería el llanto al vacío.

Lo mío no era un capricho. Era algo que se me había instalado dentro y no me dejaba avanzar.

Estaba tan mal que a mis padres no les quedó otra que llevarme a urgencias porque el tema comenzaba a pasarme factura.

Mis padres me miraban sin decirlo, pero los veía. Veía el miedo en sus ojos, la preocupación contenida, las noches sin dormir. Yo intentaba restarle importancia, fingir que estaba mejor, que solo era tristeza, que ya se me pasaría. Pero el cuerpo no miente. Y el mío estaba pidiendo auxilio a gritos.

En urgencias me sentí pequeña. Vulnerable. Como si de pronto hubiera retrocedido años y necesitara que alguien decidiera por mí porque yo ya no

podía.

Tras una primera exploración, me hicieron una analítica y nos mandaron esperar. Cuando el médico nos llamó, entramos los tres y…

—Señorita Romero, está embarazada.

No supe si aquello era un milagro o una crueldad más lanzada sin aviso. Durante unos segundos no pensé en cunas, ni en nombres, ni en futuros posibles. Mi mente fue directa a él. A Mateo. A nosotros. A todo lo que habíamos sido en tan poco tiempo y a todo lo que ahora no tenía forma de contarle.

Sentí miedo. Un miedo hondo, primitivo, de esos que se te instalan en el estómago y no te dejan ni respirar bien. No era solo por mí, era por esa vida que acababa de descubrir que crecía dentro, por la responsabilidad inmensa de traer un hijo al mundo sin saber si su padre estaría vivo mañana. Nunca, ni en mis peores escenarios, me había imaginado algo así.

Y, aun así, en medio de todo ese caos, algo se recolocó por dentro. Como si, entre tanta pérdida, la vida hubiese decidido dejarme un ancla. Un motivo al que aferrarme. Una razón poderosa para no rendirme del todo, aunque no tuviera fuerzas ni para levantar la cabeza.

Aquellas palabras fueron tan contundentes que mis padres y yo nos miramos incrédulos, sin saber qué decir, mientras las lágrimas comenzaban a caerme sin control por las mejillas. Era demasiada información de golpe. Demasiada vida abriéndose paso cuando yo aún estaba aprendiendo a sobrevivir.

Mi madre me agarró la mano y empezó a acariciarla con ese gesto suyo tan lleno de calma, como si quisiera transmitirla a través de la piel. Yo, sin embargo, estaba en otro lugar. Solo podía pensar en que no tenía forma de decirle a Mateo que había creado una vida en mí, que iba a ser padre, y que ahora tenía que luchar más que nunca. Ya no solo por nosotros dos, sino por todo lo que venía en camino.

Salimos de la consulta y nos sentamos en una terraza cercana. Necesitábamos parar, sentarnos, respirar. Mis padres pidieron algo de comer casi por inercia, como si mantener una rutina mínima pudiera sostenernos un poco por dentro. Yo apenas tenía hambre, pero terminé aceptando un plato de lentejas más porque ellos no lo pasasen mal que por apetito.

Mis padres eran esas personas que sabían estar sin invadir, acompañar sin presionar. En esa mesa pequeña, al sol de la tarde, no dejaban de regalarme palabras de aliento, intentando sujetarme mientras yo sentía que todo se me había movido por dentro.

—Qué putada es no poder decirle lo que está pasando —acabé diciendo, removiendo el plato sin ganas—. No sé en qué hospital trabaja, solo sé el barrio en el que vive, pero es enorme… y él me pidió que bajo ningún concepto lo buscara.

Decirlo en voz alta me hizo todavía más consciente de la impotencia. De tener algo tan grande entre manos y no poder compartirlo con la persona que más derecho tenía a saberlo.

—Cariño, el tiempo pone todo en su sitio y te dará todas las respuestas —me dijo mi padre, acariciándome la mejilla con una ternura que me hizo saltar las lágrimas de nuevo—. Ahora mismo no lo ves, pero llegará el momento.

Asentí, aunque no sabía si de verdad creía en esas palabras o simplemente necesitaba aferrarme a algo para no desmoronarme del todo.

Estaba embarazada y rota por el dolor, sí, pero aun así había algo que tenía muy claro. Mi hijo iba a nacer pasase lo que pasase, porque era el fruto de una historia de amor de verdad. Una de esas que no necesitan años para ser intensas, ni promesas eternas para dejar huella. Corta, sí, pero inmensa.

No fue una decisión que tomara en voz alta ni un pensamiento elaborado. Fue algo que se asentó despacio, en silencio, mientras me tocaba el vientre sin sentir aún nada. Ese hijo era mío. Nuestro. Y nadie me lo iba a arrebatar.

Mientras mis padres hablaban de médicos, de citas y de tiempos, cogí el móvil. Sentía la necesidad urgente de decírselo a alguien más, de sacar aquello

fuera de mí aunque fuese con pocas palabras. Le escribí a Marta, directa, sin rodeos.

Natalia: *Marta, estoy embarazada…*

Mi madre miró la pantalla de reojo y negó con suavidad.

—Hija, se lo podrías haber dicho de otra forma.

—Mamá, ¿para qué andar con rodeos? —respondí sin levantar la vista—. Lo que es, es lo que es.

Marta no iba a responderme con un mensaje, lo supe en cuanto le di a enviar. Ella necesitaba escuchar mi voz, sentirme al otro lado. Y no tardó en llamarme. Estaba impactada, claro, pero como esa amiga de verdad que siempre había sido, dejó a un lado el shock para regalarme ánimo, palabras suaves y la certeza de que no estaba sola en esto.

Me tocaba enfrentar un embarazo en el que, aunque iba a estar arropada por mis padres y rodeada de cariño, me iba a faltar la pieza principal del puzle: Mateo. Su ausencia pesaba más que cualquier otra cosa, incluso más que el miedo.

Cuando regresamos a casa, ya empezaba a caer la tarde. Me sentía agotada, como si el cuerpo hubiese decidido rendirse de golpe. El estómago seguía revuelto y la cabeza no dejaba de dar vueltas, pero aún me quedaba una cosa por hacer.

Tardé un rato en atreverme. Miraba la pantalla del móvil como si pesara toneladas. Contarlo era hacerlo real. Y yo todavía estaba aprendiendo a asumirlo.

Con un nudo en la garganta escribí al grupo de Marruecos, ese que había quedado en silencio desde que Mateo se despidió de todos.

Natalia: *Hola, familia.*

Todos comenzaron a darme las buenas tardes y a preguntarme cómo estaba. Se notaba la preocupación y el dolor que habían dejado las palabras de Mateo.

Natalia: *Bueno, imagino que todos estáis en shock, al igual que yo, desde que me enteré y mi vida se paralizó. Estoy intentando ser fuerte, como ya le dije a Isa y a Alejandra, que han estado mandándome mensajes en estos días. Hoy necesitaba escribiros.*

»No, no sé nada de Mateo ni tengo forma humana de hablar con él. No tiene redes sociales, no sé nada de su vida y solo me queda encomendarme a Dios y a la vida.

Ismael: *Ánimo, preciosa, que estoy seguro de que un día todos volveremos a abrazarnos y te veremos junto a él con esa luz que desprendíais.*

David: *Nati, confía en Dios y en todo a lo que necesites agarrarte. La esperanza es lo último que se pierde*.

Alejandra: *Ojalá pudiera abrazarte.*

Isa: *Yo aún no lo asimilo. No puedo ni imaginarme el dolor por el que estarás pasando.*

Natalia: *La historia continúa más fuerte que nunca…*

Alejandra: *¿Qué quieres decir?*

Natalia: *Hoy he descubierto que estoy embarazada…*

Ismael: *Se me acaban de poner los vellos de punta.*

David: *Eso es una señal, Nati.*

Alejandra: *¿¡Embarazada!?*

Isa: *Estoy flipando, eso es una señal de algo…*

Natalia: *Imaginad mi posición. Sola, sin noticias, esperando un hijo del hombre que amo y con los sentimientos a flor de piel. Voy a tirar para adelante; es más, no contemplo otra opción que traer al mundo el fruto del amor más grande que he vivido.*

Isa: *¡Esa es mi Nati!*

Alejandra: *Será nuestro sobrino.*

Natalia: *Agradezco vuestras palabras; sé que somos como una familia. Sois de lo más bonito que me llevé de ese viaje. Ahora me toca vivir este momento de la mejor manera posible, pero sentía la necesidad de haceros partícipes de esta noticia con la que me he encontrado.*

Ismael: *El bebé también está invitado a la boda.*

Natalia: *Gracias, lo sé. Me has sacado una sonrisa.*

Alejandra: *Pues aquí estaremos para sacarte miles de ellas. No dudes en decirnos si necesitas algo. Ya sabes que te queremos.*

Me sentía aliviada después de haberlos puesto al día de mi nueva situación. Al menos ya no cargaba sola con ese secreto que me pesaba en el pecho. Aun así, era una calma frágil, inestable, porque seguía sintiéndome perdida, más que nunca, caminando a ciegas por un terreno que no había elegido recorrer.

Dentro de mí comenzaba a formarse una nueva vida. Pensarlo me provocaba vértigo y ternura a partes iguales. Era el fruto del amor más grande que había sentido nunca por otra persona, un amor intenso, sincero, que había llegado sin avisar y que ahora dejaba una huella imborrable.

Sabía que no iba a ser fácil. La soledad y el vacío que me acompañaban no se podían llenar con palabras bonitas ni con buenas intenciones. Me preguntaba una y otra vez qué pensaría Mateo si supiera que iba a ser padre, cómo le cambiaría la mirada saber que había dejado algo suyo creciendo dentro de mí. Era injusto no tener manera de decírselo, injusto sentir que el tiempo avanzaba sin darme la oportunidad de compartir con él lo más importante de nuestras vidas.

Había buscado por todas partes, revisado internet, intentado encontrar algún hilo del que tirar, pero nada me llevaba hasta él. Mateo siempre había sido una persona discreta, prudente, alejada de las redes y de cualquier exposición innecesaria. Ahora esa misma discreción se había convertido en un muro imposible de atravesar.

Me acariciaba la barriga con un gesto casi instintivo y, aunque todavía no notaba nada, sabía que algo empezaba a tomar forma ahí dentro. Una vida que dependía completamente de mí, de mis cuidados, de mis decisiones, de mi fortaleza. Y aunque el miedo me acompañaba, tenía claro que iba a sacarla adelante, sola si hacía falta, dejándome la piel y el alma en el intento.

Para cenar, mi madre me preparó una sopita de pollo con tomate, de esas que siempre me habían reconfortado desde pequeña. Me senté a la mesa con ellos y, mientras la cucharilla golpeaba suavemente el plato, pensé en la suerte que tenía de tener unos padres así. Estaban ahí, firmes, sosteniéndome sin reproches, sin preguntas incómodas, ofreciendo solo brazos abiertos y amor del bueno, de ese que no exige nada a cambio.

—Hija, tómate los días que necesites.

—No, papá, ya sabes que me hace mucho bien trabajar. Estoy embarazada, pero no incapacitada.

—Bueno, ya sabes que con nosotros no tienes problemas.

—Lo sé —sonreí con tristeza.

Esas semanas el trabajo me había venido sorprendentemente bien. Mis padres tenían una empresa de logística de envíos nacionales que funcionaba viento en popa y yo llevaba la parte de administración. Entre papeles, números y gestiones, conseguía, aunque fuera a ratos, evadir la cabeza y obligarme a pensar en cosas prácticas, concretas, que no dolieran.

Aun así, era viernes y hasta el lunes no tenía que volver a la oficina, por lo que sabía que mi mente iba a dar más vueltas que un trompo. Sin horarios ni distracciones forzadas, los pensamientos solían colarse sin pedir permiso.

Necesitaba ocupar el tiempo en algo, cualquier cosa que me ayudara a pasar las horas sin pensar más de lo que ya lo hacía. Algo que mantuviera las manos ocupadas y la cabeza medio anestesiada.

Porque no era fácil perder, en cierto modo, al hombre que amas y, al mismo tiempo, concebir un hijo fruto de ese amor sin poder compartirlo con él. No era fácil asumir nada de aquello. Pero no me quedaba otra que aceptar la decisión que Mateo había tomado sin ser consciente de que la vida podía cambiar de esa manera. ¿Quién lo habría imaginado?

Sabía que tenía que esperar. Esperar noticias, señales, cualquier indicio de él. Pero también tenía claro que, si cuando naciera nuestro bebé no había dado señales de vida para la boda, lucharía por saber la verdad. Y, en el caso de que ya no estuviera, la ley tendría que reconocer sus apellidos. Porque era su padre y lo sería hasta el final de sus días, pasara lo que pasara.

Me tiré en la cama y cogí la tablet donde puse las fotos y los vídeos en modo diapositiva. Nuestras sonrisas, las miradas, esa conexión tan evidente incluso para quien no nos conociera… todo estaba ahí, congelado en imágenes que dolían y reconfortaban a la vez. Me preguntaba si él estaría viéndolas también, si en algún momento pensaría en mí como yo pensaba en él.

Eran tantas las preguntas sin respuesta que no encontraba consuelo. Solo recuerdos. Y un amor que seguía intacto.

Entre una imagen y otra, el móvil vibró sobre la colcha. El sonido me sacó de mis pensamientos como un pequeño sobresalto. Lo miré sin cogerlo durante unos segundos. Antes incluso de desbloquear la pantalla, ya sabía quién era. No fallaba nunca.

Marta: *¿Qué haces, cariño mío?*

Natalia: *Aquí, tirada en la cama, pensando en algo para distraerme en mis ratos libres. No quiero pasarme el día dando vueltas a la cabeza y llorando sin consuelo.*

Marta: *¿Por qué no te vienes dos semanitas en verano para aquí?*

Natalia: *Te juro por mi vida que lo había pensado. Posiblemente lo haré. No quiero pasar un verano entre llantos y encierros.*

Marta: *Sabes que aquí te daré todo el amor del mundo y haré que estés entretenida.*

Natalia: *Lo sé, preciosa. ¿Qué haría yo sin ti?*

Marta: *No lo sé, pero tampoco quiero saberlo. Ya sabes que somos un grano en el culo la una de la otra.*

Natalia: *El mejor de los granos de mi culo.*

Marta: *Pues ve planteándote venirte en julio, que lo tengo libre y Fermín trabaja.*

Natalia: *Vale, lo iré programando todo para esa fecha.*

Marta: *Tienes dos meses para preparar, así que ya sabes, sin excusas.*

Natalia: *No, no las pondré.*

Estuvimos un rato más hablando, hasta que nos despedimos con muchos emojis de corazones y abrazos.

Me deslicé en la cama y puse la cabeza en la almohada; sabía que el sueño tardaría en alcanzarme porque por las noches todo se volvía cuesta arriba. El día tenía ruido, conversaciones, tareas que me mantenían ocupada. La noche no. La noche era silencio, pensamientos que no daban tregua y preguntas sin respuesta. Me preguntaba si él estaría dormido, si tendría miedo, si habría alguien que le cogiera la mano cuando lo necesitara. Me abrazaba a la almohada imaginando su olor, su respiración tranquila, y me preguntaba si algún día sabría que iba a ser padre.

Capítulo 21



Dos meses después…

Con ese viaje en mente, las semanas se me fueron sin darme cuenta.

No porque estuviera bien, sino porque el cuerpo empezó a tirar hacia delante aunque el corazón se quedara anclado atrás. Me aferré al trabajo, a la rutina y a las pequeñas cosas que podía controlar: una cita, un análisis, una lista de tareas absurda que me hacía sentir que, al menos, no se me caía todo encima.

Habían sido meses de aprender a convivir con el dolor, de recomponerme como podía y de aceptar que la vida se había torcido… pero también de entender que me había dejado el regalo más grande: un bebé que venía en camino y por el que debía luchar cada día.

El grupo seguía escribiéndome casi a diario, mis padres me vigilaban sin decirlo y Marta me iba empujando hacia ese viaje como quien te abre una ventana cuando te falta el aire.

Y cuando quise mirar el calendario, ya estaba en la cita de los tres meses… y, al día siguiente, en un avión rumbo a Galicia.

—¡Ya voy! —le grité a mi madre, que me esperaba para acudir a la cita ginecológica.

Lo tenía todo preparado desde la noche anterior porque al día siguiente cogía un vuelo a Galicia para pasar quince días con Marta. Solo pensarlo me arrancaba una ilusión que llevaba tiempo sin sentir, como si ese viaje fuese un pequeño salvavidas al que aferrarme.

Mi padre nos esperaba en la puerta, ya montado en el coche, listo para llevarnos a la consulta privada del ginecólogo. Durante el trayecto apenas hablamos. Cada uno iba sumido en sus propios pensamientos, intentando no darle demasiadas vueltas a lo que estaba a punto de pasar.

Conseguimos aparcar a pocos pasos de la consulta. La enfermera nos recibió con una sonrisa amable y nos hizo pasar a la sala de espera. En pocos minutos nos atenderían, pero a mí la espera se me hizo eterna. Tenía una mezcla de nerviosismo y expectación que no me dejaba estar quieta; no paraba de mover la pierna, hasta el punto de poner nerviosos a mis padres, que intentaban mantener la calma por los tres.

Entraron conmigo y mi madre fue la que se colocó a mi lado. Cuando el sonido del latido comenzó a escucharse, sentí cómo se me encogía el pecho. Entonces, las palabras del ginecólogo terminaron de despejar cualquier duda.

—Es una niña y veo que, por ahora, todo está perfecto.

Las lágrimas empezaron a recorrerme las mejillas sin que pudiera evitarlo. Bajé la mirada hacia mi muñeca, donde llevaba la pulsera de oro con la Mano de Fátima que me regaló Mateo, y la besé con cuidado, como si ese gesto lo trajera un poco más cerca.

—Fátima viene en camino —dije en voz baja, sentenciándolo más para mí que para nadie.

Mi madre sonrió, emocionada.

—Un nombre antiguo, pero de mucho peso y muy bonito.

—De muchísimo peso y significado para mí —respondí entre lágrimas.

Sabía que no era de los nombres más habituales ni de los que estaban de moda, pero me daba igual. Fátima tenía que ser. Por la pulsera, por la historia tan bonita que iba ligada a ella, por lo que habíamos vivido allí, por todo lo nuestro. Tenía que llamarse así.

Al salir de la consulta, mi padre nos dejó en casa y se fue directamente a trabajar. Yo me había tomado el día libre y, como ya he comentado, al día siguiente salía hacia Galicia, algo que me llenaba de una ilusión difícil de explicar.

Nada más llegar, le mandé la ecografía a Marta. No tardó ni un minuto en llamarme.

—¿Qué te han dicho que es?

—Una niña. Se va a llamar Fátima.

—Ay, como la Mano de Fátima que te regaló en pulsera. ¡Qué bonito!

—Ese nombre tiene mucho significado para mí —le dije—. Está ligado a una historia de amor muy bonita.

—Tengo muchísimas ganas de que llegue mañana y verte aparecer por la terminal del aeropuerto.

—Yo también, cariño. Las horas se me van a hacer eternas.

—¿Ya tienes todo preparado?

—Sí. La maleta grande lista, el bolso tote con las cosas del pelo y el maquillaje… y mi bolsito.

—Te como, cariño mío. Qué ganas de abrazar tu barriguita.

—Es muy pequeñita, pero ya tiene forma —sonreí, acariciándome casi sin darme cuenta.

—Sí, se te nota en las fotos que me mandas. Es una pasada.

Colgamos y me quedé unos segundos mirando la pantalla en negro, con esa sensación tibia que dejan las conversaciones que reconfortan. Entonces me acordé del grupo de Marruecos, ese que, desde hacía semanas, no fallaba ni una mañana en preguntarme cómo estaba, en hacerme sentir acompañada incluso en la distancia.

Natalia: *Hola, hola. Aquí os dejo la eco de mi niña. Se llamará Fátima.*

Alejandra: *¡Muero de amor! Y con el nombre, más todavía. Yo me leí la historia de la Mano de Fátima y quedé prendada. Sé que tiene que ver con Marruecos y con vuestra historia.*

Isa: *¡Vamos a ser titos de una nena!*

Ismael: *Felicidades, preciosa. Que esa niña sea la luz que ilumine tu camino. Es muy bienvenida a esta otra familia.*

David: *¡Una niña! La mimada del grupo, seguro. Bonito nombre, se llama como mi madre.*

Natalia: *Estoy muy ilusionada, de verdad. Esto me está ayudando muchísimo. Quería daros las gracias de verdad por no haberos olvidado de mí ni un solo día, la empatía y el respeto que estáis teniendo con todo esto. Aunque nunca os lo haya dicho, quiero que sepáis que os quiero mucho a cada uno y que sois una parte muy bonita de mi vida y de mi historia.*

Alejandra: *Para nosotros tú también eres muy importante. Tú, la niña y, por supuesto, Mateo, al que no queremos ni podemos olvidar, por mucho que nos cueste mencionarlo. Estoy segura de que ese guerrero está luchando una batalla que va a ganar. Algo me dice que en esa boda estaremos todos juntos.*

David: *Te queremos mucho, Natalia. Y como dice mi mujer, a Mateo ni lo olvidamos ni le olvidaremos. Mientras haya esperanzas, confío en que volverá más fuerte de todo esto.*

Isa: *Tengo un nudo enorme en la garganta leyéndoos. Duele pensar que Mateo esté pasando por eso y perdiéndose algo tan bonito como la llegada de un hijo. Te queremos, Natalia, lo queremos a él también, y esa bebita va a tener a sus dos padres. Tengo una corazonada muy fuerte y toda la fe puesta en ello.*

Natalia: *Gracias, chicos. De verdad. Sé que tengo mucho en vosotros. Y como dice Manuel Carrasco, es muy bonito sentir que siempre estáis ahí y que, en cierto modo, cuidáis de mí.*

Dejé el móvil sobre la mesa con una sensación de alivio en el pecho. No borraba el miedo, pero lo hacía más llevadero.

—Hija, la comida ya está en la mesa —dijo mi madre, asomándose por la puerta entreabierta.

—Ya voy. ¿Ya llegó papá?

—Sí, lo vi por la ventana aparcando.

Justo entonces se escuchó la puerta de la calle y sus pasos entrando en casa. Nos fuimos a la cocina y comimos los tres juntos, algo que, sin darnos cuenta, se había vuelto más habitual en las últimas semanas.

Mi madre había preparado unas chuletitas a la plancha con patatas. Tenía un hambre que me crujía el estómago y devoré el plato casi sin respirar.

—Menos mal que el apetito lo has recuperado —dijo mi padre con una sonrisa tranquila—. Por cierto, ¿a qué hora te tengo que llevar mañana al aeropuerto?

—A las ocho. El vuelo sale a las doce y tenemos que ir con tiempo, que voy a facturar la maleta grande.

—Por mí no hay problema, ya sabes que soy de madrugar.

—Yo también iré con vosotros —añadió mi madre sin dudar.

—Perfecto —sonreí, agradecida.

—Te he preparado un bote de pimientos asados, de los que le gustan a Marta, de los que yo hago —continuó—. Lo he cerrado bien y lo he metido en una bolsa para que no te manche nada.

—Ella y tus pimientos… —Me reí, negando con la cabeza—. Está claro que no puede vivir sin ellos.

—Hija, cuando vuelvas, si quieres ir comprando la habitación de la niña, ya sabes que hay dos libres y puedes coger la que más te guste. Nosotros te la regalamos.

—No, papá, habitación por ahora no —respondí con suavidad—. En todo caso, compraré una cómoda para la mía y el moisés, pero no quiero montar nada todavía. Ya sabéis lo importante que es para mí esperar a saber qué pasó con Mateo.

—Tranquila, hija —dijo—. Solo queremos que sepas que, todo lo que vayas necesitando, cuentes con nosotros para regalártelo.

—Gracias… sois los mejores padres del mundo —sonreí, con un nudo en la garganta.

Llamaron a la puerta y fui yo a abrir. Un repartidor, cargado con un gran ramo de flores, preguntó por mí y me lo entregó con una sonrisa.

—Mirad lo que me ha llegado —dije dejándolo con cuidado sobre la encimera de la cocina mientras cogía la nota.

—Qué bonito es, hija —comentó mi madre, acercándose.

«Tus chicos de Marruecos celebran la llegada de Fátima.
Un nombre lleno de historia, fuerza y amor.
Sé feliz, a pesar de todo y de las circunstancias.
Sé feliz porque la vida sigue abriéndose camino.

Tus cuatro parientes árabes.»

Las lágrimas se me escaparon sin poder evitarlo. Les enseñé la nota a mis padres y ellos se emocionaron igual que yo. Conocían a los chicos de haberlos visto alguna que otra vez en videollamadas y de haberlos saludado. Sabían lo importantes que habían sido para mí y el hueco tan bonito que habían ocupado en mi vida.

Puse las flores en un jarrón y lo coloqué sobre la mesa del salón. Después les escribí para darles las gracias. En realidad, quien más iba a disfrutarlas sería mi madre, porque yo me marchaba al día siguiente, pero solo recibirlas ya había sido un chute de alegría que me llenó por dentro.

Metí el bote de pimientos en la maleta y la cerré para no abrirla más. Ya tenía todo listo para salir al día siguiente y esa sensación me provocaba una ilusión grande. Porque, a pesar del dolor y la tristeza que seguían ahí, sentía que quería ganar, aunque fuera un poco, también a la vida.

Capítulo 22



Tomaba mi vaso de leche de almendras antes de salir hacia el aeropuerto, aún con la casa en ese silencio de primeras horas que siempre me había resultado reconfortante. Mis padres se tomaban su café despacio, mirándome de reojo, como si quisieran grabarse cada gesto, mientras me deseaban solo cosas bonitas para esos días que iba a pasar con mi mejor amiga, esa a la que siempre había sentido como una hermana de vida.

Durante el trayecto iba perdida en mis pensamientos, imaginándome el momento en el que mi niña llegara al mundo y pudiera tenerla por fin entre mis brazos. ¿A quién se parecería? ¿Tendría los ojos de Mateo, su sonrisa, esa forma suya de mirar que parecía ver más allá? Fátima se estaba convirtiendo, sin darme cuenta, en mi motor, en mi razón de ser y en el motivo más poderoso para no tirar la toalla y no dejarme vencer por la tristeza.

Llegamos al aeropuerto y mi padre estacionó el coche con esa tranquilidad suya que siempre conseguía transmitirme algo de calma. Me acompañaron a facturar y nos despedimos entre risas forzadas, abrazos largos y miradas cargadas de emoción. Sabían lo importante que era para mí ese viaje, lo necesario que iba a ser para recomponerme un poco por dentro y tomar aire.

Me acomodé en mi asiento de ventanilla, el que había elegido y pagado sin dudar, porque necesitaba mirar al cielo, perderme en las nubes y dejar que el tiempo pasara. Cuando el avión comenzó el descenso, sentí un cosquilleo en el estómago más intenso que cualquier otro que hubiera experimentado hasta entonces. Sin pensarlo, me llevé la mano a la barriga y la acaricié con una sonrisa leve, casi tímida.

Mateo no se me iba de la cabeza ni un solo segundo. Pensaba en él constantemente, en cómo estaría, en si tendría días buenos o malos, en si sabría cuánto lo necesitábamos. Si pudiera hacerle llegar todo lo que se me removía por dentro, todo ese torbellino de emociones estaba segura de que sería un chute más de fuerzas para seguir luchando.

El chico de la sonrisa eterna, del corazón noble y de los sentimientos puros. El hombre de mi vida y el padre de la hija que venía en camino, fruto de un amor tan intenso como breve, pero tan real que había dejado una huella imborrable.

El vuelo se me hizo eterno. La impaciencia por aterrizar y reencontrarme con Marta me tenía el cuerpo en tensión. Necesitaba ese abrazo como quien necesita respirar hondo después de mucho tiempo aguantando bajo el agua.

Aterricé en Vigo y me dirigí directa a recoger mi maleta. Tuve la suerte de que fue de las primeras en salir, así que no me dio tiempo a desesperarme ni a ponerme nerviosa.

Al cruzar las puertas de la terminal de salida la vi enseguida. Marta me esperaba con un cartel enorme que decía que me quería con toda su alma. Me eché a reír al instante. ¿Podía ser más mona? No lo creo.

Fuimos hacia su coche y emprendimos el camino hacia Porriño, el pueblo donde vivían. Un lugar precioso, rodeado de verde, con su casa apartada en una especie de aldea que siempre me había transmitido paz. Nada más llegar sentí que ese entorno me iba a venir bien.

—Vino no te puedo ofrecer —me dijo nada más entrar—, pero esta limonada que he hecho y que me ha salido de vicio sí que puedes tomar.

—Perfecto —respondí con una sonrisa sincera.

—Buenas tardes. —Escuchamos de pronto.

Era Fermín, que acababa de llegar de la sucursal del banco en la que trabajaba.

—Hola, Fermín. —Me levanté para saludarlo y nos fundimos en un abrazo cálido y cercano.

—Te sienta muy bien el embarazo, estás muy guapa —me dijo con naturalidad.

—Eso es por los ojitos tan bonitos con los que me miráis —respondí, agradecida, sintiéndome por primera vez en mucho tiempo un poco más ligera.

Marta había preparado de comer unas gambas al ajillo que olían a gloria, una ensalada de frutos secos y fruta fresca, y unos filetes de lomo con alioli que daban ganas de olvidarse de cualquier norma alimenticia.

Nos pusimos las botas con el pan tostado que sacó del horno, cortado en tiras, al que le untábamos el alioli y le colocábamos encima los filetes aún calientes. Me encantaba y rezaba para no repetirlo después. Cuidaba mucho mi alimentación, era consciente de que ahora tenía que hacerlo más que nunca, pero estaba de vacaciones y quería disfrutar sin culpas, con cabeza, sí, pero disfrutando.

Después de comer nos sentamos en el porche, donde se estaba de lo más fresquito. Nada que ver con el calor asfixiante del sur. Allí el aire corría suave, se respiraba verde y calma, y el cuerpo lo agradecía.

Marta tenía una vida tranquila en Galicia. Trabajaba en una tienda de ropa de una cadena grande y se la veía feliz, asentada, en paz. Había construido su vida allí junto a Fermín, ese hombre al que conoció en un viaje suyo al sur y del que se enamoró sin remedio. Siempre pensé que su historia tenía algo bonito, algo muy suyo.

Por la tarde salimos a dar una vuelta por el pueblo y aprovechamos para ir al súper, porque le faltaban varias cosas. Se me fueron los ojos detrás de unas chuletitas de cordero que tenían una pinta brutal. Me recordaron inevitablemente a Marruecos, a aquella comida con Mateo que aún llevaba grabada en la memoria. Marta las metió en el carro sin pensarlo dos veces.

—Para mi niña, todo lo que quiera —dijo guiñándome un ojo.

Me encantaba cómo me cuidaba, cómo normalizaba todo sin dramatismos.

Con ella sabía que tenía asegurados unos días bonitos, de esos que te reconcilian un poco con la vida. Y no me equivocaba. Al día siguiente nos fuimos las dos a pasar el día a Vigo.

Vigo es la ciudad más grande de Galicia, en plena Rías Baixas. Se mostraba moderna, viva, con ese aire de ciudad en la que encuentras de todo lo que puedas necesitar. A pesar de ser una de las más pobladas de la provincia y de contar con uno de los puertos más importantes del mundo, tenía algo acogedor, cercano, que no sabría explicar.

Los contrastes entre su arquitectura más actual y la zona antigua eran espectaculares. Siempre se decía que la ciudad más bella de Galicia era Santiago de Compostela, pero Vigo tenía un encanto distinto, una energía propia que te atrapaba sin hacer ruido.

Marta me metió directa en la tienda oficial del Celta de Vigo y empezó a mirar estanterías como si aquello fuera lo más normal del mundo. Yo la observaba sonriendo, hasta que la vi detenerse frente a la sección infantil.

—No me mires así —dijo sin girarse—. Esta niña va a ser gallega honorífica.

Cogió unos baberos con el escudo del club y una mini camiseta de seis meses.

—Marta… —Intenté protestar, pero ya era tarde.

—Ni se te ocurra decir que no —añadió—. Fermín va a llorar de la emoción cuando la vea con esto puesto.

—Mi hija va a salir futbolera antes que dormir del tirón. —Me reí.

—Va a salir, querida —respondió mirándome por encima del hombro—. Y eso es lo único que importa.

Me quedé callada. Porque tenía razón. Porque, sin decirlo, estaba asegurándome de que a esa niña no le iba a faltar amor.

Una vez que salimos de la tienda, nos fuimos a comer a un restaurante precioso, con mesas al aire libre. Nos sentamos en una de ellas, a la sombra, y pedimos pasta a la carbonara y unas vieiras de entrante.

Durante unos minutos hablamos de cosas sin importancia: de ropa, de viajes, de anécdotas absurdas. Hasta que Marta dejó el tenedor en el plato y me miró con esa cara que solo pone cuando va a ir al fondo.

—¿Cómo estás… de verdad? —preguntó en voz baja.

Suspiré antes de responder.

—Mejor —dije—. No bien, pero mejor.

—Eso ya es mucho —asintió—. No tienes que estar fuerte todo el tiempo, ¿sabes?

—Lo sé… —Bajé la mirada—. Pero ahora hay alguien más.

—Y esa alguien tiene a la madre más valiente que conozco —dijo, estirando la mano para tocarme la muñeca—. Y te lo digo yo, que te he visto rota.

Tragué saliva.

—A veces me siento culpable por sonreír.

—No lo seas —me cortó—. La alegría no borra el dolor. Conviven. Y tú tienes derecho a las dos cosas.

No hizo falta decir nada más. Seguimos comiendo en silencio, pero ya no era un silencio pesado, sino uno compartido.

Pasamos un día redondo. Y los siguientes no se quedaron atrás. Uno de ellos lo dedicamos a la famosa excursión en barco de los mejillones. Entre explicaciones, risas y bandejas que no dejaban de llegar, creo que casi los echo por los ojos de todo lo que comimos, pero fue una experiencia preciosa, de esas que se disfrutan sin pensar demasiado y que se guardan como un recuerdo bonito.

Cada día tomábamos un camino distinto, sin planes cerrados ni prisas. Recorrimos pueblos tan emblemáticos como Marín, Sanxenxo o Mondariz, descubriendo rincones con encanto, paseando sin rumbo fijo y dejándonos llevar por esa sensación tan agradable de no tener que llegar a ningún sitio a una hora concreta.

Yo me sentía ligera, algo que no tenía nada que ver con el peso, sino con el alma. Y tenía claro que, si cogía algún kilo durante esos días, no podía echarle la culpa al embarazo, sino a lo bien que se comía en unas tierras con una gastronomía tan deliciosa como generosa, de esas que te invitan a sentarte, alargar las sobremesas y disfrutar sin remordimientos.

Fermín era un tipo fácil, de los que suman. Nos daba nuestro espacio sin necesidad de pedirlo. El sábado y el domingo sí que se vino con nosotras, pero el resto de la semana volábamos a nuestras anchas. Él se quedaba en casa cuando regresaba del trabajo y nosotras salíamos de turismo. Eso sí, siempre volvíamos para cenar juntos, compartiendo el día y las risas.

El último día, los padres de Fermín organizaron una barbacoa en su casa. Se reunieron sus hermanos, primos y tíos, y desde el primer momento me hicieron sentir una más. Me acogieron con una naturalidad y un cariño que decían mucho de ellos y del pueblo gallego en general, de esa forma tan suya de abrir las puertas —y el corazón— sin hacer ruido.

Nos reímos muchísimo porque Fermín tenía un sobrino de siete años, Francisco, que era un auténtico terremoto. No paraba quieto ni un segundo y parecía disfrutar especialmente escondiendo todo lo que encontraba a su paso. A mí me tenía a carcajada limpia; había algo en su manera traviesa y descarada que me recordaba lo bonito de la infancia, esa que todavía no conoce las heridas del mundo.

Fue un día de risas, sobremesas largas y comilonas de las que te dejan el cuerpo cansado y el alma contenta. De esos que se disfrutan sin mirar el reloj.

Cuando regresamos a casa de Marta, decidimos preparar unas infusiones y salimos a tomarlas al porche. La noche estaba templada, de esas que no dan pereza, y se respiraba una calma que en el sur rara vez se encuentra en verano. No se escuchaba nada más que algún grillo y el rumor lejano del viento entre los árboles.

Me acomodé en la silla con las piernas en alto y Marta me miró con esa sonrisa suya que siempre sabía leerme por dentro.

—¿En qué piensas? —me preguntó, mirándome fijamente.

—En todo lo que viene —respondí sin adornos—. En cómo va a ser mi vida dentro de unos meses. En quién voy a ser cuando deje de ser solo yo.

Marta asintió despacio.

—Eso asusta más que cualquier otra cosa —dijo—. No es solo tener un hijo, es cambiar de piel.

—Exacto —suspiré—. A veces me miro y no sé si sigo siendo la misma o si ya estoy empezando a convertirme en otra persona.

—Las dos cosas —sonrió—. Sigues siendo tú, pero con alguien más dentro. Y eso no te resta, te transforma.

Me quedé pensativa, mirando la oscuridad del campo.

—Me da miedo hacerlo mal —confesé—. No estar a la altura. No saber qué hacer cuando llegue el momento.

—Eso es buena señal —respondió—. Los que no se hacen esas preguntas suelen ser los que más fallan.

Solté una risa suave.

—Siempre tan tranquilizadora…

—Para algo soy tu amiga. —Me guiñó un ojo—. Además, no vas a estar sola. Ni aquí ni cuando vuelvas.

Apoyé una mano sobre la barriga casi sin darme cuenta.

—Aquí he dormido mejor —admití—. Y he pensado menos. No en él… sino en mí.

—Eso también es necesario —dijo—. No todo tiene que girar siempre alrededor del mismo dolor.

Nos quedamos en silencio unos segundos, cómodas, sin esa urgencia por llenar el espacio. Luego Marta rompió el momento con una sonrisa traviesa.

—Eso sí —añadió—, cuando empiecen los antojos raros, no seré yo quien tenga que levantarme a las tres de la mañana a por nada.

—Tranquila —me reí—, para eso están los abuelos primerizos desesperados… porque su padre se va a perder hasta eso.

No lo dijimos con tristeza, sino como una verdad suspendida en el aire.

—Sea como sea —continuó Marta—, esa niña va a crecer rodeada de amor. Y tú también.

Me levanté y la abracé fuerte, de esas veces en las que no hacen falta palabras.

—Gracias por traerme aquí —le dije—. Lo necesitaba más de lo que pensaba.

—Para eso están las amigas —respondió—. Para sostenerte cuando tú no puedes.

Entramos en casa cuando el fresco empezó a notarse y, al acostarme esa noche, sentí algo que hacía tiempo no reconocía del todo: una calma pequeña, frágil, pero real.

Los días pasaron volando, pero los aprovechamos al máximo. Cuando Marta me llevó al aeropuerto, nos despedimos entre abrazos largos y promesas de vernos pronto. Ella tenía pensado bajar para Navidad y el nacimiento de mi hija estaba previsto para enero, así que nos veríamos ya en la recta final del embarazo. Pensarlo me llenó de ilusión.

El vuelo despegó y, una vez más, todos los recuerdos desde que conocí a Mateo se agolparon en mi cabeza sin pedir permiso. Me preguntaba cómo estaría, si seguiría pensando en mí, si conservaría ese amor que me había confesado con tanta verdad. Iba a ser padre y ni siquiera lo sabía. Esa idea me apretó el pecho durante todo el trayecto.

Habían sido dos semanas preciosas y llevaba la maleta hasta arriba de productos de la tierra que Marta me había ido preparando con mimo. Antes de embarcar, compré una tarta de Santiago para mis padres, un pequeño gesto que me hacía sentir que volvía a casa con algo más que recuerdos.

Aterrizamos en Sevilla y el comandante nos dio la bienvenida anunciando las altas temperaturas que se registraban en la ciudad. Nada fuera de lo normal para finales de julio.

Mis padres me esperaban y me recibieron entre abrazos y besos, como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que nos vimos. Paramos a mitad de camino en una venta para comer, ya que eran casi las dos y media de la tarde. Mientras compartíamos mesa, empecé a contarles mis días en Galicia, aunque no había dejado de hablar con ellos ni un solo día y les había mandado fotos casi a cada rato.

—Se te ve más feliz, hija —me dijo mi padre con una sonrisa tierna, de esas que no necesitan explicación.

—Estoy esperando un bebé y, a pesar del dolor y la tristeza que llevo dentro, quiero sacar lo mejor de mí para que llegue al mundo rodeado de amor

y con la mejor de mis sonrisas, aunque a veces duela hacerlo —dije con la voz serena, pero firme.

—Por un hijo se mueven montañas —respondió mi madre, mirándome con orgullo y una certeza que me sostuvo.

Y tenía razón.

De vez en cuando empezaba a notar algo en mi interior. No era constante ni fuerte, apenas un aviso suave, pero yo sabía que era Fátima, haciéndose notar a su manera. Era una sensación nueva, casi mágica, que me arrancaba una sonrisa cada vez que sucedía. Había una vida preciosa creciendo dentro de mí, y eso lo cambiaba todo.

Terminamos de comer y retomamos el camino hacia Conil. Menos mal que en el coche se iba fresquito, porque fuera el calor era sofocante y el termómetro rozaba los cuarenta grados. El verano andaluz no perdonaba.

Al llegar a casa me encontré con una sorpresa inesperada: una cesta de primera puesta enorme que me había comprado mi tía Teresa, la hermana de mi madre. Era pronto, lo sabía, pero tampoco podía frenar a nadie cuando lo hacía desde el cariño. Me hizo muchísima ilusión. La coloqué con cuidado en un ladito de mi escritorio, ese que ocupaba toda una pared y que ahora empezaba a llenarse de vida y de futuro.

Me metí en mi cuarto a deshacer las maletas y llevé a la cocina los chorizos, panes y botellas que Marta me había ido metiendo casi a escondidas. Había rozado el límite de peso, pero la azafata, con una sonrisa cómplice, había hecho la vista gorda.

Mi padre no tardó ni un minuto en cortar un poco del chorizo picante y probarlo con el pan rústico de nueces que había traído. A los dos les encantó, y ese gesto tan simple me hizo sentir de nuevo en casa.

Hogar dulce hogar. Ese lugar donde las penas pesan un poco menos gracias a los abrazos de los padres. Donde vivir no es una opción, sino una necesidad, porque había demasiado por venir. Yo solo pedía salud: para mi hija y para el padre de esta. Todo lo demás ya estaba en manos del destino.

Cada noche me abrazaba a la almohada e imaginaba que descansaba sobre los hombros de Mateo. No podía imaginar cuánto lo echaba de menos. Ni lo mucho que seguía habitando en mí, incluso en silencio.

Capítulo 23



Había pasado unas Navidades que ni yo misma me aguantaba. No estaba feliz. No estaba ilusionada. Estaba cansada, triste y con una sensación constante de ir arrastrando algo muy pesado por dentro. Enero llegó y se me hizo cuesta arriba desde el primer día.

La madrugada en la que rompí aguas no grité ni me puse nerviosa. Me quedé quieta unos segundos, mirando el techo, como si el cuerpo hubiese tomado la decisión antes que yo.

—Papá… —susurré desde la puerta de su habitación—. Creo que es ahora.

No hizo falta decir nada más.

Nos subimos al coche camino del hospital de Cádiz, el único sitio donde me sentía segura para parir. Me daba confianza. Siempre había sabido que quería que mi hija naciera allí. El trayecto se me hizo irreal, como si estuviera ocurriéndole a otra persona. Yo solo respiraba y pensaba en no perder el control.

—Tranquila, cariño, vamos bien —me decía mi padre, apretándome la mano.

Al llegar me pasaron enseguida. Registro, monitores, preguntas que respondía casi en automático. Tras una primera valoración, la matrona levantó la vista.

—Vamos a ir preparando la epidural.

Asentí, muerta de miedo. Mis padres no me soltaban las manos. Yo intentaba agarrarme a ellos como si fueran un ancla. Pensaba que en cualquier momento aquello iba a doler más de lo que yo pudiera soportar. Pensaba en Mateo. Pensaba que debería estar allí.

Y entonces todo se precipitó.

—No, no va a dar tiempo —dijo el médico con rapidez—. Ha dilatado muchísimo. La niña viene ya.

Me entró un miedo repentino, de esos que no te avisan y te aprietan el pecho de golpe.

—Papá… —dije, buscándolo con la mirada.

—Estoy aquí —respondió sin soltarme—. No me voy a mover.

Mi madre no pudo entrar. Era demasiado aprensiva y lo sabía. Mi padre se quedó conmigo, firme, entero, sujetándome la mano como si pudiera sostenerme el cuerpo entero con ese gesto.

—Empuja, Natalia. Vamos, cariño, empuja.

Fátima nació con cuatro empujones. Cuatro. Y llorando con una fuerza que me atravesó de arriba abajo. En cuanto escuché su llanto, rompí a llorar yo también. Mi padre se agachó, me besó la frente y lloramos juntos, sin decir nada.

Cuando me la pusieron sobre el pecho, se me olvidó todo. El miedo, el dolor, el ruido. Todo. Era tan pequeña, tan perfecta, que me costaba creer que ese pedacito de vida fuera mío. Y de Mateo.

—Hola, mi amor… —le susurré, con la voz rota—. Aquí está mamá.

Ojalá él hubiera podido verla. Ojalá pudiera haber sentido lo mismo que yo estaba sintiendo en ese instante.

El parto había sido sorprendentemente bueno. Tan rápido que casi no me dio tiempo a asimilarlo. No me cogieron ni un solo punto y, cuando por fin me llevaron a la habitación, sentí un cansancio raro, distinto, pero también una calma que no había sentido en meses.

Me di una ducha casi del tirón. El agua caliente me recorría la espalda mientras pensaba que, hacía apenas unos minutos, mi vida había cambiado para siempre. Mi padre decía que parecía una soldado, que no daba la sensación de haber pasado por una batalla como aquella.

—Si no te veo yo parir, no me lo creo —bromeó desde la puerta.

Sonreí. Me sentía sorprendentemente bien. Físicamente, al menos.

Mis padres no se separaban de la cunita de plástico del hospital. Se quedaban mirándola como si temieran que desapareciera si apartaban la vista. Mi madre la observaba en silencio, con los ojos brillantes, y mi padre no dejaba de repetir lo bonita que era.

—Mira qué manitas tiene… —susurraba—. Igualitas que las tuyas de pequeñita.

Esa noche se quedó a dormir mi madre conmigo. Yo no quería estar sola. Necesitaba sentir que había alguien allí, cerca, vigilando que todo seguía siendo real.

A la mañana siguiente nos dieron el alta.

Fátima apenas lloraba. Solo se quejaba cuando tenía hambre y, en cuanto la enganchaba al pecho, se calmaba de inmediato. Aquello me parecía casi mágico. Como si, a pesar de todo, supiera exactamente dónde tenía que estar.

En casa ya estaba preparado el moisés que mis padres le habían comprado, además de un roperito lleno de ropa de primera puesta. Todo olía a nuevo, a limpio, a comienzo. La casa seguía siendo la misma de siempre, antigua pero

reformada, con habitaciones grandes y techos altos. La mía era enorme, mucho más grande que muchas habitaciones de matrimonio de ahora, y durante esos días se convirtió en nuestro pequeño refugio.

Marta bajó a conocerla a los pocos días. Había estado en Navidad, pero no quería perderse esos primeros momentos.

—Es preciosa, Nati… —me dijo con lágrimas en los ojos mientras la cogía —. Preciosa de verdad.

Los chicos del grupo estaban completamente volcados. Me llegaron regalos sin parar y yo no dejaba de mandar fotos de Fátima a cada rato. Los tenía a todos enamorados. Y eso, aunque no lo curaba todo, me hacía sentir menos sola.

Aun así, los días eran agridulces.

Tenía a mi hija en brazos, sana, preciosa, creciendo cada día… y al mismo tiempo, la ausencia de Mateo pesaba como una losa. No podía comunicarle nada. No sabía absolutamente nada de él. Y los días, las semanas y los meses iban cayendo uno detrás de otro, lentos, pesados.

La niña fue creciendo. Esos primeros meses no fueron fáciles, pero los fui sacando adelante como pude. Dormía poco, estaba cansada, pero no me quejaba. A los cuatro meses tuve que quitarle el pecho porque ya necesitaba más comida. Me dio pena, pero también sentí que estaba haciendo lo correcto.

Capítulo 24



Y entonces llegó junio.

Faltaban dos semanas para la boda y el tiempo parecía avanzar con una mezcla rara de prisa y lentitud. Los días pasaban, pero cada uno pesaba más que el anterior. Todo el mundo hablaba de detalles, de horarios, de vestidos, de nervios bonitos… y yo asentía, sonreía cuando tocaba y hacía ver que estaba ahí, presente. Pero por dentro iba a otro ritmo.

Ismael me llamó un par de veces esos días. No para insistir, no para incomodarme, sino para comprobar cómo estaba.

—No hemos tenido confirmación por parte de Mateo —me dijo en una de esas llamadas, con cuidado—. Ni por mensaje, ni por nadie.

Yo ya lo sabía. O, al menos, lo intuía.

—Si no ha dado señales hasta ahora… —Dejé la frase en el aire.

—Eso es lo que me preocupa —añadió—. Para venir necesitaría la ubicación, saber cómo llegar, organizarse… y no tenemos nada de él.

Colgué con un nudo en el estómago. Una parte de mí seguía esperando un milagro, una llamada a última hora, un «estoy aquí». Pero otra, cada vez más cansada, empezaba a asumir que quizá esa batalla no la había ganado.

Lloré mucho esos días. No de forma constante, sino a ratos, como llegan las tormentas de verano: intensas, inesperadas y difíciles de contener. Había momentos en los que me convencía de que, si Mateo estuviera bien, ya habría dado señales. Y esa idea me dolía casi tanto como pensar lo contrario.

Aun así, yo iba a ir a la boda. Con mi hija. Lo tenía claro desde el principio. Se lo había prometido a Isa y a Ismael, pero sobre todo me lo había prometido a mí. Iría por mí, por Fátima… y también por él.

Después de la boda, cuando regresara a Cádiz, comenzaría el camino legal. Hablaría con los abogados de la empresa de mi padre y haría todo lo necesario para que mi hija fuese reconocida como hija de Mateo. En ese momento solo llevaba mis apellidos, sí, pero eso no significaba que no tuviera padre. Lo tenía. Presente o no. Vivo o no. Era el hombre más maravilloso que había conocido en mi vida y eso nadie podía borrarlo.

Preparar el vestido fue casi terapéutico, aunque no lo buscara. Un día salimos mis padres, la niña y yo a dar un paseo por Cádiz, sin ninguna intención especial, solo para despejar un poco la cabeza. Entre una cosa y otra acabamos entrando en El Corte Inglés. Yo no iba pensando en comprar nada, pero ocurrió.

Me enamoré de uno largo, con tirantes finos y la espalda cruzada. Era rosa pastel, con unas florecitas pequeñas bordadas en dorado. Sencillo, elegante, sin exceso, justo lo que me apetecía en ese momento. Me lo probé y supe que era ese, sin darle muchas más vueltas.

Era de firma y mi padre, antes de que pudiera decir nada, se adelantó.

—Este te lo regalo yo —dijo—. Porque te lo mereces.

Para Fátima elegí un vestidito del mismo tono, con corte princesa. Pequeñito, delicado y precioso, de esos que te hacen sonreír nada más verlos colgados. A sus cinco meses ya era una bebé grandecita y muy despierta, de las que parecen enterarse de todo lo que pasa a su alrededor.

Abría los brazos cada vez que me veía y se volvía loca con sus abuelos, que no podían pasar por delante sin robarle un beso. Yo la miraba y sentía, sin

necesidad de pensarlo demasiado, que todo —lo bueno y lo malo— había merecido la pena por ella.

La boda se iba a celebrar en una especie de cortijo en el que había habitaciones para los invitados más allegados y para nosotras hubo una, al igual que para Alejandra y David.

Mi padre me llevó hasta Jaén, a la misma finca, y se quedó con mi madre en la ciudad para pasar los tres días que yo iba a estar en la celebración.

Alejandra y David llegaron a la misma vez que yo, un día antes del enlace y la fiesta. Fue muy bonito reencontrarnos entre abrazos y lágrimas. A la niña me la quitaron rápido de las manos.

—Pero mírala… —susurró Alejandra, balanceándola con cuidado—. Si es que parece una muñequita.

—Tiene los ojos de él —dijo David sin pensarlo demasiado, y al instante se quedó serio—. Perdona…

—No —respondí negando despacio—. Tiene muchas cosas suyas. Y me gusta.

Alejandra levantó la vista y me sonrió con los ojos brillantes.

—Va a ser muy querida, Nati. Muchísimo.

No, Mateo no estaba entre los invitados. No llegó a comunicarse nunca con ninguno de nosotros y yo, a pesar del dolor tan grande que sentía, iba asumiendo que, por desgracia, había perdido la batalla.

Cuando pasase la boda y regresara a Cádiz, tenía claro y hablado con los abogados de la empresa de mi padre que íbamos a comenzar un litigio legal para que se reconociese a Fátima como su hija. Se lo merecía, aunque ya no estuviera en ese mundo en el que me hacía tanta falta. Era evidente que ya no iba a estar nunca más.

Fátima estaba como loca de unos brazos a otros. Es verdad que David y Alejandra, que no se separaban de mi lado, estaban todo el tiempo pendientes de ella, como si me quisieran dar un descanso.

—Oye, ¿y esta niña cuándo duerme? —bromeó David mientras la tenía apoyada en el hombro.

—Cuando decide ella —contesté con una media sonrisa—. Ya va marcando carácter.

—Eso es cosa de familia —dijo Isa riendo—. Mira qué atenta está a todo.

—Es que no se pierde una —añadí—. Como su padre.

Desde que llegamos no dejaban de agasajarnos con comida y bebida. Yo me había tomado dos copas de vino, pero paré porque no quería comenzar a sentirme mal con una bebé a mi cargo, aunque sabía que allí había muchas manos dispuestas a ayudar. Aun así, la responsabilidad era mía.

Alejandra era muy cariñosa y no dejaba de darme caricias en la espalda, besos en la mejilla y abrazos de consuelo por el momento tan duro y triste que estaba pasando. En aquellos momentos me sentía más bajita que nunca porque, aunque no dijera nada, allí estaban los chicos en pareja y yo echando tanto de menos a Mateo.

Alejandra se me acercó y me pasó un brazo por la espalda.

—Si necesitas salir un momento, yo me quedo con ella —me dijo en voz baja—. No tienes que ser fuerte todo el rato.

—Solo un segundo —respondí, tragando saliva—. Ahora vuelvo, voy al servicio.

En dos ocasiones dije que iba al servicio cuando la realidad es que iba a llorar. La vida había sido muy injusta con Mateo y no iba a tener la oportunidad de conocer a su hija. Eso me partía el alma.

Isa también iba y venía entre tanta locura y no dejaba de colmarme de palabras bonitas y abrazos, al igual que su casi marido. Eran todos conmigo muy cariñosos y atentos; eran conscientes de lo difícil que era para mí estar allí faltando esa pieza del puzle tan esencial.

Estuvimos hasta la una de la madrugada entre charlas, disfrutando de una noche que se volvía un poco fresquita, para bien de todos nosotros, porque el calor había sido asfixiante durante la tarde.

Me metí en la habitación con la pequeña y la acosté en la cuna portátil que había traído. Comencé a mensajearme con Marta y a desahogarme.

Marta: *¿Qué tal estás de verdad?*

Natalia: *Aguantando. Me alegro por ellos, pero duele.*

Marta: *Normal. No te exijas más de la cuenta.*

La realidad es que estar allí me hacía mucho daño. Me alegraba mucho por Isa e Ismael y quería acompañarlos en su día, pero era todo un esfuerzo mental que me dejaba de lo más agotada.

Marta me consolaba como buenamente podía. Yo solo quería que todo aquello pasase rápidamente e irme a mi casa, estar con mi familia y comenzar a admitir que Mateo no estaría más en nuestras vidas.

Lloré abrazada a la almohada mientras me prometía a mí misma que sacaría las fuerzas suficientes para que mi hija no conociera una madre infeliz. Ella era mi vida y quería darle lo mejor de mí. No se merecía crecer entre tristezas, esas que, por desgracia, vivirían en mí para toda la vida.

Capítulo 25



Y llegó el día del enlace. Me desperté antes de que sonara el despertador, con esa sensación rara en el pecho que mezcla nervios y cansancio. Me prometí a mí misma disfrutarlo hasta donde pudiera, a pesar de todo. Isa e Ismael se merecían un día lleno de recuerdos bonitos, de esos que se guardan para siempre.

Arreglé primero a la pequeña, con mimo, tomándome mi tiempo, como si al hacerlo también me calmara a mí. Después me metí en la ducha mientras Alejandra se quedaba con ella. El agua caliente me ayudó a respirar hondo y a centrarme. Cuando salí, me vestí despacio, sin prisas, mirándome al espejo solo lo justo.

—Estás preciosa —me dijo Alejandra con una sonrisa sincera al verme ya lista.

—Vaya bombón… —añadió David, que tenía a Fátima apoyada en un brazo, con una naturalidad que me enterneció—. Y esta niña, ni te cuento.

Los desayunos nos los habían subido a la habitación. Fue un detalle precioso, porque así nadie iba con el tiempo justo ni con los nervios disparados. Desayunamos entre risas suaves, comentarios sueltos y miradas cómplices. La noche anterior solo nos habíamos quedado los novios, Alejandra y David, y nosotras. Imaginaba que esa misma noche, después de la fiesta, el cortijo se llenaría por completo.

Poco a poco comenzaron a llegar los invitados. Se iban acomodando en las sillas colocadas frente al altar, a ambos lados, mientras sonaban murmullos, saludos y algún que otro abrazo contenido. El ambiente era bonito, sencillo, muy ellos.

Nos sorprendió que a nosotros cuatro nos reservaran asientos en primera fila. Un gesto pequeño, pero que sentí como un abrazo.

El subteniente del pueblo ocupó su lugar para oficiar la boda. Ajustó unos papeles, aclaró la voz y miró al frente.

—Por favor, que vengan los testigos.

David se levantó sin dudar y, al hacerlo, me agarró de la mano y tiró suavemente de mí. La niña se había quedado en la falda de Alejandra.

—¿Nosotros somos los testigos? —pregunté en voz baja, completamente descolocada—. ¿Esto es una broma? A mí no me ha dicho nadie nada…

—Tú confía —susurró David con una media sonrisa.

Subimos al altar y nos giramos para esperar a los novios. En ese momento empezó a sonar *Todavía*, en la voz de La Niña Pastori. La música me recorrió entera, como si algo dentro se hubiera puesto en alerta.

Y entonces lo vi.

Todo el lateral izquierdo estaba lleno de caras conocidas. Mis padres. Mi familia. Todos allí, mirándome, sonriendo, con los ojos brillantes.

—¿Qué es esto…? —pregunté en alto, sin entender nada.

Y entonces pasó.

Me fallaron las piernas y me dejé caer al suelo, llorando, al darme cuenta de que era Mateo quien avanzaba por el pasillo hacia mí.

Mateo.

Mi Mateo.

Los aplausos estallaron a mi alrededor. Escuchaba voces, gritos de ánimo, emoción desbordada. Levanté la cara entre lágrimas y lo vi frente a mí, con nuestra hija en brazos.

—Aquí me tienes —dijo con la voz firme—. Para siempre.

—¡Mateo! —grité, lanzándome hacia él sin pensar, aferrándome a su cuello como si fuera lo único real en ese momento.

Me rodeó con un brazo, con cuidado de no despertar a la niña, y apoyó la frente en la mía.

—Y ahora solo quiero preguntarte una cosa… —susurró—. ¿Quieres casarte conmigo ahora?

—Pero ahora se casan Ismael e Isa —dije entre lágrimas, completamente descolocada, sin entender nada de lo que estaba pasando.

—De eso nada —gritó Isa desde uno de los asientos, donde había estado escondida todo ese tiempo—. Yo me caso dentro de dos semanas. —Hizo una pausa teatral antes de rematar, con una sonrisa que lo decía todo—. Lo que pasa es que os engañé diciendo que tenía que cambiar la fecha precipitadamente para darte la sorpresa.

La miré sin reaccionar. Mi cabeza iba demasiado lenta para todo aquello.

—Mateo… —susurré mirándolo, con la voz rota—. ¡Estás vivo! —grité de repente, incapaz de contenerme.

Las risas y los aplausos estallaron a nuestro alrededor.

—Y con mi familia deseando que dé este paso —añadió él, señalando hacia el otro lado, donde los suyos saludaban felices con la mano, algunos con

lágrimas en los ojos.

—Mateo… —volví a decir, sin poder articular nada más.

Me eché a llorar todavía más y me lancé a su boca, besándolo como si necesitara comprobar que era real. En ese preciso instante, Fátima me soltó un manotazo en la cara, torpe y espontáneo, y los dos rompimos a reír entre lágrimas.

—Te prometí que, cuando regresara, sería para siempre —me dijo, apoyando la frente en la mía.

—Sí —respondí sin dudar, abrazándome a su cuello con todas mis fuerzas —. Sí, me quiero casar contigo.

El hombre que oficiaba el enlace comenzó a hablar, pero yo apenas escuchaba nada. Seguía llorando, desbordada de felicidad, intentando asimilar que me estaba casando con Mateo, al que hacía apenas unos minutos había dado por perdido. Incluso por fallecido. Pensarlo todavía me daba vértigo.

Era mi boda. La habían preparado en apenas diez días. Y yo me iba a casar con el hombre de mi vida. Mi hija iba a crecer con su padre presente. Todo aquello parecía un milagro.

Mateo tomó el anillo con manos firmes y me miró como solo él sabía hacerlo.

—Querida Natalia, te pongo este anillo en señal de amor infinito por ti y por la familia que ahora tenemos. Has sido mi aliciente para luchar una doble guerra a la que me tuve que enfrentar. No fue fácil, pero mis ganas pudieron. —Hizo una breve pausa, respiró hondo y continuó.

»No eres una mujer más en mi vida. Eres la segunda mujer de mi vida, porque tuve la suerte de amar a otra que se quedó para siempre en mi corazón.

No me molestó. Al contrario.

—Claro, mi vida —le dije, sin soltarle la mano—. Ella y vuestro hijo siempre estarán en tu corazón, y nadie podrá ocupar su lugar.

Asintió, emocionado.

—Eres lo mejor que me ha pasado después de todo lo vivido. Sois lo mejor —dijo mirando a Fátima, que seguía en brazos de Alejandra—. No ha sido fácil para ninguno de los dos, pero hoy no solo nos unimos en matrimonio.

»Hoy empezamos oficialmente nuestra familia. —Me miró de nuevo—. Gracias por respetar mi silencio, por entenderme y por esperarme cada día de tu vida. Te amo con todo mi corazón.

—Yo también te amo, mi vida —respondí entre sollozos, mientras los aplausos llenaban el aire.

Sellamos nuestro enlace con un beso largo, de esos que saben a final y a principio a la vez. Firmaron como testigos Alejandra y David. Ismael apareció con una botella y dos copas; brindamos y las lanzamos hacia atrás, girándonos después con alivio al comprobar que no habíamos golpeado al pobre hombre que había oficiado la ceremonia.

Entonces abracé a mis padres con todas mis fuerzas. Habían sido cómplices silenciosos durante los últimos días y, como luego me confesaron, se habían mordido la lengua más de una vez. Pero sabían que aquel final merecía cada segundo de espera.

Carlos, el hermano de Mateo, fue el primero en acercarse. Venía sonriendo, con los ojos brillantes, y me abrió los brazos sin pensárselo dos veces.

—Cuñada —dijo, antes incluso de abrazarme—. Un año y pico escuchando cada día hablar de ti. Por fin te conozco.

Me apretó con cariño, como si nos conociéramos de toda la vida. Yo solo lloraba y asentía, incapaz de articular una sola palabra. Todo me sobrepasaba. Era demasiado bonito para procesarlo de golpe.

Después vinieron mis suegros. Se les notaba la emoción en la cara, esa mezcla de nervios y felicidad que no se puede disimular. Me abrazaron con fuerza, dándome la bienvenida a la familia, repitiendo una y otra vez que ya tenían una hija más. Sentí ese calor sincero, de gente buena, y se me volvió a hacer un nudo en la garganta.

No faltó nadie de mi familia. Estaban todos allí. Miraba a mi alrededor y tenía la sensación de estar viviendo una escena que no me correspondía, como si fuera un sueño prestado. Jamás imaginé que aquel viaje acabaría siendo para mi propia boda.

Mateo y yo volvimos a fundirnos en un abrazo, largo, necesario, y rompimos a llorar otra vez. Sin pudor. Sin frenos.

—Tenemos la hija más bonita del mundo —me decía, apretándome fuerte contra su cara, como si necesitara sentirme para creérselo.

—Sí, Mateo —respondí, sonriendo entre lágrimas—. Y además se parece a ti.

—No sabes lo que me recorrió el cuerpo cuando, hace diez días, Ismael me dijo que había sido padre y que tenía que hablar contigo urgentemente —confesó en voz baja.

—Diez días que te has perdido de paternidad. —Le piqué, intentando bromear—. Ya sabes, espabila, que ahora me toca a mí descansar.

Él se rio, con esa risa suya tan limpia, mientras me miraba como si lo tuviera todo delante.

—Yo, el padre y marido más feliz del mundo —dijo—. Tú descansa, que ahora me encargo yo de todo.

Lo miré con una mezcla de incredulidad y emoción.

—¿De verdad todo esto es cierto?

—Sí, cariño —respondió sin dudar.

—¿Ya estás limpio?

—Completamente. —Me guiñó un ojo.

Y entonces me asaltó la pregunta inevitable: ¿de verdad existía así, de golpe, la felicidad? ¿En serio la vida me estaba devolviendo todo lo que tanto había amado? ¿No estaría soñando? ¿Me había casado de verdad con Mateo?

Cogí una copa de vino blanco y me la bebí de un trago. Tenía demasiado que digerir y necesitaba una pequeña ayudita para asumirlo todo. Me había casado con Mateo. Así, sin previo aviso.

La celebración fue de lo más campera y sencilla, justo como a mí me gustaba. Me encantó ver cómo iban pasando los canapés, cómo llenaban las mesas de montaditos, ibéricos, pescadito frito… Todo tenía un aire cercano, familiar, sin artificios.

Mateo estaba guapísimo. Tenía el mismo aspecto que cuando lo conocí en Marruecos, aunque un poco más delgado, como era lógico después de todo lo vivido. Aun así, irradiaba luz.

Fátima se reía a carcajadas con su padre, que no dejaba de hacerle muecas y tonterías para arrancarle sonrisas. Yo los miraba y sentía que esa escena, esa imagen concreta, era la que había soñado tantas noches. Y ahora la estaba viviendo en primera persona.

Marta lloraba a mares todo el tiempo abrazada a mí. Por supuesto, ella también estaba allí con Fermín y había sido otra de las grandes cómplices de todo aquello. Cada vez que me miraba, negaba con la cabeza, como si todavía no pudiera creer lo que estaba pasando.

Todo había sido tan mágico e intenso que no dejaba de beber, casi sin darme cuenta, intentando asimilar lo que nos había caído encima de golpe. Era como si mi cabeza necesitara un poco de ayuda para procesar tanta emoción junta.

Mi suegro tuvo muchísimo arte y, en un momento dado, me sacó a bailar unas sevillanas. Tenía clase hasta para eso, y yo me dejé llevar entre risas y aplausos. Su hermano Carlos, en cambio, era un auténtico cachondo y nos tenía a todos a carcajadas con sus comentarios y ocurrencias. No había forma de tomarse nada demasiado en serio con él cerca.

Mateo y yo bailamos *Yo no me doy por vencido*, de Luis Fonsi. Fue un momentazo. De esos que se te quedan grabados para siempre. Todo el mundo empezó a cantar a pleno pulmón mientras nos miraban, algunos grabando, otros llorando, otros simplemente sonriendo sin decir nada.

—¡Lo que pasó en el desierto se queda aquí hoy! —gritó Ismael levantando la copa.

—¡Viva! —respondieron todos a la vez.

De repente, la música se paró y la atención se fue hacia una pantalla. Comenzó a sonar *Todavía*, la misma canción que había sonado en el altar justo cuando me di cuenta de que era él. Empezaron a salir diapositivas de nuestra historia en Marruecos, de lo vivido allí, de nuestras miradas, nuestras sonrisas, esos momentos que parecían tan lejanos y que, sin embargo, habían sido el principio de todo.

Fue demasiado bonito. Demasiado emocionante. Volví a romper a llorar como una niña pequeña, sin poder evitarlo.

—Mañana nos vamos de luna de miel… —me dijo Mateo, acercándose a mi oído.

—¿Adónde? —pregunté aún con los ojos brillantes—. ¡No tengo nada preparado! ¿Y la niña?

—La niña se viene con nosotros —respondió tranquilo—. Y tu madre os ha hecho las maletas.

—Intuyo que no me vas a decir adónde…

—Volveré a sorprenderte —dijo antes de darme un beso en los labios.

Me iba de luna de miel. Así, sin más. Yo estaba flipando en colores. Menos mal que trabajaba en la empresa de mi padre, porque de lo contrario me habrían puesto de patitas en la calle. Bueno… trabajaba, porque ahora, casada, ni siquiera sabía muy bien dónde iba a vivir, aunque con mi padre siempre podía seguir trabajando de manera telemática.

Cogí una borrachera que disfruté como una enana. De esas que no pesan, que no duelen, que solo te hacen reír. Me pasé la noche comiéndome a besos a mi recién marido, abrazando a mi familia, a mis amigos y a mi nueva familia, esa que me había caído tan bien como su hijo.

Se notaba la educación, la forma de ser, la calidad humana que tenían. Y yo, sinceramente, no podía creerme estar viviendo un final tan de película… después de haber pensado que todo estaba perdido.

Capítulo 26



Desperté con una sensación extraña y maravillosa a la vez. Durante unos segundos no supe dónde estaba ni por qué tenía el pecho tan lleno. Luego abrí los ojos, vi a Mateo dormido a mi lado y lo recordé todo de golpe.

—Madre mía… —susurré para mí—. Me he casado.

Fátima dormía en su cunita portátil, ajena a que sus padres habían vivido el día más surrealista de sus vidas. Mateo respiraba tranquilo, con ese gesto sereno que tanto había echado de menos. Me acerqué despacio y le besé el hombro.

—Buenos días, marido —murmuré.

Abrió un ojo y sonrió antes incluso de hablar.

—Buenos días, esposa. ¿Sigues aquí o ha sido un sueño?

—Sigo aquí… y tú también —le contesté emocionada.

Se incorporó lo justo para mirarme, pasó la mano por mi cara y me besó con calma, sin prisas, como si el mundo se hubiese detenido.

—¿Preparadas para irnos a una aventura con final feliz?

—Sí, contigo al fin del mundo.

La pequeña, al escucharnos, empezó a balbucear a su manera, como si quisiera participar en la conversación. Mateo la cogió en volandas con cuidado y la colocó en medio de los dos.

Se la comía a besos sin ningún pudor y la miraba con una complicidad y un amor tan sinceros que me erizaban la piel. El día anterior prácticamente se lo había pasado entero con ella en brazos, sin querer soltarla ni un segundo.

Estaba loco por su hija. Y lo que viví aquel día me dejó claro que Mateo no solo era el hombre de mi vida, sino un hombre de verdad, de los que están, de los que cuidan, de los que suman. Un padre y un compañero como cualquiera desearía tener a su lado.

Nos vestimos y bajamos a desayunar. Aún estaban los padres de Mateo, su hermano, mis padres y los chicos, incluida Marta con Fermín. El ambiente seguía siendo relajado, con esa resaca emocional bonita que dejan las noches importantes.

A primera hora ya se habían marchado algunos, pero después de desayunar. Habían sido los primeros en acostarse; los demás habíamos alargado la fiesta hasta casi las tres de la mañana, como si nadie quisiera que aquello terminara.

Yo ya sabía que Mateo era médico, pero el día anterior descubrí que, además, era pediatra. Me hizo muchísima gracia y, para qué negarlo, también me tranquilizó. Saber que mi hija iba a crecer con un padre así, que además entendía su mundo desde dentro, me llenó de una calma difícil de explicar.

—¡Nos vamos de luna de miel! —gritó Alejandra dando palmas como una niña chica.

—¿Cómo que nos vamos? —pregunté riendo, sin terminar de entender nada.

—Vosotros disfrutasteis una parte de la mía y ahora te jodes, que vamos todos.

—¿Y nosotros qué? —soltó Marta, dejándome aún más descolocada.

—¿En serio? —le pregunté a Mateo, que me respondió con un guiño cómplice.

—Además —añadió Alejandra—, debéis tener quien os cuide a la niña por las noches para que deis rienda suelta a la pasión.

—No, la niña, no —dijo Mateo sin dudarlo, apretándola contra su pecho como si alguien se la fuera a quitar.

Las risas fueron generales. Rieron sus padres, los míos, los amigos… todos. Y yo también. Hacía tiempo que no reía así, sin miedo a que el momento se rompiera.

La paz había llegado por fin a mi vida, y las sorpresas no habían hecho más que empezar. Lo había dado todo por perdido y, de golpe, lo tenía todo. Absolutamente todo.

Sabía que todos conocían el destino menos yo, pero me daba igual. Siempre me habían gustado las sorpresas de Mateo, esas que preparaba con calma y cariño y que acababan tocándome el corazón.

Nos íbamos una semana y, a la siguiente, teníamos la boda de Ismael e Isa. Ellos aprovecharían para hacer antes su luna de miel, coincidiendo con la nuestra. Me encantaba la idea de volver a viajar juntos, de sentirnos otra vez una pequeña familia improvisada… y más aun sabiendo que Marta y Fermín venían con nosotros.

El cortijo y toda la comida los habían pagado entre los padres de Mateo y los míos. De los invitados recogimos el dinero en sobres y se lo dimos a mi suegra para que lo guardara; a la vuelta ya nos lo entregaría. Todo había sido fácil, natural, sin dramas ni tensiones.

Sabía que mi vida estaría en Sevilla, donde Mateo tenía su plaza, aunque hasta septiembre no tenía que incorporarse. Le habían dado el alta, pero aún le quedaba un mes de recuperación y otro de vacaciones. Vamos, que se nos venía encima un verano entero para nosotros.

Sus padres, su hermano y los míos nos llevaron a todos al aeropuerto de Sevilla. Pillaba lejos, sí, pero a la vuelta nos venía bien.

Nos despedimos entre abrazos largos y promesas de llamadas constantes y nos dirigimos a la zona de facturación. Fue entonces cuando vi el destino en la pantalla.

Isla de Sal. Cabo Verde.

Me puse a aplaudir como una niña pequeña, sin poder evitarlo. Había visto mil fotos de aquel sitio, siempre me había parecido una especie de Caribe más cercano, y había hablado de ello con Mateo en Marruecos. No se le había pasado por alto.

Mateo había comprado días atrás un portabebés y llevaba a Fátima felizmente pegada a su pecho. Facturamos también el carrito, imprescindible para movernos con algo más de libertad y no tenerla todo el tiempo en brazos.

Yo iba como una niña a la que le habían traído todos los regalos de Reyes de golpe. Miraba a Mateo y tenía que contener las lágrimas de emoción. Tan cariñoso, tan atento como siempre… y convertido en un padrazo orgulloso, paseando por el aeropuerto con su hija a cuestas y una sonrisa que no le cabía en la cara.

Abordamos el vuelo y nos sentamos unos tras otros, en fila, junto a la ventanilla. Mateo ató a la pequeña a su cintura con la cinta extra que le facilitó la azafata. Aún no habíamos despegado y Fátima ya estaba profundamente dormida, ajena a todo aquel revuelo.

Mateo no dejaba de acariciarme la mano ni de darme besos en la mejilla, repitiéndome una y otra vez que me amaba, como si necesitara asegurarse de que todo aquello era real.

Cuando el avión empezó a rodar por la pista y despegamos rumbo a Cabo Verde, la emoción fue tan grande que no pude evitar aplaudir, contagiada por todo lo que estaba viviendo.

—Les habla el comandante Juan Martínez —anunció una voz por megafonía—. Nos dirigimos hacia Cabo Verde en un vuelo muy especial, ya que hoy viajan con nosotros unos recién casados que han tenido que librar dos grandes batallas.

Mateo y yo nos miramos, incrédulos, y vimos cómo Alejandra, sentada justo delante de nosotros, giraba la cabeza con una sonrisita cómplice.

—Desde toda la tripulación —continuó— queremos desearos una vida llena de amor y que disfrutéis de esta luna de miel en un lugar tan bonito como Isla de Sal. Enhorabuena por haber derribado todas las barreras que os puso la vida.

Todo el avión rompió en aplausos. Yo ya estaba llorando sin ningún tipo de control. Estaba tan sensible y desbordada por todo lo que sentía que parecía que me iba a romper por dentro de pura emoción.

El vuelo duró unas tres horas y pico. Era un chárter directo desde Sevilla, de esos que se hacen especialmente para vacaciones. A mí se me pasó volando, entre miradas, caricias y la tranquilidad de ver a nuestra hija dormir plácidamente.

Al aterrizar nos esperaba una miniván de nueve plazas. David se sentó delante con el conductor para que el resto pudiéramos ir más cómodos atrás.

La isla era bastante desértica y, a simple vista, no tenía demasiado que ver, pero sus playas eran espectaculares y la ciudad de Santa María tenía un encanto especial. También estaban las famosas minas de sal, donde podías bañarte y experimentar la sensación de no hundirte en el agua.

Llegamos a un resort de lujo en el que, nada más bajar, nos colocaron las pulseras de todo incluido antes de acompañarnos a nuestras habitaciones, todas contiguas. La felicidad se nos notaba en la cara a todos.

Las habitaciones daban directamente al mar, de aguas turquesas y cristalinas. Una auténtica pasada. Me quedé unos segundos mirando por la ventana, respirando hondo.

Estaba en el paraíso. Y esta vez, de verdad.

Eran las seis de la tarde cuando todos nos cambiamos de ropa y quedamos en una de las terrazas del hotel. El sol empezaba a bajar despacio y el ambiente invitaba a alargar la tarde. Nos pedimos unas copas; aún había mucho que celebrar.

Fátima estaba sentada en su carrito, riendo y aplaudiendo sin parar, convertida en el centro de atención absoluto. Cada vez que alguien le hablaba, respondía con una carcajada que nos desarmaba a todos.

—Por esta preciosa familia que hemos formado —dijo David, levantando su copa.

—¡Viva la madre que nos parió! —gritó Alejandra, provocando una ronda de risas.

La niña aplaudía como si lo entendiera todo o como si aquel brindis fuera exclusivamente por ella. Yo me la comería a besos; estaba tan bonita, tan viva, tan feliz… y al padre ya ni te cuento. Se le caía la baba sin ningún pudor.

Mateo bebía con calma, igual que en la boda. Su prioridad era la niña. La mía, disfrutar de todo lo que me pusieran por delante esos días, que ya me lo había ganado a pulso.

Alejandra e Isa no dejaban de proponer chupitos y más copas. Bueno, proponer no… pedir directamente. Nos estábamos poniendo hasta las cejas, todos menos Mateo, que seguía con su primer cubata, vigilando a su hija y haciéndole carantoñas sin parar.

Para la hora de la cena cogimos una mesa en el exterior y fuimos entrando al bufé a montarnos los platos. Aquello era una locura: no faltaba absolutamente de nada.

Yo me serví unos langostinos recién hechos a la brasa y dos tacos mexicanos que me monté a mi gusto. Mateo optó por una hamburguesa bien cargada de queso y beicon.

—Me apetece muchísimo —dijo, feliz con su elección.

—Mirad lo que traigo para todos —anunció Ismael, dejando en medio de la mesa un plato enorme lleno de empanadillas, croquetas, nuggets y todo tipo de porquerías deliciosas.

—Verás como no me entra el culo en el vestido —soltó Isa entre risas.

—Ya te lo metemos a empujones —le respondí yo, igual de suelta.

A la niña le dimos un puré de verduras y pollo que la mandó directa al quinto sueño. Reclinamos la sillita y la tapamos con su sabanita del carro.

—La vas a gastar —le dije a Mateo, que no dejaba de mirarla con una sonrisa bobalicona.

—¿Celosa? —me preguntó, sin apartar los ojos de ella.

—Para nada. No hay nada más bonito que verte mirarla así —le dije antes de darle un beso en la mejilla.

Nuestro primer amanecer en Cabo Verde llegó acompañado del suave quejido de Fátima pidiendo comida. En realidad, era de lo único que se quejaba.

Fuimos llegando poco a poco a la terraza del restaurante donde estaba el bufé del desayuno.

—Esa niña parece una momia —comentó Alejandra al verla tan tapada.

—El padre, que le pone capas de protección solar como si se las regalaran —dije yo, provocando alguna risa.

—Bien protegida —respondió Mateo, guiñándome un ojo.

Fátima estiraba los brazos hacia él, reclamándolo sin disimulo. Tenía devoción por su padre. Como si lo hubiera estado esperando todo ese tiempo.

Y ahora, por fin, no pensara soltarlo.

Cogimos dos taxis y nos fuimos a Santa María a pasear. La playa era increíble, como la de nuestro hotel. La calle principal no era muy grande, pero estaba llena de vida y color. Bares ofreciendo en sus barras al exterior todo tipo de bebida, incluidos zumos tropicales, y tiendecitas con mucho encanto y artesanía local.

Me enamoré de una talla de madera de una mujer de la isla con su cubo de esparto en la cabeza. Mateo no dudó en comprarla para llevárnosla de decoración y recuerdo.

Para comer nos acomodamos en un restaurante de la playa donde nos pedimos un arroz con bogavante. Nos trajeron la paellera entera y tenía una pinta increíble. Todos bebíamos vino menos Mateo, que se cuidaba mucho para poder disfrutar de su hija en todo momento y poder cuidarla bien.

Después de comer nos dimos un bañito en el agua, que estaba increíblemente buena. Bañamos hasta a la niña, que disfrutaba dando golpes sobre el agua y salpicándose a ella misma.

Pasamos toda la tarde en la playa y regresamos al hotel para ducharnos e ir a cenar al bufé y luego ver un poco de los espectáculos.

Los siguientes días hicimos alguna excursión. Uno de ellos fuimos a conocer las minas de sal, donde nos reímos como niños al flotar sin hundirnos. Otros días aprovechamos para visitar varias ciudades que impactaban, ya que no tenían ni carriles.

Pasamos unas vacaciones de lo más bonitas junto a nuestros amigos. Marta decía que se iba enamorada de la isla y de la vida.

Yo regresaba con la ilusión de comenzar una nueva etapa junto a mi marido y mi hija, con el corazón lleno y la sensación de que, esta vez, la vida iba a acompañarnos.

No podía ser más feliz.

Capítulo 27



Llevábamos una semana viviendo en el piso de Mateo. Decir *su piso* ya no era del todo correcto, porque empezaba a sentirse también como mío. No solo era precioso, sino que tenía unas vistas espectaculares de la ciudad que todavía me sorprendían cada mañana cuando abría las persianas con Fátima en brazos.

Todo había sido rápido, pero no atropellado, natural, como si la vida, después de tanto golpe, por fin hubiese decidido ponérnoslo fácil de una vez.

Dos días antes habíamos bajado a Cádiz para recoger mis cosas y las de la niña. Llenamos el coche hasta arriba: maletas, cajas, bolsas con ropa, recuerdos que no quise dejar atrás y alguna que otra tontería que sabía que me haría sentir en casa. Mis padres nos ayudaron en todo, como siempre, y la despedida fue bonita, sin dramas, con la tranquilidad de saber que ahora estábamos bien.

Volver a Sevilla como familia fue una sensación difícil de explicar. Mateo conduciendo, Fátima dormida en su sillita y yo mirándolos a los dos, pensando que aquello, por fin, era real.

Aquel día tocaba volver a hacer la maleta, aunque esta vez era distinto. Salíamos hacia Jaén para el enlace de los chicos. Iríamos directos a la boda y nos quedaríamos a dormir allí esa noche. Me hacía ilusión, pero también me removía por dentro. Era el primer gran evento desde que la vida había cambiado… para bien.

Decidimos salir a las siete de la mañana para llegar allí a las diez, así que mientras Mateo terminaba de preparar el coche, yo ajustaba la bolsita de la niña y comprobaba por tercera vez que no faltara nada. Pañales, mudas, biberones, chupetes… La vida ahora iba a otro ritmo, uno que, sorprendentemente, no me pesaba en absoluto.

—¿Lista? —me preguntó Mateo desde la puerta.

—Lista —respondí, sonriéndole.

Y lo estaba. Para la boda, para la carretera… y para todo lo que viniera.

Cuando llegamos ya estaban allí Alejandra, David, Marta y Fermín, que habían sido invitados en ese viaje. Todos ya éramos un grupo, una piña, como si lleváramos años compartiendo vida.

Nos dieron la habitación y comenzamos a arreglarnos. El enlace era a las once y teníamos el tiempo justo.

Marta vino a ver qué tal íbamos y se llevó a la niña. Luego la veríamos en los jardines donde se iba a celebrar todo.

La ceremonia fue divertida, emotiva y con momentos que sacaban algún que otro suspiro. Me emocioné muchísimo al ser consciente de que sí, estábamos todos.

Para la hora de comer nos sentamos los seis, con Fátima en su sillita presidiendo la mesa como si fuese la invitada de honor. Ya habíamos dado buena cuenta de los aperitivos —croquetas, jamón, queso y alguna copa de vino de más— y ahora empezaban a llegar los platos fuertes.

—Como esto siga así, no llegamos al baile —dijo David, aflojándose un poco la chaqueta.

—Tú calla y come —le soltó Alejandra—, que luego eres el primero en levantarte a darlo todo.

Cada vez que alguien gritaba un «¡vivan los novios!», Fátima levantaba los brazos como si supiera perfectamente lo que tocaba y después se ponía a aplaudir con una sonrisa que nos derretía a todos.

—Es que esta niña tiene más arte que todos nosotros juntos —dijo Fermín, muerto de risa.

—Normal —respondió Mateo, orgulloso—. Ha salido a la madre.

Yo lo miré de reojo, negando, pero por dentro se me inflaba el pecho.

Entre plato y plato, risas, brindis improvisados y alguna que otra anécdota del viaje a Marruecos —porque siempre volvía— y de todo lo vivido después, el ambiente se fue soltando. La música subió de volumen y las conversaciones empezaron a mezclarse.

Cuando llegó el momento del corte de la tarta, ya nadie estaba sentado del todo. Los novios bailaron un tema precioso de Malú, de esos que te aprietan un poco el pecho aunque estés feliz, y yo me descubrí llorando otra vez, pero esta vez de emoción bonita, limpia.

—Es que míralos… —me susurró Marta—. Si es que se merecen todo lo bueno.

Asentí sin poder decir nada.

Fue justo al terminar el baile cuando Alejandra pidió el micrófono. Yo pensé que diría unas palabras a los novios, algo bonito, breve, como suele hacerse. Pero en cuanto la vi respirar hondo, supe que venía algo más.

—Muchos no me conoceréis —empezó, algo nerviosa—, pero soy parte de la familia de ellos.

Hubo aplausos y algún silbido cariñoso.

—Dicen que de una boda sale otra boda… —continuó—, así que le toca a Marta ser la siguiente.

Todas las miradas se fueron directas a nuestra mesa. Marta se echó a reír, tapándose la cara, y Fermín se puso rojo como un tomate.

—No os voy a robar el protagonismo —añadió Alejandra—, que sabéis que no me gustan esas cosas.

Las risas fueron generales.

—Pero voy a aprovechar mi minuto de gloria —dijo, señalándonos— para anunciaros a vosotros… y a todos… que vamos a ser papás.

Durante un segundo hubo silencio. Y luego estalló todo.

Nos levantamos de golpe, aplaudiendo, gritando, abrazándonos. David tenía la cara completamente desencajada, con una sonrisa que no le cabía en la boca, y los novios se acercaron a fundirse con ellos entre lágrimas.

—¡Otro bebé más! —gritó Ismael—. ¡Esto ya parece una guardería!

—Pues espérate —dijo Mateo riendo—, que Fátima va a tener con quién liarla.

La niña, ajena a todo pero feliz por el alboroto, volvió a levantar los brazos y a aplaudir, provocando otra carcajada general.

Después de eso, la fiesta ya fue cuesta abajo… en el mejor sentido. Música más alta, zapatos fuera, risas sin filtro. Bailamos sevillanas, canciones antiguas, temas actuales y alguna horterada que nadie quiso admitir que se sabía entera y que todos cantamos a pleno pulmón.

Mateo me sacó a bailar más de una vez, con Fátima en brazos primero y luego dejándola con Marta, que se negaba a soltarla.

—Mira que voy a acabar robándotela —me dijo—. Esta niña me tiene enamorada.

—Pues ve haciéndote a la idea —le respondí—, que aquí los hijos ya son un poco de todos.

Terminamos la noche sentados en los jardines, descalzos, con copas en la mano y el cuerpo cansado, pero el corazón lleno. Miré alrededor y pensé que, sin buscarlo, habíamos construido algo precioso. Una familia rara, distinta, pero de verdad.

Fátima dormía en brazos de Marta, ajena a todo, como si supiera que, por fin, todo estaba en calma.

Y por primera vez en mucho tiempo, no sentí miedo por el futuro. Solo ganas de vivirlo, tal y como viniera.

Epílogo



Ocho años después…

Mirábamos a nuestra pequeña en el altar, rodeada de sus amiguitas, todas preciosas, en el día de su comunión. Y, aunque intenté no hacerlo, se me humedecieron los ojos al darme cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo.

Allí estaban Alejandra y David, Isa con Ismael y Marta con Fermín. También mis padres, los suyos, su hermano, tíos y primos de ambos. Los de siempre. Los que nunca fallaron. Los que estuvieron en lo bueno… y también en lo malo.

No habíamos tenido más hijos. El tratamiento contra el cáncer le debilitó el esperma y no conseguimos volver a quedarme embarazada. Al principio dolió, no voy a negarlo, pero la vida volvió a colocarnos en nuestro sitio. Teníamos a una hija preciosa y, tiempo después, adoptamos a Hugo, que ahora tenía cuatro años. Nuestra pequeña locura. Un torbellino incansable que llenaba la casa de ruido, risas y caos bonito junto a su hermana.

Carlos, el hermano de Mateo, se había casado dos años atrás con una compañera de trabajo y tenían un bebé precioso de seis meses llamado Iker, al que todos se disputaban en las reuniones familiares.

Alejandra tenía a su hija Nuria, de siete años, e Isa e Ismael eran padres de los mellizos Izan y Roberto, de cuatro, como Hugo. Llegaron gracias a un

tratamiento de fecundación, porque de manera natural no lo consiguieron. Luego les cayó el famoso dos por uno que siempre contaban entre risas.

Marta se casó al año siguiente que yo y todos viajamos a Galicia para celebrarlo. Pasamos una semana en una casa alquilada, cómoda y llena de vida. Nuria ya había nacido entonces y tenía tres meses. Aún recuerdo a Marta con ella en brazos, mirándola como si no existiera nada más.

Marta y Fermín siempre fueron muy a la antigua y no se quedaron cortos: tres hijos seguidos y aún diciendo que quizá se animarían a uno más. José, de seis años; Martina, de cuatro; y Ernesto, de dos. Valientes era poco.

Tras la comunión nos fuimos todos al restaurante para la comida. Lo habíamos preparado con mimo, cuidando cada detalle. La mesa de chuches parecía sacada de un cuento y fue, sin duda, uno de los rincones más fotografiados del día.

Yo era muy feliz en Sevilla, pero en verano siempre tirábamos para Cádiz, a casa de mis padres, huyendo del calor de la ciudad. Mateo solía cogerse agosto y quince días en julio que guardaba de algunas guardias. Ese tiempo era sagrado.

Dos años atrás nos habíamos comprado un chalé en una pedanía de Conil. Una ganga. Un refugio perfecto para las vacaciones y, el resto del año, lo alquilábamos por semanas o fines de semana. De todo se encargaba una agencia, así que apenas teníamos que preocuparnos.

Viví con miedo durante mucho tiempo, pensando que Mateo podría tener una recaída. Ese miedo no desaparece del todo; aprendes a convivir con él. Pero la realidad siempre fue buena: cada revisión, cada prueba, cada visita al médico terminaba con la misma palabra que tanto necesitábamos escuchar. Limpio.

Mi padre se jubiló y vendió la empresa. Yo no podía hacerme cargo de ella y, con el dinero que obtuvo, podía vivir tranquilo más de una vida. A mí me donó la mitad en vida. Un gesto enorme que nunca olvidaré.

Yo no volví a trabajar. Y no porque no pudiera, sino porque era feliz criando a nuestros hijos, ocupándome de la casa y construyendo, sin prisas, ese hogar que tanto nos había costado conseguir.

Soy feliz. Y eso, después de todo, era lo único que importa.

Porque la vida nos dio una segunda oportunidad… y hemos sabido abrazarla cada día, con amor, con miedo a veces, pero siempre juntos.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu